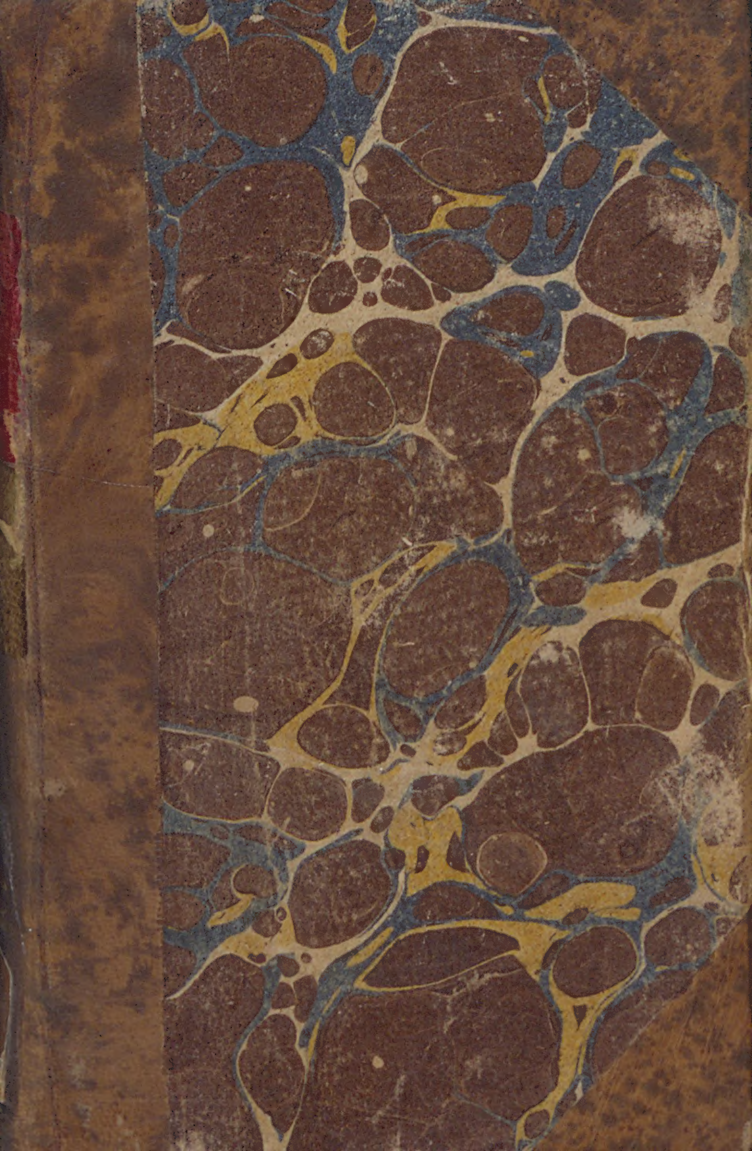






HISTORIA
DE LA
REVOLUCION DE FRANCIA,

FORMADA

sobre las mas auténticas que se han publicado en frances hasta el dia

POR

D. FRANCISCO GRIMAUD
DE VELAUNDE.

Avaritia bellua fera, immanis, intoleranda est:
C. Salust.

TOMO II.

MADRID.
IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ.
1814.

LIBRO QUINTO.

Orléans prueba la fidelidad de las tropas. Los conjurados le hacen nombrar presidente de la asamblea nacional. Artículos en que se convienen en el consejo revolucionario de Passy. Medios que emplean para asegurar la execucion. Orléans es auxîliado en sus maniobras sobre los granos por la junta de subsistencias de la asamblea nacional, y por Necker. Su conducta en los dias 11, 12 *y* 13 *de julio de* 1789.

El palacio real era siempre el volcan desde donde se lanzaban los torrentes de fuego que abrasaban la desgraciada Francia. Se mantenia allí escuela pública de sedicion, se predicaba sin rodeos el regicidio, se blasfemaba con escándalo de Dios, de la religion y de los sacerdotes, y se ensayaban las prostitutas en el arte de cor-

romper la fidelidad de los soldados que la corte hacia venir diariamente á París. Qualquiera que en esta caberna de frenéticos queria hacer oir la voz de la razon era injuriado, maltratado, y cubierto de heridas; y no pocas personas perecieron, ó sobre la misma plaza, ó de resultas de los ultrages y golpes que habian recibido. La concurrencia en este jardin era inmensa desde la madrugada hasta la noche. Los oradores hacinaban sillas para formar tribunas, pero ellos mismos socababan los cimientos de este edificio que pronto vendria á desplomarse al impulso de sus movimientos violentos. Jamas se habia visto en una sociedad civilizada el exemplo de un desórden semejante; ni tampoco juntarse tan pacíficamente en un sitio público tantos millares de rebeldes para exercitarse mútuamente en hacer correr arroyos de sangre. Orléans baxo los auspicios y en el palacio en que todas estas huestes de sediciosos se reunian impunemente, era un conspirador de nueva espe-

cie, porque no podia manejarse con mas estrépito.

Los soldados de toda arma, ginetes, infantes y artilleros no salian del jardin del palacio real. Les prodigaban halagos, refrescos de todas suertes, dinero, y cédulas de caxa, proponiéndoles que no sirviesen á la corte, y lo prometian.

El regimiento que importaba á Orléans corromper con preferencia, era el de las guardias francesas. Un antiguo oficial de este cuerpo llamado Valadi, fué del que se sirvió para atraer esta tropa á su partido. Valadi le sirvió con zelo; iba de quartel en quartel, difundia escritos, esparcia dinero, y ponia en movimiento todos los resortes de la seduccion. Lo mas dificil de creer es, que Valadi no hacia ningun misterio de su mision. Los oficiales de los guardias le veían obrar, oían sus arengas á los soldados y callaban. Las rameras, que en el interior del palacio real se abandonaban á todo género de libertinage, acabaron lo

que Valadi habia empezado, y los guardias francesas al fin se insurreccionaron.

Lo mismo que Valadi hacia en París por Orléans, otros agentes del príncipe lo executaban en diversas provincias de la Francia; de suerte que muy pocos cuerpos permanecieron fieles á la causa del realismo. Aun en los mas incorruptibles se introduxo, por medio de los escritos envenenados que abortaba el palacio real, un cierto sistema de insubordinacion, que sin ponerlos en rebeldía abierta contra el rey, los desprendia por el hecho de su servicio.

Ni aun los guardias de corps quedaron exêntos de esta especie de desvarío; al juramento que habian hecho entrando en el servicio de defender al rey hasta la muerte, de velar sobre la conservacion de los dias de la reyna, del delfin, y de la familia real, añadieron este otro: *de no hacer el menor movimiento contra el pueblo, intentase lo que quisiese, pues habiendo nacido franceses, no debian obrar con-*

tra los intereses de la Francia, ni estaban obligados á defender los traydores de la patria, ni á proteger los dias de los ARISTÓCRATAS.

A consecuencia de esta resolucion los guardias murmuraban de las patrullas que les obligaban hacer alrededor del palacio para contener la multitud que intentaba degollar á qualquiera que era señalado por la faccion de Orléans como aristócrata. Encargaron á uno de sus quarteles maestres que presentase una memoria, en la qual decian que el servicio que se exîgía de ellos era propio solamente de los ginetes de la *Maréchaussée* (1). El capitan de la compañía de

(1) Este era el nombre que se daba en Francia á una compañía de caballeria, cuyo único y esclusivo cargo era el de perseguir á los ladrones y malhechores de los caminos: estaba montada en el mismo pie que nuestras quadrillas de la santa hermandad de Toledo, Ciudad-Real y Talavera; con la diferencia de que éstas los entregaban á la justicia ordinaria, y aquella los decapitaba inmediatamente, para lo qual llevaban en cada compañía un capellan y un preboste.

servicio á quien se la remitieron, creyó ver en ella la intencion de aumentar nuevos disgustos al rey, y depuso al quartel maestre. Los guardias ofrecieron al instante su dimision. "Y
„bien, les dixo el capitan, si os reti-
„rais el rey se hará servir de los pay-
„sanos. — Por los paysanos no, res-
„pondieron los guardias, llamad á los
„lacayos, y los mandaréis."

Quando el capitan dió cuenta al rey de este suceso, exclamó dolorosamente: "¡Ah! ¿Con que mis fieles
„guardias quieren tambien abando-
„narme? ¿Quieren redoblar el senti-
„miento de mi corazon? Hacedles sa-
„ber, que este momento no es apro-
„pósito para hacerme reclamacio-
„nes."

Fué necesario que la reyna interpusiese su mediacion, y al fin obtuvo la reposicion del quartel maestre. Los guardias de corps la dieron rendidas gracias y merecieron oir esta respuesta: "Soy muy fe-
„liz, señores, en poderos mani-

„festar mi reconocimiento y afecto."

El espirítu de desvarío fué tal tambien en los otros cuerpos que se hallaban en Versalles, que costó un trabajo indecible obtener de los soldados el que protegiesen la vida del arzobispo de París y de algunos otros miembros del clero alto contra los asesinos que la faccion de Orléans vomitaba diariamente. En una ocasion en que el arzobispo fué cercado por un peloton de estos bandidos, los soldados se conduxeron con tanta incuria y frialdad para defenderlo, que el prelado fué herido, y hubiera perdido la vida infaliblemente si no por la destreza de su cochero.

Los oficiales de las guardias francesas de París pensaron muy tarde ya en la demasiada licencia de sus soldados, y aunque les dieron órden de no salir de sus quarteles, la quebrantaron y se desparramaron por las calles. Todas las tardes se presentaban en dos filas en el palacio real, en donde eran recibidos con aplausos

ruidosos, y les franqueaban con profusion quanto podia lisonjear su apetito.

Once soldados de este regimiento fueron presos en la Abadía por delitos que al parecer no tenian ninguna conexîon con el servicio, y sí solo por estar acusados de haber robado á sus camaradas. Estos miserables echaron en el jardin del palacio real un billete, en el qual decian que estaban detenidos por no haber querido hacer fuego contra el pueblo. El primer orador, en cuyas manos cayó este billete, lo leyó en voz alta, lo comentó y arengó á la multitud, y al instante contestó ésta gritando... *A la Abadía.* Con efecto, doscientos jóvenes salen del jardin, se encaminan ácia la prision, y se les reune en el camino una multitud de menestrales y jornaleros. Este tropel roba al paso en casa de los mercaderes quanto cree serles útil para forzar las puertas de la prision, van á entrar en ella... quando una compañía

de dragones y otra de húsares llegan á rienda suelta y con sable en mano. A la vista del pueblo los soldados envaynan el sable, y se quitan el morrion en señal de amistad. Les traen vino y aguardiente, beben á la salud del rey y de la nacion, y prometen no oponer ninguna resistencia á los excesos que van á cometer.

En efecto, rompen las puertas de la prision, extraen los once guardias francesas, los pasean en triunfo por las calles, y el palacio de Orléans les sirve de asilo... ponen en medio del jardin una mesa sobre la qual les dan una cena suntuosa: los llevan despues á la sala del *espectáculo de las variedades*, en donde encontraron sus camas: por el recelo de que los oficiales no los hiciesen prender, los jóvenes montaron la guardia alrededor de la sala, y por la noche se celebró este acontecimiento con una iluminacion en el palacio real y en la calle donde está la prision de la Abadía.

Cierto que semejante acontecimiento tenia todas las señales de revolucion conocida. Extraer tumultuariamente de la prision soldados detenidos en ella por una autoridad legítima, es un delito cuyo castigo interesa á la sociedad entera. Sin embargo el rey bien léjos de poder castigarlo, se vió obligado á entrar en negociaciones con los culpados. Se convinieron en que los soldados serian devueltos á la prision, pero que el rey los perdonaria, y que sus oficiales les habian de dar un resguardo honorífico; todo lo qual se verificó. Nada se dixo á los húsares y dragones que no se habian opuesto al allanamiento de la Abadía, y el monarca disimuló con respecto al duque de Orléans, cuyo palacio habia sido el refugio de los rebeldes.

El 20 de junio, tres dias despues que la cámara del estado llano se constituyó en asamblea nacional, una proclamacion hecha por los reyes de armas y fixada en los parages públicos de Pa-

ris y de Versalles, anunció al pueblo la suspension de las sesiones de sus representantes, así como que el rey tendria una extraordinaria el 22. Los preparativos para colocar el trono en el lugar de sus sesiones fué le causa que se dió para aquella suspension.

Habiendo encontrado Bailly, que á la sazon era presidente de la asamblea, cerradas y guardadas por dos centinelas las puertas de la sala de las sesiones, protestó en presencia de los diputados que se le habian reunido la arbitrariedad con que se suspendian las funciones de los representantes del pueblo, y en seguida se encaminó al juego de pelota en el que reunidos los diputados en número de seiscientos, juraron no separarse ni descansar un momento hasta haber dado á la Francia su constitucion. Es muy digno de notarse que de todos aquellos diputados no hubo sino uno que al tiempo de presentarle la pluma y la lista de los que hacian aquel juramento tuviese el valor de poner: *Martin de*

Auch protesta. Sin duda presintió que aquella constitucion iba á trastornar la monarquía francesa y la religion cristiana, quando no se adhirió á los deseos de sus cólegas.

Las liberalidades y las calumnias de los escritores de Orléans habian puesto en menos de dos meses en esta disposicion á la Francia y parte del exército. Luis XVI conocia á fondo su terrible situacion, como aparece por estas palabras que dirigió al mariscal de Broglie quando le suplicó se encargase del mando de las tropas que habian venido para velar sobre la seguridad de París y de Versalles. "Compadecedme señor mariscal, le „dixo, no puedo ser mas desgraciado, „lo he perdido todo, no tengo el co-„razon de mis vasallos, y estoy sin „fondos y sin soldados."

El historiador que escriba la vida de este príncipe deberá pesar maduramente la dificultad de los tiempos en que vivió, la corrupcion de la mayor parte de los hombres sobre quienes

reynó la relaxacion y fragilidad de todos los resortes de la administracion, y sobre todo esta teoría de independencia que habian adoptado todos los estados de la sociedad, y de la que las tropas mismas no supieron defenderse. Si la vida de Luis se escribe con este espirítu de justicia y de discernimiento, no se le imputarán por faltas personales los rebeses con que la perfidia, la ambicion, la impiedad, el libertinage, el amor á la novedad y las sediciones lo rodearon desde su advenimiento al trono.

La posicion de Orléans en el momento en que toda la Francia se agitaba, era bien diferente de la de Luis: todo le salia como lo deseaba. Las fatigas que se tomó para pasar una parte de la nobleza al tercer órden y el éxîto que coronó sus manejos, mudaron en un verdadero frenesí el amor que inspiraba al estado llano. Apénas se verificó la reunion de los órdenes quando los principales conjurados que le sirvieron en la asamblea nacional, enfa-

dados de que la conspiracion que habian tramado mientras que él estaba aun en la cámara de la nobleza se hubiese frustrado, proyectaron una intriga nueva para llegar al mismo fin. La asamblea nacional no habia tenido hasta entónces mas que un decano á su frente que se llamaba Bailly (1). Los amigos de Orléans pidieron que se nombrase un sucesor á Bailly, y que este sucesor tuviese el título de presidente de la asamblea nacional, lo que se aprobó sin dificultad. Habiéndose reunido en seguida las sesiones para nombrar este presidente, Orléans que al decir de ciertas gentes fué siempre despreciado de todos los partidos, reunió

(1) Juan Silvano Bailly nació en París en 15 de setiembre de 1736 de una familia distinguida en la profesion de la pintura, cuyo arte exercia su padre; fué condenado á muerte por Robespierre el 11 de noviembre de 1793. El dia que fué guillotinado en el campo de Marte cayó un fuerte aguacero: ¿*Tiemblas Bailly*, le dixo uno? *Sí, amigo, pero es de frio.* Estas fueron sus últimas palabras.

la pluralidad de los votos. De ochocientos sesenta y nueve diputados, quinientos cincuenta y tres votaron por él. Esta mayoría prueba la superioridad de su faccion en la asamblea nacional.

Su nombramiento á la presidencia era un golpe de partido; podian baxo de diversos pretextos estender sus funciones y prolongar su duracion, y con la astucia, el dinero, el terror, y peticiones espedidas ó supuestas hacer del presidente un segundo rey que hubiera hecho inútil al primero. Algunos zelosos realistas los adivinaron y concluyeron que era mal hecho poner un intervalo tan corto entre la reunion de las tres clases, y la recompensa que decretaban á Orléans; puesto que el medio de elegir á este príncipe gefe de la asamblea que representaba la nacion, era el de hacerle despues gefe de la nacion misma. De estos razonamientos los realistas vinieron á los gritos y á las amenazas.

Conociendo Orléans que estaban adivinadas sus intenciones, tomó un

camino retrogrado. Conviene en *el manifiesto de su conducta*, que su nombramiento á la presidencia en el mismo momento en que acababa de efectuarse esta reunion, y por la qual el estado llano le debia estar agradecido, parecia sospechosa, y daba márgen á creer que ambicionaba algo mas que la presidencia. Las sospechas y los temores de los realistas determinaron á los conjurados á tener consejo en Passy y en el Club Breton antes de pasar â nada. Consideraron allí que hallándose las cosas ya en un estado en el qual era dificil no se presentase en breve otra vía mejor para elevar al príncipe tan alto como queria subir, debia éste comportarse con destreza rehusando la presidencia. Con esta dimision las sospechas de los realistas se hacian ilusorias, y el príncipe se captaría la benevolencia del pueblo por su modestia y desinteres.

A consecuencia de esta resolucion, rehusó por estas pocas palabras que dirigió á la asamblea, el honor de pre-

sidirla. "Si yo creyese poder llenar »los deberes del cargo que me habeis »confiado, le aceptaria gustoso; empe»ro, Señores, sería indigno de vues»tras bondades si le aceptase sabien»do mi insuficiencia: permitidme pues »que la renuncie, y no mireis esta di»mision sino como una prueba indu»dable de que sacrificaré siempre mi »interes personal por el bien del esta»do." Clermont-Tonnerre, y Lally-Tolendal que habian sido los primeros en adoptar los sentimientos del príncipe en favor del estado llano, fueron nombrados secretarios.

Jamas conspirador alguno en el mal proceder tuvo una perseverancia mas inflexíble que Orléans. En vez de desanimarse, se manifestaba mas ardiente en adoptar nuevas intrigas; así es como en los últimos años de este príncipe ambicioso y vengativo hemos visto succederse las conspiraciones unas á otras, y la última ser mas borrascosa que la precedente. No habiendo producido nada que pudiese

llenar el principal objeto de sus miras su elevacion á la presidencia, deliberaron en Passy sobre los medios que convenia adoptar para derribar el trono de Luis. Las discusiones que se suscitaron en este conventículo fueron espantosas, y la historia no presenta nada tan atroz en este género. El genio de los triunviros Octavio, Antonio y Lépido, que llenaron el mundo de terror con sus proscripciones, fué cien veces menos fértil en crímenes y en desgracias que el de los conspiradores de Passy. El resultado de las resoluciones que tomaron en presencia de Orléans despues de la dimision forzada que habia hecho de la presidencia de la asamblea nacional, atemorizará á la posteridad. Los principales artículos fueron los siguientes:

1.° Insurreccion general el lúnes 13 de julio de 1789 en la capital y en las provincias. En París se aprovechará este movimiento para proclamar al duque de Orléans lugar

teniente general ó regente del reyno.

2.º Entretanto se pondrá todo en obra para que la penuria del pan sea total, y para precisar á los vecinos á que tomen las armas.

3.º El asesinato de Flesselles preboste del comercio, de Bertier intendente de París, de Foulon su suegro (1), de Durocher preboste de la *Marechaussée*, de Pinet agente de cambio, de los barones de Benzebal y de Breteuil, del conde d'Artois, de los príncipes de Condé y de Contí,

(1) Foulon fué intendente del exército frances en la guerra de 1756, despues consejero de estado, y por último ministro de hacienda, con lo qual acabó de atraerse el odio de los capitalistas. Para evitar sus persecuciones extendió la noticia de su muerte, y se escondió en Very-Sur Orge en casa de Mr. Sartines; pero habiendo sido descubierto por los vecinos del lugar en 22 de julio de 1789, fué conducido á Paris con la mayor ignominia, y ahorcado inmediatamente despues de su llegada. Este anciano mas que septuagenario sufrió con una paciencia heróyca la muerte, que le fue tanto mas penosa quanto que se rompió dos veces el dogal.

del mariscal de Broglie, del príncipe de Lambesç, del abad Maury, d'Aligre antes primer presidente del parlamento de París, d'Eprémesnil y de Lefebvre d'Ammécourt, consejeros del parlamento.

4.° Muerte á qualquiera que intente estorbar el estanco de los granos, particularmente al llamado Sauvage molinero de S. German en Laye, al llamado Thomassin arrendador cerca de S. German en Laye, á Cureau teniente corregidor en Mans, á Châtel corregidor de San Dionisio, á Manssion intendente de Ruan, y á Belbœuf procurador general de Ruan.

5.° Pillage é incendio de todos los edificios de los aristócratas.

6.° El degüello de todos los realistas que no dexen la Francia.

Si el teson con que caminaron á la execucion de cada uno de los artículos de este proyecto no probase su realidad, la posteridad no creería que se pudieran hallar facinerosos

capaces de concebir y de cometer semejantes atentados. Estos monstruos no hicieron ningun misterio de las cabezas que proscribian. Publicaron en el palacio real listas de las personas condenadas á muerte en el tercer artículo, de las quales pudo cada uno procurarse copia. Pinet fué el único que no se halló puesto en lista, porque antes de degollarlo querian robarle. Este era un hombre medroso, y á sospechar que su vida estaba amenazada, se hubiera expatriado con sus papeles y libros de caxa.

La razon que tenia Orléans para que Pinet fuese robado y muerto, era porque sospechaba no le estaba enteramente adicto en el negocio de los granos. Creía que Pinet prestaba tambien en su nombre á otras personas, no dudando que habia otra sociedad de monopolistas á quienes daba baxo el nombre de compañía una ganancia proporcionada á la masa de fondos que habia recibido.

Orléans estaba en la firme cree-

cia que Flesselles, Bertier, Foulon, Breteuil, d'Aligre, Lefebvre d'Amméeourt, y d'Eprémesnil eran del número de esta sociedad. Queria pues su muerte para ser solo en el estanco de granos con el fin de que, quando le agradase, el pueblo no tuviese una onza de pan, y que por el interes ú otras razones los monopolistas no pudiesen contrariarle en sus intenciones. Estaba persuadido ademas que el conde d'Artois, la reyna y rey mismo tenian interes en los lucros exôrbitantes que hacia Pinet sobre el monopolio. Contaba si conseguia robar á este infeliz, encontrar en sus papeles documentos que probasen la parte que tenian estas augustas personas en el estanco de los granos. Entónces las hubiera hecho imprimir, y repartiéndolos abundantemente, esta publicidad le hubiera dado una gran ventaja para hacer asesinar á la familia real. Tambien estaba seguro de encontrar en los papeles de Pinet una lista exácta de todos los que cooperaban en el reyno al estanco ó

al abastecimiento; no le importaba menos el conocimiento de los unos que el de los otros, porque haciendo degollar á todos quedaba dueño de la subsistencia del pueblo, y el temor impedia que nadie en Francia osase en adelante mezclarse en este comercio.

Orléans hallaba aún una ventaja considerable en el espolio y muerte de Pinet; porque debiéndole á éste sumas considerables de dinero, hallaba él y sus agentes el medio de reintegrarle con el robo y el asesinato.

El último motivo que le obligaba á deshacerse de Pinet era el mismo que habia entrado en sus miras para poner á los que dexo referidos en el rango de los proscriptos. La corte justamente inquieta por los progresos que hacia el hambre, y sabiendo muy bien que esta plaga era engendrada por una compañía de monopolistas, determinó consultar á todos aquellos que pudiesen instruirla acerca de este terrible agiotage, y manifestarla si

era posible los medios de hacerla cesar. Dió órden para que se reuniesen en Marly para el efecto á Foulon, Flesselles, Bertier, al presidente d'Aligre, Lefebvre d'Ammécourt, y al mismo Pinet. Tuvieron audiencias secretas á las quales fué llamado tambien el baron de Breteuil. El rey los empeñó por razones las mas poderosas, á fin de que le ayudasen con todas sus luces y cuidados á desconcertar las maniobras de la sociedad de monopolistas de los quales era gefe Orléans. A las súplicas añadió las promesas. A Foulon y d'Ammécourt que habian caido antes de su gracia, y acababa de llamar al primero de un destierro humillante, le aseguró que no perdería en adelante su favor, y le prometió una plaza en el ministerio: al segundo le devolvió el empleo que le habia quitado y que se llamaba la cartera de la corte, esto es, el encargo de relatar en el parlamento los negocios contenciosos en que aquella estaba interesada: á d'Aligre le pro-

metió hacerlo duque : al baron de Breteuil darle honores de primer ministro ; y á Flesselles y Bertier un empleo en el ministerio. Pinet hombre de baxa extraccion tenia una ambicion proporcionada á la modestia de su nacimiento; sus miras no eran muy elevadas, pero viéndose buscado, adulado, acariciado y preguntado acerca de sus deseos, dexó adivinar temblando que todos ellos serian satisfechôs si podia obtener el empleo de tesorero real, el qual le fué tambien prometido.

En estas audiencias secretas de Marly hubo una verdadera conspiracion contra Orléans, pero éste que tenia espías por todas partes y tambien cerca de los reyes, supo estas conferencias, los nombres de las personas que se habian hallado, y adivinó sin trabajo lo que se habia tratado. Temia lo que estas personas podian haber descubierto, y lo que podrian descubrir aún, como tambien las medidas que se podrian adoptar

para perderlo; y esta fué una de las principales razones que le hicieron proscribir todas aquellas personas.

En quanto á d'Eprémesnil, es dificil concebir cómo Orléans pudo creer estuviese agregado á una banda de monopolistas, porque no habia persona menos interesada que este magistrado, ni tampoco quien tuviese mas horror á esta especie de especulaciones. Pero es indudable que lo que obligó al príncipe á proscribir á d'Eprémesnil ademas de la amistad que tenia con Pinet, fueron las dos qualidades que hicieron á este magistrado temible á los novatores, es decir, su elocuencia y su energía. Por esta última comprendió tambien en la proscripcion al abad Maury.

La necesidad de quitar á los realistas los gefes que los hubieran podido reunir, la de imprimir un terror espantoso en sus ánimos, y las miras personales de venganza contra el conde d'Artois, el príncipe de Condé y el de Conti, hicieron inscribir sus

nombres en su lista fatal. El mariscal de Broglie, el baron de Bezenval y el príncipe de Lambesc, se habian hecho odiosos é incómodos por los cuidados infatigables que se tomaban con el mejor éxito para la llegada de los granos que necesitaba la ciudad de París.

En quanto á Durocher que residia en Passy, los frecuentes y nocturnos conventículos de los conjurados le habian puesto en cuidado. Espiaba y seguia todos sus pasos para adivinar sus intenciones. Esta vigilancia los importunaba y sabian ademas, que al gran zelo de sus funciones reunia un valor natural, y esto era bastante para decretar su muerte.

Apénas los conjurados acordaron este horrible plan, quando caminaron ácia su execucion. Llenaron todas las carreteras y caminos mas públicos de salteadores que se apoderaban de los comboyes, saqueando unos y arrojando otros al agua. El Suasonado, la Picardia, la Champaña, y la Borgoña que hasta entónces habian provisto á

la capital, en adelante no la surtieron mas de granos. En Reims se sublevaron; en Caen forzaron los graneros; en Orléans, Leon, Nancy, Ruan y en casi todas las ciudades populosas, los tahoneros se vieron en la imposibilidad de cocer. La Picardia, el Langüedoc, la mayor parte de los distritos del Auch, de Burdeos y de Montauban experimentaron los horrores del hambre. En la mayor parte de Francia las gentes del campo componian un pernicioso y malísimo alimento con el salvado y las yerbas que cocian con él para poderlo comer en lugar de pan.

En París y en Versalles las tahonas estaban sitiadas por la mañana y tarde. El pan se distribuía con parsimonia, era negro y de mal olor, infecto y mal sano, inflamaba la garganta y ocasionaba dolores vehementes en las entrañas (1). Los artesanos, me-

(1) Si esto sucedía en Francia en 1789 baxo la salva guardia de un gobierno ilustrado como el de la asamblea nacional, ¿qué estraño será que en Madrid se hayan repeti-

nestrales, jornaleros y demas que viven del trabajo de sus manos, pasaban todo el dia en conquistar este triste alimento, pues se lo quitaban unos á otros dexando muchas veces el sitio salpicado de sangre, y las mas los padres y madres de familia volvian en medio de sus hijos con las manos vacías y la desesperacion en el corazon. Maldecian el gobierno y acumulaban este desastre á la falta de prevision del gefe de la nacion. Es menester convenir en

do en 1811 las mismas escenas baxo el despótico gobierno del intruso Jose por los tahoneros que se substrageron de la férrea cuchilla de Orléans y de Robespierre? Con efecto no contentos con haber sido los asesinos de sus compatriotas, nos hicieron pagar las 24, 22, y aun 20 onzas de mal pan á trece reales; pan que amasaban con las harinas de trigo, yeso, algarroba, y otras sales y semillas aun mas nocivas, segun los análisis hechos por algunos fisico-farmacéuticos; ni es de estrañar con estos datos las inchazones de piernas, dolores de entrañas y muertes repentinas que motivaron con un alimento tan pernicioso. Todo esto sucedia al mismo tiempo que los graneros de los mono-

que no se podia buscar un medio mas eficaz que esta penuria artificial para amortigüar en el corazon de los pueblos aquel amor y aquella veneracion, que son aun mismo tiempo la fuerza y la recompensa de los que los gobiernan. Un rey á quien una progresion de resultados aciagos pone en la imposibilidad de dar pan á sus vasallos, es respetado y querido con mucha dificultad. Tal era la situacion de Luis XVI, hallandose agravada ademas por

polistas se agorgojaban esperando valiese la fanega de trigo á 610 reales, para hacernos comer sus granos infectos y fermentados, como sucedió y se maleó de tal suerte el pan, que el mismo intruso mandó hacer su análisis; pero quando supo que era obra de los tahoneros franceses, se contentó con mandar enterrar detras del cadalso que habian levantado de su órden en la plazuela de la Cebada, algunos carros de yeso, algarroba, neguilla, paja y salvado, que vendian al pueblo con los nombres de *pan y de morena*. Tambien puso en libertad á los tahoneros que por iguales crímenes fueron presos en Foncarral. ¡Españoles, esta es la felicidad que os prometió!

las calumnias de Orléans, que no cesaba de indicarle como al verdadero autor de este desastre.

La historia debe hacer justicia al clero, pues fué el primero que solicitó el fin de este azote, y si hubieran sido sus votos oidos, la Francia se hubiera salvado. Apénas se instalaron los estados generales, quando el clero, antes de ocuparse en algun otro negocio, suplicó al rey permitiese crear una comision de las tres clases compuesta de los diputados de diferentes gobiernos, *que se dedicase exclusivamente á buscar medios para disminuir el precio del pan.* A esta peticion contestó el rey del modo que sigue: "Los objetos que me presenta la de»liberacion del clero ocupan hace tiem»po mi interes y mi atencion. Creo »no haber olvidado ninguno de todos »los medios para hacer menos funes»to el efecto inevitable de la insufi»ciencia de la cosecha. Pero veré con »placer formarse una comision de los »estados generales que pueda, toman-

„do conocimiento de los medios que yo „me he servido, asociarse á mis inquie- „tudes y ayudarme con sus luces."

Es muy verosímil que semejante comision, á estar compuesta de hombres de probidad que adquiriesen luces sobre las maniobras de los monopolistas y manifestasen la verdad de plano, hubiera hecho renacer la abundancia. La idea de crear esta comision fué acogida con entusiasmo por la nobleza; pero en el estado llano enfureció á los partidarios de Orléans. "No es la religion, exclamó „Populus, sino una política profun- „da la que inspira el clero; no os „engañeis, ni veais en la proposi- „cion que os hace sino una astuta y „pérfida maquinacion; quiere poner „al pueblo de su parte, é indispo- „nerlo contra nosotros. — Yo pido, „gritó otro frenético, que la con- „ducta del clero sea denunciada al „rey como sediciosa. — Yo, dixo „otro diputado, pido que se venda „la quarta parte de sus bienes."

En fin, en vez del pan que el clero solicitaba para los infelices, el estado llano dirigió á esta clase el acuerdo siguiente: "Penetrados de los »mismos sentimietos que os animan »hasta el punto de derramar lágri»mas por las desdichas públicas, os »convidamos á que os reunais á noso»tros en la sala comun para delibe»rar sobre el modo mas eficaz y »posible de remediarlas." Tal era la ceguedad del pueblo, que recibió este acuerdo con mas reconocimiento cien veces, que si hubiera obtenido el pan que le faltaba.

Así es como no tuvo efecto esta junta de beneficencia que deseaban el rey, el clero y la nobleza; pero en su lugar, luego que Orléans se unió á los comunes, hizo crear una junta de subsistencias de la qual casi todos sus miembros estaban de su parte.

Esta junta auxîlió á Orléans por su inaccion, y contribuyó tambien á estorbar los abastecimientos de París. En la mayor parte de los caminos

quando detenian á un convoy de granos, decian que era por órden de la junta de subsistencias, porque habia sabido que los aristócratas querian enviarlos al extrangero.

Quanto mas se aproxîmaba el lúnes 13 de julio, tanto mas las maniobras se multiplicaban y empeoraban el mal, y Necker le puso el colmo. Queriendo dar la junta de subsistencias una prueba de su solicitud para consolar la miseria pública, hizo pedir solemnemente á Necker por medio de la asamblea nacional instrucciones sobre las medidas que podrian tomarse en las circunstancias actuales. Este ministro no era tan inepto é idiota que no conociese que quando se trata del alimento mas necesario, el temor aumenta el mal ó le ocasiona sino exîste. Se tocaba el momento de una cosecha que daba las mas bellas esperanzas y fixando la imaginacion del pueblo sobre éstas se le tranquilizaba.

Pero no fué esta la conducta que tuvo Necker; pintó con los mas som-

bríos colores las calamidades que afligian al pueblo; presentó el mal como sin remedio; anunció que toda la corte y el rey mismo iban á verse reducidos á comer pan de centeno, lo que era una falsedad notoria, porque jamas se vió en la corte ni en las mesas de los diputados semejante pan. Temiendo quizá que no creyesen ésto, y sí que esta estremidad calmaria la miseria pública, despues de haber anunciado su imaginario pan de centeno, añadió esta frase capaz de desesperar al mas indiferente: *Quando los hombres han hecho quanto está en su poder, no hay mas que someterse con resignacion á las leyes de la necesidad, y á los decretos de la providencia.*

No hay que admirarse de que el pueblo despues de esta declaracion hecha por un ministro que debia conocer tambien el estado de las subsistencias exclamase: "No nos quedan ya sino dos partidos que tomar: ú ofrecernos con resignacion á la muerte, ó tantear todos los medios que nos puedan librar

del hambre que nos vá á devorar." Aun hay que admirarse menos del éxîto que obtenian los oradores de Orléans quando dirigian á los hombres, de quienes Necker removia hasta las mas remotas esperanzas con este lenguage sedicioso. "Puesto que el rey no puede alimentaros, buscad en otra parte quien os dé pan." El pueblo frances, y sobre todo el de París, ha cometido grandes excesos, pero no ha sido el autor de ellos, y es menester guardar la indignacion para los bribonnes y facciosos que le engañaron y estraviaron.

La conducta que tuvo la junta de subsistencias la víspera de la revolucion que Orléans iba á producir, merece considerarse. Esta junta despues de haber recibido las instrucciones de Necker, hizo á la asamblea al cabo de algunos dias una lectura pura y simple de ellas sin acompañarlas de ninguna reflexîon. Dupont, órgano de la junta, presentó en seguida una relacion sobre la crísis actual. "¿Estaréis, exclamó, en la imposibilidad de alimentar á vues-

»tros hermanos que os imploran... y la
»nacion reunida no podrá mas que com-
»padecer á la nacion? Si se tratase de
»perpetuar gastos ruinosos, de ocurrir
»á la prodigalidad de la corte, de ha-
»cer á los ministros independientes de
»la satisfaccion pública, ciertamente
»que entónces os sería, y os es pro-
»hibido acceder á ninguna contribu-
»cion y á ningun préstamo. Pero no
»podeis dudar que vuestros delegantes
»han dicho que la salud pública es la
»ley suprema; que no os han autori-
»zado sino para impedir los progre-
»sos de una inundacion ó de un in-
»cendio para rechazar al enemigo: si
»la patria fuese atacada, para socorrer
»al pobre, y para evitarle la muerte
»que trae de suyo la miseria. No os
»han prohibido tampoco acordar una
»contribucion á estos, y puesto que sois
»sus representantes, haced lo que ellos
»mismos harian."

A continuacion de este preámbulo propuso Dupont, para poner fin á la penuria, seis medios que sabía bien

eran impracticables reducidos á este raciocinio. "La penuria está conside-»rada por Orléans como el medio mas »eficaz para obrar la revolucion que de-»be estallar el 13, luego hacer cesar »el hambre es establecer un órden que »nos destruye este medio." Así es que la asamblea no quiso discutirlos.

Los que propuso el conde de Lally en alivio del pueblo que tanto sufria, son vigorosos, extraordinarios y no es posible que el orador contase mucho, ni sobre la eficacia de ellos, ni sobre la prontitud de su execucion.

1.° Dar gracias al rey por sus cuidados paternales para con sus vasallos.

2.° Suplicar á S. M. se digne hacernos saber por su ministro (Necker) *que tan sábiamente ha coadyuvado á sus miras* si hay necesidad de un socorro extraordinario en las actuales circunstancias. En el caso que lo sea, la asamblea despues de haber establecido y promulgado las leyes constitucionales, votará un subsidio particular para realizar este socorro.

3.° Prohibir desde hoy la exportacion de los granos y harinas.

4.° Permitir tambien desde hoy la libre circulacion de los granos y harinas en lo interior del reyno.

5.° En fin llevar el presente acuerdo al rey, y suplicarle muy respetuosamente lo revista con su sancion real.

La peroracion del conde de Lally, fué aun mas ęstraña que las proposiciones de su discurso: "debo, concluía, manifestaros aquí mis sentimientos, quizá os admirarán, ó tal vez condenareis mi atrevimiento; pero no olvideis que reclamo vuestra indulgencia." El orador por esta frase que llamaba la atencion, queria decir sin rebozo que no era pan lo que se necesitaba, pero sí una insurreccion: tambien envolvió su pensamiento en esta otra frase que no tenia nada de elegante. "No hay re»volucion sin un movimiento qual»quiera, no hay movimiento político »sin agitacion, ni agitacion sin peli»gro." Este es el discurso que Mounier llamó una *elocuente mocion*.

Bouche diputado provenzal, hombre estúpido y ridículo, pidió que la junta de subsistencias se reuniese *solemnemente* por la tarde para buscar remedios mas directos, mas asequibles y mas prontos. No era solemnidad, sino pan lo que faltaba al pueblo.

No tengo necesidad de decir que el conde de Mirabeau que se creía muy proxîmo á ser primer ministro del nuevo rey, y que en el conciliábulo de Passy habia dado su voto al plan de penuria, se guardó de contradecir á los que querian hacer adoptar medios tan contrarios para procurar la subsistencia.

Mounier, como el conde de Lally, acusó sin pruebas á los parlamentos de que detenian la circulacion; pero desenvolvió con mas franqueza el sistema del dia. "¿Qué puede hacer, decia, la asamblea nacional en un momento de calamidad? ¿puede acaso contener los horrores del hambre? ¿tiene acaso poder de persegir á los monopolistas y de entregarlos al executor

público segun la venganza de las leyes? ¿reside en ella la fuerza executiva para arrestar y castigar las maquinaciones que oculta la sombra del misterio hace tanto tiempo, y que los hombres que han usurpado la autoridad sancionan con su nombre y su crédito? ¿tiene aquellos recursos saludables, ni las ilustraciones necesarias que residen en el gobierno para hacer el bien? No por cierto: sin luces, sin indicios, sin la fuerza executiva, despojada de toda actividad, y reducida á la imposibilidad, se vé aislada y abandonada á solo el deseo de hacer bien: es verdad que puede mandarlo, pero es todo lo que puede; obrando hasta allí, su fuerza espira en los límites que la estrechan: la autoridad legislativa no es nada sin la executiva, y ésta lo puede todo sin el auxîlio de aquella."

Con estas y otras consideraciones de la misma naturaleza que empleó Mounier cautivó de tal modo á la asamblea, que se desechó toda deliberacion

ulterior, y el pueblo fué entregado al hambre baxo la complacencia de Orléans ayudado de la junta de subsistencias.

Sabiendo Rutleidge que la asamblea abandonaba este negocio, vino en nombre y á ruego de los tahoneros de la capital á arengar á la junta de subsistencias, y la entregó los datos. La junta al tomarlos dixo, que eran resortes del poder executivo, y no los entregó jamas.

De todas partes del reyno escribieron á esta junta detalles desastrosos, pero ninguna consideracion fué bastante para hacerla salir de su impasibilidad legislativa. Sin embargo para que el pueblo creyese que se ocupaba en aliviar la clase doliente, y que no perdia la esperanza de consolarla, pidió con mucho estrépito á Necker lo que hubiese trabajado acerca de esta materia en su secretaría: Necker respondió, que hablaria al rey: no replicaron á esta respuesta, y la cosa se quedó en aquel estado.

Parece sin embargo muy singular, que no queriendo hacer cesar ninguno de estos señores el hambre, hubiesen llevado este negocio hasta ponerlo en deliberacion. Barére de Vieuzac en su diario intitulado *la Madrugada* esplica ingenuamente esta singularidad. *Era preciso, dice* (1), *presentar al pueblo la prueba de que pensaban en sus infortunios y que se ocupaban de sus necesidades.*

Así es que entregado sin piedad el pueblo á las bestias feroces que devoraban su subsistencia, no tomó mas consejo que el de su desesperacion y su furor. Lo conduxeron á tal extremo, que pudieron prometérselo todo de él, porque él mismo no tenia nada que esperar como no fuese de una grande mudanza.

Seguro del pueblo Orléans, lo estaba todavía mas de los asesinos que pagaba: podia contar con la subversion de las guardias francesas, y á lo menos con la inaccion de todos

(1) Tome 1, page 220.

los cuerpos ó la mayor parte de ellos. No le quedaba por corromper mas que el vecindario, y en la noche del 9 al 10 introduxeron por debaxo de las puertas de los comerciantes un escrito que los llamaba á la sedicion.

Al tiempo que sucedia esto en París, el conde Mirabeau en Versalles pedia al rey con altanería é importunidad que alejase las tropas: ponia á todos los miembros del Club Breton en una actividad y agitacion extraordinarias: se escribia á las provincias: los caminos reales estaban cubiertos de emisarios y de correos que conducian á todas partes aquellos escritos incendiarios: hasta en los campos habia hombres apostados que presentaban á los paysanos una pretendida amonestacion del rey para quemar todos los títulos feudales, quintas y casas de campo. Jamas se vió una fermentacion tan extraordinaria ni tan general: se hubiera podido decir que la tierra iba á absorverse á toda la Francia.

El 10 el camino de Versalles á París estaba cubierto de gentes de á pie y de á caballo, y en carruages que iban y venian del Club Breton al palacio real, y de éste á aquel. En los cafés y en el jardin del palacio real se decia sin disfraz, que era menester echarse en los brazos de *Monseñor* el duque de Orléans; y se llegó á pregonar las cabezas que este príncipe habia proscripto, con especialidad al conde d'Artois, y al príncipe de Condé. En medio de estas sangrientas conmociones el dinero llovia, por decirlo así, sobre los expectadores desde las ventanas del quarto que habitaba el príncipe y sus hijos. Muchas personas al levantar el dinero de entre sus pies hallaban dos escudos de seis libras envueltos en un papel, sobre el qual se leia: *Sed de los nuestros, y el dinero no os faltará.* Ademas los agentes del príncipe, rompiendo la multitud, introducian tambien en los bolsillos de los concurrentes la misma suma con igual ins-

cripcion en el papel que la envolvia. Al mismo tiempo los árboles y las paredes del edificio llamado el *Circo* estaban cubiertas de folletos en verso y prosa en alabanza del príncipe. Los oradores exhortaban á los que les escuchaban á prestar el juramento de defender la asamblea nacional, á Mr. Necker y á *Monseñor* el duque de Orléans. Enviaban en seguida á aquellos que habian adoptado su proposicion al café de Foix, en donde hombres empleados en esto recibian el juramento. Entre los oradores se notaba un gran negro que todos sabian estaba al servicio de Orléans, aunque en este dia no llevaba su librea.

En las calles y por todas partes repartian un corto escrito en honor de este príncipe, en el qual se suponia que habia ofrecido á la junta de subsistencias una suma de trescientas mil libras para contener el aumento del precio del pan y la escasez de los granos, que las maniobras

sordas y malévolas habian hecho casi imposibles de evitar.

A cada instante pelotones de bandidos se presentaban en los baluartes y no hablaban mas que de pillage y de incendios, y á cada hora del dia procuraban escitar un motin. Al anochecer las guardias francesas, los artilleros, los dragones, los soldados inválidos y los de caballería ligera del real Croacia se reunieron en los campos Elíseos, en donde y á presencia de un pueblo inmenso tuvieron una cena espléndida, y de sobre mesa les prodigaron dinero, villetes de caxa y licores. Habiendo luego llegado los sargentos de los diferentes cuerpos á buscar á sus soldados, éstos suplicaron á aquellos tomasen de los restos del festin; lo aceptaron sin hacerse de rogar, y bebieron alegremente á la salud del estado llano, de Mr. Necker y de *Monseñor* el duque de Orléans. La palabra de *Monseñor* debe notarse, pues solo en estas circuntancias es quando los fac-

ciosos la pronunciaban con afectacion.

Es imposible describir la situacion de la corte en medio de esta efervescencia. No podia ignorar que una espantosa insurreccion iba á estallar, y que su objeto era poner la suerte de la Francia en las manos del primer príncipe de la sangre. El momento de obrar con actividad era con efecto llegado; pero por otra parte sin dinero, sin soldados y sin pan que poder dar al pueblo, se creyó en la imposibilidad de intentar una accion atrevida y vigorosa. El rey prohibió ademas que se hiciese ninguna violencia; no queria que por su causa se derramase una gota de sangre, y veia que la primera espada que se desembaynase por su parte daria la señal de una guerra civil. La máxîma de Tacito que dice: *Justum est bellum, quibus necessarium; et pia arma, quibus nisi in armis spes est*, repugnaba al corazon de Luis XVI, y esta repugnancia le dominaba tan-

to mas, quanto que no era una sangre extrangera la que habia de derramarse. Pero si hubiera consentido en adoptar esta máxîma, es muy probable que la necesidad á que lo habian reducido le dexase sin poder prometerse un éxito feliz; y los que juzgan hoy que á este principe le faltó la habilidad y el valor, juzgan mal. Todos vén la cadena lamentable de desastres que lo despojaron succesivamente de la corona, de la libertad y de la vida; mas es menester exâminar tambien con imparcialidad si estuvo en su poder prevenirlo ó no.

En esta crísis y con semejante opinion Luis XVI adoptó un medio, cuya insuficiencia debia apresurar la subversion que queria sufocar, y experimentó que en las grandes conmociones la política debe reprobar las medidas suaves. Creyó que Necker era el alma de la faccion que agitaba á toda la Francia, y se persuadió que el crédito y las tenebro-

sas maniobras del ministro componian toda la fuerza de Orléans. Necker habia nacido en una república y en una secta enemiga de la constitucion monárquica: así es que quantos calvinistas, filósofos y escritores sediciosos tenia la Francia, le alababan con entusiasmó, y su nombre se hallaba mezclado con el de Orléans en todos los folletos y en todas las mociones que llamaban á éste al trono. El habia adoptado ademas en el consejo la opinion de Mirabeau y de todos los orleanistas, y votado por la separacion de las tropas. En tiempo de la existencia de los estados generales en tres cámaras habia hallado excesivas las pretensiones del estado llano, y dió su aprobacion formal á una declaracion que se leyó el 23 de junio por el rey á la asamblea de los estados. Las frases que en esta declaracion habian sublevado mas al estado llano eran obra de Necker. Sin embargo publicó al instante que semejante declaracion se

habia llevado á los estados contra su dictámen; y para inducir al pueblo á que lo creyese se ausentó de la asamblea el dia que se leyó.

Recogiendo el rey y estudiando todos los datos y noticias que le daban acerca del monopolio de los granos, creyó que habria otras quejas contra su ministro. Se instruyó de que algunos comerciantes ingleses se habian ofrecido á procurar trigo á un precio muy moderado, y que uno de entre ellos llamado Tessier habia hecho proposiciones admisibles: que una comision secreta y muy numerosa se habia encargado de proveer de trigo de un modo poco gravoso: en fin, que un negociante habia acopiado por la navegacion inglesa una cantidad muy considerable de trigo americano, y que habia hecho llegar este convoy en derechura á la Mancha, no dudando que el gobierno lo comprase entero; que sin embargo Necker habia rehusado oir las proposiciones de diferentes comerciantes, despidien-

do la comision secreta: que no tomó mas que el primer cargamento del convoy llegado á la Mancha; y que habia pedido en seguida á la corte de Lóndres con mucho estrépito una extraccion de veinte mil sacos de harina que le fueron negados. De todos estos hechos creía Luis XVI poder concluir que Necker era cómplice, y quizá la guia de los malhechores que afligian al pueblo: no era Luis el único que pensaba de este modo; pues en el público habia muchas personas que pensaban como él. Tuvieron tambien la osadía de poner en las esquinas de las calles una estampa, en la qual se representaba á Necker sentado sobre la tea de la sedicion, y teniendo por satélite al espectro del hambre.

Aun hay mas, valuando lo que los granos comprados al extrangero habian costado, hecha la deduccion del precio á que se habian revendido en los mercados, se halló que estas compras ascendían á veinte millones me-

nos que lo que arrojaban las cuentas de Necker. Es muy natural que se pensase que estos veinte millones, cuya inversion no aparecia, era uno de los recursos en que se apoyaron para pagar las atrocidades presentes y porvenir (1).

Estas diversas consideraciones determinaron á Luis XVI á mandar salir á Necker inmediatamente del reyno. El conde de Montmorin le presentó la órden al tiempo que iba á ponerse á la mesa, y despues de comer entraron en el coche él y su esposa sin hablar á nadie de su desgracia: en breve y sin tomar un instante de reposo pasó las fronteras de la Flandes, adonde habia esperado llegar para expedir un correo á la baronesa de Stael su hija.

Este acontecimiento no disminuyó

(1) El desgraciado Calonne, cuyo cuerpo se encontró despedazado en los bosques de Montargis en Francia sin duda por las fieras de ellos, dixo con este motivo que no habia habido en el mundo revolucion mas cara que la de su patria.

nada el embarazo de la corte, pero desordenó un poco los proyectos de los conjurados; este es en semejantes casos el efecto que produce un suceso inesperado. Inspiró ademas una especie de espanto y de temor á Orléans. Habiéndose fixado para el lúnes 13 la insurreccion convino con su consejo revolucionario que se daría por señal el incendio del palacio Borbon.

Los que han dicho que las desgracias de Necker habian ocasionado la insurreccion, se engañan; hubiera sucedido lo mismo sin su despedida, pero dos dias mas tarde, y quizá con mas órden. Así es, que en vez de estallar el 13 reventó el 11 al anochecer. Hasta las once de la noche no se supo nada en París positivamente, que Necker habia recibido órden de salir del reyno. El rumor que este suceso produxo hizo creer á los bandidos (de que se habian de valer el 13) que podian ya en aquel momento mismo encender sus hachones: y así sin esperar ningun aviso inundaron de repente

todo el quartel de la nueva Francia, é incendiaron los muelles del malecon d'Antin. Las tinieblas, la ausencia de los gefes, el temor de no ser auxîliados, y de caer en algunas celadas hicieron que por esta noche se limitasen á solo aquel desórden y alboroto.

A la madrugada del siguiente dia se reunieron en el palacio real, y aunque supieron que el ministerio se habia mudado enteramente, que la Luzerne, Saint-Priest, y Montmorin habian recibido órden de dejar tambien la corte, que el baron d'Breteuil había sido nombrado ministro de hacienda, Galaiziére contralor general, el mariscal de Broglie ministro de la guerra, la Porte (1) intendente de la guer-

(1) Arnaldo la Porte era intendente de marina en Tolon y de la lista civil del rey en 1790, y tanto en este cargo como en el de intendente de la guerra sirvió con la mayor fidelidad y adesion á Luis XVI. Fué condenado á muerte el 28 de agosto de 1792. Al recibir el fatal golpe dirigió al numeroso gentio este discurso. "Ciudadanos, muero ino- »cente, puesto que no es un crimen la fi-

ra, y Foulon intendente de marina: en aquel estado de cosas estos nombramientos nuevos no fueron bastante á contener la multitud; pero lo que la enardeció estraordinariamente fué, que algunos sugetos impostores que se decian llegados en aquel momento de Versalles, gritaban que todo estaba perdido; que ocultaban y degollaban á los diputados; que el duque de Orléans tenia su vida en el mayor peligro, y que iban á entrar en París á sangre y fuego. Sería muy dificil pintar la imágen que presentaba el palacio real y sus cercanías en esta borrascosa mañana. Se veían oleadas de gentes sucederse unas á otras. Tan pronto reynaba el silencio profundo de la consternacion; tan pronto se oía un ruido sordo y amenazador parecido al mugido del mar quando una violenta tempestad va á encrespar las olas; tan pronto los gritos del furor

»delidad á mi rey. Pido á Dios que mi san»gre os haga mas felices, y sirva de base á »la tranquilidad de la Francia."

mas exâltado herían el ayre imitando los rayos y relámpagos que se desprenden de las densas nubes.

Este estado demasiado violento no podia durar: el momento de una grande explosion habia ya llegado. Entre las doce y la una del dia cohortes de asesinos salen del palacio real, se proveen de antorchas y se disponen á incendiar los baluartes. El regimiento real aleman fué el único que permaneció fiel al rey en esta terrible crísis, y en medio del desórden universal no oye mas que la voz del príncipe de Lambesc su gefe. Se presenta en todas partes que vé reuniones, se multiplica digámoslo así en muchos lugares, y á cada instante tiene que combatir ya con los sediciosos, y ya con los guardias francesas que se ponen á la frente de ellos.

A pesar de esto la insurreccion no tomaba ningun aspecto de órden; era movimiento ciego, nadie mandaba, nadie obedecia, no sabian ni

qué hacer, ni adónde dirigirse; conocian la necesidad de un gefe, le buscaban, le pedian; este gefe era el duque de Orléans, pero no parecia. Sin embargo el momento de hacerse proclamar rey no podia ser mas propicio, ni despues en el curso de la revolucion se le presentó ocasion mas favorable para ello; con un simple ardid lo hubiera conseguido.

Pero su pusilanimidad en aquel dia fué grande y extraordinaria; y sus confidentes que lo han acusado despues de falta de espíritu no tuvieron mas que él, ó por lo menos temieron tanto como Orléans declararse: se tenian por conspiradores, y no eran mas que revoltosos y amotinados.

Cansado el pueblo de desear y de pedir á Orléans, perdiendo en fin la paciencia, quiso al menos tener su imágen. Como á las quatro de la tarde la multitud se dispersa, los unos corren á cerrar los tea-

tros, los otros fuerzan las armerías y extraen todas las armas que encuentran. La consternacion es general, los vecinos atrancan sus puertas, en un instante se vé París como una ciudad que vá á tomarse por asalto; está sin gefes, sin magistrados, sin tribunales, sin espectáculos... y el pueblo es dueño absoluto de todo.

Un grupo considerable de gentes se dirige al baluarte y se introduce en un salon, en donde uno llamado Curtius enseñaba al público por un precio moderado figuras de cera que él mismo hacia con mucha propiedad y similitud al natural. Allí dos jóvenes de buena fisonomía, y muy bien vestidos piden á Curtius los bustos de Necker y de Orléans. El uno de ellos se apodera del de Necker, y entregando el de Orléans al otro compañero llamado Pepin, salen con ellos seguidos de un pueblo inmenso gritando: *Sombreros abajo: viva Necker: viva el duque de Orléans.* En el ca-

mino otro jóven ricamente vestido y armado de espada, arrebata de las manos de Pepin el busto de Orléans, y lo lleva él mismo respetuosamente. Cubren en seguida los bustos con un crespon, los pasean por el baluarte, despues por el palacio real, y por último se dirigen á la plaza llamada entónces de Luis XV. Allí fué el tumulto y la confusion, se empeña una especie de accion entre un destacamento del real aleman y los que escoltaban los bustos. El jóven que llevaba el de Orléans lo abandona y huye, y la imágen del príncipe cae en el lodo.... Pepin que iba siempre á su lado se apresura á recogerla..... un sablazo de un soldado de caballería derriba la cabeza del busto, y el mismo Pepin recibe un pistoletazo en la pierna izquierda y una estocada en el pecho, y cae bañado en su sangre. Depositan la efigie mutilada de Orléans en casa del portero ó guardia del puente levadizo de las Tullerías, y arrastran despues al desgra-

ciado Pepin hasta el palacio real.

La vista de sus heridas y de su sangre hace en los espectadores la misma impresion que en los romanos el manto ensangrentado de César..... Un jóven hacina una porcion de sillas cerca del herido, y desde arriba habla así: "Es inútil preguntaros »qué se ha hecho de *Monseñor* el »duque de Orléans.... ha experimen»tado la misma suerte que Mr. Ne»cker.... está desterrado, y no sabe»mos aun el sitio de su retiro. Oid, »ciudadanos, mirad dos carruages »de camino que van á incorporár»sele."

En efecto, al mismo tiempo que este hombre decia estas últimas palabras, dos coches de camino salian de los patios del palacio real, y se dirigieron por el baluarte.

"Conmigo pues, ciudadanos, gri»tó en seguida el orador, estamos »aquí reunidos para anunciaros que »nuestra intencion es declarar á Mr. »Necker *ministro inamovible de la na-*

„*cion* ; y como nuestro reyno se ha-
„lla en estado de gobernar, *nombra-*
„*mos á Monseñor el duque de Orléans*
„*lugar teniente general del reyno*. Va-
„mos á reunirnos para ir desde aquí
„al quartel de los inválidos, en don-
„de tomarémos las armas que han
„hecho llevar allí de la Bastilla: iré-
„mos despues á los conventos reli-
„giosos á tomar tambien las que se
„encuentren ; si no nos las dan de
„grado, nos servirémos de nuestras
„mañas para adquirirlas por la fuer-
„za."

Camilo Desmoulins succedió á este arengador; pero como el defecto de su órgano le impedia explicarse, se asemejaba mas á un energúmeno que á un orador, pues tenia en cada mano una pistola, volvia á uno y otro lado sus furibundos ojos, hacia contorsiones y gestos horrorosos, y su boca llena de espuma no le dexaba articular mas que este grito: *á las armas, á las armas*. Por último propuso que se tomase por señal de

reunion una escarapela, y avergonzándose de presentar los colores de Orléans, preguntó: "¿La quereis »amarilla, encarnada, negra, azul ó »verde? —Verde, le respondieron.— »Pues bien, repuso él, séalo; este »color es símbolo de la esperanza." Se vieron con efecto desde por la tarde algunas personas con escarapela verde en sus sombreros.

Quisieron en seguida poner un fusil en las manos del despechado Pepin, pero no se hallaba en estado de sostenerlo, y fué necesario transferirlo al hospital de S. Luis, en donde sus heridas le retuvieron hasta el mes de diciembre siguiente.

¿Qué hacian en el ínterin los conjurados en Versalles? Siendo este dia domingo, y no teniendo la asamblea nacional sesion, pudieron cómodamente concertar las medidas que convenia tomar para aprovecharse del movimiento extraordinario que agitaba á París, pero tan inhábiles como su gefe permanecian retirados

quando debian haberse presentado; y perdian el tiempo en conversaciones futiles quando debian obrar.

No así los conjurados que obligaron al duque de Orléans á que se presentase en París, y que se manifestase al pueblo. Condescendió á sus deseos, pero los cobardes no pensaron en seguirle. Llegó á su palacio real al anochecer: se apeó en uno de sus patios á tiempo que la ocasion le era aun favorable, y que con un poco de atrevimiento podia reparar las faltas que habia cometido en aquel dia.

Si con la espada en la mano se hubiera adelantado ácia la multitud, y la hubiera arengado y ofrecido sus servicios, es muy probable que hubiera conseguido quanto deseaba; pero á la vista del gentío que le rodeaba, tembló, y perdió su presencia de ánimo, temió haber hecho demasiado, y no atreviéndose á salir del patio en donde se habia apeado, se contentó con responder á los que

imploraban su socorro en aquellos momentos de crísis: "¿Qué quereis »que os diga, hijos mios? No hay »mas que un medio, y este es el de »tomar las armas", y desapareció. El resto de la noche le empleó en hacer el papel de un faccioso subalterno que no juzgo conveniente referir, en lo qual se olvidó sin duda de que el gefe de una conspiracion debe reservar para sí los papeles mas brillantes, y que puedan haçerle considerar con ventaja, dexando los mas obscuros para aquellos.

Así se pasó este dia, en el qual Orléans y los demas conjurados no manifestaron ninguna clase de astucia ni de habilidad, con lo que hicieron ver claramente á los observadores que no tenian otros talentos que los de calumniar, embrollar y trastornar la Francia. La fortuna no se les podia mostrar mas propicia, y por su parte hicieron todo quanto pudieron hacer para rechazarla.

El dia siguiente que fué señalado como decisivo, Orléans no adelantó mas sus negocios. Se limitó á mantener la fermentacion y llevarla al mas alto grado. Los herreros á quienes habia pagado de antemano, distribuyeron gratuitamente picas; uno de ellos solo, llamado Faure, entregó quatrocientas treinta. Varios de los criados del príncipe corrian las calles á caballo para reclutar gentes del pueblo baxo; uno de ellos llegó á formar un pequeño exército de dos mil hombres, á cuya cabeza se le vió recorrer diversos quarteles. Parece que Orléans habia corrompido á los oficiales de policía que le sirvieron muy bien, porque estos mismos criados antes de obrar, se avistaron con uno llamado Lescaze inspector de policía, y quando uno de ellos hubo salido de la casa de Lescaze no tardó mucho en volver seguido de un tropel de facinerosos, cuya madriguera le habia indicado sin duda dicho inspector.

Aunque Orléans en los dias borrascosos que acababan de pasar habia dexado escapar la corona que la fortuna le presentaba, sin embargo no se perdieron enteramente para él. Estaba la capital y el reyno en tal situacion, que podia decirse á sí mismo que lo que ambicionaba, no habia hecho mas que diferirse, y que sería rey quando quisiese serlo. Obtuvo ademas el cumplimiento de todos los artículos acordados en el consejo revolucionario de Passy. Así que léjos de desanimarse, no hizo mas que aumentar su teson, á fin de obtener la execucion completa de sus deseos, y cada momento que pasaba y cada suceso que se producia, no hacian mas que acrecentar su ardor y sus esperanzas. Lo mismo sucedió á los conjurados; lo que acababa de ocurrir los ensoberbeció mas y mas; lo miraban como obra suya; nada les parecia entónces imposible; por manera que abrazaron la idea quimérica de la

mudanza de la dinastía, redoblando las intrigas y adhiriéndose con mas interes á las miras del príncipe. Paso á describir ahora los nuevos manejos del duque de Orléans, y el pernicioso suceso que tuvieron, ya por el ascendiente que tenia en ciertas clases del estado, como por el temor que supo inspirar á los demas.

LIBRO SEXTO.

Orléans conjura con una parte de los electores del estado llano de París. Proyecta hacerse declarar mediador entre el rey y el pueblo. Intenta hacer asesinar á Luis XVI, y tener prisionero al conde d'Artois. Diversos asesinatos que hace cometer en París, y en las provincias. Sublevacion que excita en Ruan.

Dexo referidas las sangrientas escenas que ocurrieron en Francia en el corriente mes de julio, y la extension que he dado á esta narracion no me permite creer que haya dejado nada de quanto pueda manifestar un conocimiento exâcto del orígen, y de los efectos de la primera revolucion francesa.

Los electores que habian nombrado los diputados del tercer órden en los estados generales fueron mas felices

que el duque de Orléans. Se crearon por su propio movimiento reyes de París. No necesitaron para esto destreza ni esfuerzos: se presentan sin armas y sin séquito en la casa consistorial: piden una sala; toman asiento, y apenas se posesionan de ella, quando imponen silencio á todas las autoridades, aun aquella que tenia en el ayuntamiento su residencia y asiento ordinario, y desde este momento dictan leyes que se obedecen. Era muy chocante ver una asamblea de mercaderes y de abogados transformada en un senado supremo, sin que se pudiese decir ni ellos mismos saber, cómo habia sucedido. Esto no era un encanto: pero sí es dificil de concebir cómo estos comerciantes y abogados no habian partido sus derechos con el clero y la nobleza.

Estos vecinos se apoderan sin contradiccion de los caudales de la ciudad, y de los impuestos reales y municipales; detienen los correos del monarca, los registran y guardan las bali-

jas. Tres ó quatro de entre ellos escriben en un pedazo de papel que su voluntad es, que aquel á quien se presente entregue la pólvora y las armas que pueda tener en su poder. Los pasantes de procurador llevan estos villetes circulares, y las sociedades ó los particulares que con efecto tienen pólvora ó armas, las entregan á los vecinos que reynan en el ayuntamiento para que usen de ellas como mejor les parezca.

Poco faltó para que estos vecinos despues de haberse transformado en dueños soberanos de la capital, diesen á la Francia un rey de su faccion. Orléans proyectó hacerlos de su partido; y con efecto ganó á la mayor parte. Se acordó que en uno de los movimientos de efervescencia que se suscitaban á cada paso, se presentaría en el ayuntamiento á tiempo que los electores estuviesen en sesion, que allí sacaría la espada, y ofreceria emplearla en servicio del estado llano, y que en seguida se le nombraria lugar tenien-

te general del reyno. Se acordó tambien no dejar pasar la mañana del 14, sin obrar esta extraordinaria revolucion.

Pero no habiéndose presentado el príncipe como lo habia prometido, tuvieron el descaro de proponer á los franceses que tomasen sus colores. Representaron que la escarapela verde debia dejarse, porque era color del conde d'Artois. Esta razon pareció perentoria al estado llano de París singularmente prevenido contra este príncipe. En su consecuencia mandaron los electores que en lugar de la escarapela verde se adoptase la azul y encarnada, que eran los colores del primer príncipe de la sangre; y como por un encanto todos inmediatamente tomaron aquellos colores: pero desesperados algunos dias despues los electores de tener el honor de poner la corona sobre la cabeza de Orléans, hicieron adoptar la tercera escarapela, en la que se añadía el color blanco al azul y encarnado.

Ignorante el duque d'Aumont del convenio que habia entre los electores y Orléans, concibió la idea de ponerse á la cabeza del vecindario de París, al que la inaccion de las tropas, las amenazas y los excesos de los foragidos habian obligado simultáneamente á tomar las armas. D'Aumont duque y par de Francia hacia mucho tiempo que se habia atraido el desprecio de los demas cortesanos, y creyó era esta la ocasion favorable para vengarse de la poca consideracion y aprecio en que la corte le tenia. No se engañaba; pero para ponerse á la cabeza de un partido, es menester talento, luces, experiencia, audacia, valor, y una verdadera superioridad sobre los demas hombres. D'Aumont no tenia nada de esto; no se movia mas que por el deseo de una venganza pueril, y era como un muchacho que se contenta con murmurar de sus maestros.

Este noble se adelantó ácia la casa consistorial, en donde se reglaba el destino de la capital, y llegando á la

plaza de Grêve la vió llena de un pueblo inmenso y armado ya, y pidiendo á voces desaforadas un gefe. Este era el momento que debia aprovechar el duque d'Aumont si hubiera tenido una chispa del genio de Catilina, pues es indudable que habiendo ofrecido sus servicios al pueblo, éste se hubiera entregado ciegamente baxo su direccion; pero para desempeñar semejante papel era menester una cabeza y un valor que ninguno tuvo entónces.

No obstante sin hablar al pueblo sube al ayuntamiento y pide humildemente á los vecinos le concedan la patente de comandante general de la fuerza armada de París. Esta proposicion imprevista admiró á los electores. El nombre, el rango del candidato, su odio contra la corte, todo hablaba en su favor, y podia en las coyunturas actuales procurar grandes ventajas: pero reflexîonando que no habia comparacion alguna entre d'Aumont y el duque de Orléans, y estando seguros que

éste se presentaria, despidieron á aquel contentándolo con llenarle de elogios.

El conde de la Salle d'Offemond ignorando igualmente lo que pasaba entre los electores y el príncipe, hizo la misma pretension. La Salle habia servido sucesivamente en los regimientos de infantería del rey, en el de dragones de Thianges, en el provincial d'Abbeville y en el batallon de la guarnicion de Vermandois. Una larga vida pasada en los empleos obscuros de la milicia no era un título de recomendacion. Nadie le conocia y todos le tenian por un aventurero: era de corto talento, amante del dinero, y complaciente hasta la baxeza. Sus promesas y ruegos importunos le grangearon la proteccion de los electores: pero queriendo tener el empleo vacante para el duque de Orléans, le dieron el de subalterno de una comision. La humildad con que aceptó este modesto cargo les hizo comprender que

aventuraban poco en elevarlo mas alto provisionalmente. Consiguiente á esto le libraron el título de comandante de la milicia cívica de París, persuadidos que no sería entre sus manos mas que un maniquí que podrian separar quando se presentase Orléans.

Si el príncipe no se presentó en la mañana del 14 como lo habia prometido, si dexó escapar aún esta ocasion en la que pudo apoderarse de toda la fuerza armada de París, no es necesario buscar la razon sino en su cáracter tímido, ó mas bien en los decretos de la divina Providencia, que lo hacia mas cobarde que á un niño quando el momento de producirse era llegado. Una mano invisible le repelía del trono quando se ponia sobre las primeras gradas; y esta mano era la de aquel Dios que se sirve muchas veces de los malvados para castigar los grandes crímenes, pero que no queria que uno de los mas facinerosos de aquel

siglo recogiese el fruto de sus numerosos y multiplicados delitos.

¿Quién creerá que en medio de la fermentacion que agitaba á la capital, y que parecia deber fixar todos los pensamientos sobre los mas grandes recursos, no se olvidaban los medios mas pequeños para envolver en una mortandad general á toda la familia real? Pues así fué: mientras que los prisioneros de la *Fuerza* limaban sus yerros, los del Châtelet eran fusilados y asesinados á estocadas; los malhechores renovaban en el barrio de S. Lázaro los horrores de que habian sido testigos los vecinos del de Réveillon; cien mil bandidos saqueaban los inválidos, y las guardias francesas corrian á reforzar todos los puntos importantes..... entónces habia gentes apostadas sobre el puente nuevo, sobre los malecones y calles vecinas que distribuían á los pasageros una carta en verso contra la reyna. De todas las producciones públicas de esta especie,

ninguna mas propia que esta para conseguir el efecto. Lo mas notable es, que todas estas cartas eran manuscritas; mientras que los unos las distribuían los otros las copiaban sin cesar. ¡Tanto temieron perder el tiempo recurriendo á la impresion! ¡tanto quisieron aprovecharse de aquel momento de crísis para dirigir los puñales contra la reyna! ¡qué pasion la venganza! ¡y qué hombre Orléans á quien nada podia retraerle de ella! Porque ¿quién otro podia haber mandado la composicion de aquel libelo?

Instruida la asamblea nacional en la mañana del 14 de las espantosas escenas que amenazaban á la capital y á todo el reyno de una ruina próxîma, me parece que hubiera debido permanecer reunida en cuerpo: la gravedad de las circunstancias exîgía imperiosamente esta medida. Sin embargo levantó la sesion entre las dos y las tres de la tarde, contentándose con dexar solamente algunos de sus miem-

bros en la sala, y no volviendo á reunirse hasta las cinco.

En el intermedio de estas dos sesiones los conjurados tuvieron un conventículo y aprovecharon el tiempo: el duque de Orléans manifestó una extraordinaria repugnancia de presentarse en París á los amotinados; por lo qual y creyendo tambien que este modo de elevarse tenia un ayre de rebelion que era menester evitar, se conformaron con el parecer del príncipe puesto que se podia. Los avisos que llegaban continuamente de París á Versalles les informaban de la horrible extremidad á que aquella ciudad se veia reducida; y creyéron que este estado de cosas obligaria al rey á conceder al príncipe todo lo que le pidiese.

En su consecuencia se acordó que Orleans fuese al palacio, que se presentase á la puerta del consejo, que se hiciese introducir anunciando que tenia que revelar los mas importantes secretos, que allí despues de ha-

ber pintado con energía el levantamiento de todo el pueblo de la capital, así como los temores que todos los buenos tenian por la seguridad del rey y de la familia real, y de haber protestado su zelo personal por los intereses y felicidad del soberano y de la monarquía; se ofreciese á ser mediador entre el rey y el pueblo, y á servirle con todo el crédito que le daba su popularidad para someter los revoltosos á la tranquilidad y á la obediencia. Orléans debia representar que la fidelidad de las tropas era incierta, y que no habia mas medio que éste para restablecer la calma; que sería muy imprudente no tomar esta medida pacífica, por la qual no se exponia la familia real á ningun peligro puesto que por ella todo recaería sobre el mediador. Debia ademas hacer observar que para asegurar el suceso de la mision á que iba á prestarse, convenia conferirle un título que le condecorase de la mas alta consideracion, y le diese una

autoridad superior sobre los amotinados. Y finalmente, despues de haber ponderado estas medidas como necesarias, debia pedir que se le nombrase lugar teniente general del reyno, declarando con firmeza que no siendo así, no prestaba su mediacion.

Formado de este modo el acuerdo, dictaron luego al príncipe las respuestas que deberia dar á las objecciones que podrian oponerle: le describieron con latitud la conducta que debia observar durante la sesion del consejo ántes y despues; en una palabra, *le hicieron el tema y le previnieron todo lo que debia decir*. Estas son las expresiones que empleó el conde de Mirabeau contando á uno de sus cólegas lo que sucedió en esta ocasion: se le formó un discurso muy lacónico que aprendió de memoria, y lo repitió con una firmeza que hizo pronosticar bien del éxîto de este extraordinario negocio.

Por la tarde Orléans sube al palacio, y todo quanto vé le confirma

en la idea de que no puede hallar momento mas felíz para obtener lo que desea. Los correos acababan de traer la terrible noticia de que la Bastilla habia sido allanada; que su comandante, su estado mayor y casi toda la guarnicion habia sido asesinada; que Flesseyes preboste del comercio habia sido degollado; que una legion innumerable de caribes se disputaban los miembros de las víctimas ansiando devorar otras nuevas; que el rey y su familia estaban sumidas en el llanto; que las damas de la corte corrian despavoridas acá y allá, suplicando al primero que hallaban no abandonase al monarca; que los oficiales generales estaban inconsolables; y que los ministros no sabian qué hacerse.

En estas turbulentas circunstancias es quando el consejo se reunió, y no podian hacer cosa mas propia para obrar en la corte la revolucion deseada por los conjurados. Orléans en vez de mezclarse con los miembros

del consejo y de entrar con atrevimiento al mismo tiempo que ellos, se mantuvo separado, y esperó á que la sesion se hubiese empezado : esta fué su primera falta. Quando juzgó que la sesion estaba empezada , se adelantó recitando en voz baxa el discurso que habia de pronunciar; y habiendo llegado á la puerta del consejo , se pára, duda, empieza á temblar , se pone pálido, pierde el ánimo , y espera entre mortales angustias que se acabe la sesion. En fin, la puerta se abre , los miembros del consejo se retiran , y Orléans se acerca al rey , y titubeando le dice: "Señor, vengo á suplicar á V. M. me »permita hacer un viage á Inglaterra, en el caso en que los negocios »políticos se embrollen mas de lo »que ya están." El rey lo mira con sorpresa , se encoge de hombros , y nada le responde.

Los conspiradores se incomodaron con la conducta que acababa de tener el príncipe , que llamaron co-

bardía civil ; pero este enfado duró poco tiempo , pues al dia siguiente tomaron con mas furor los intereses de Orléans.

Los pocos soldados que habian permanacido fieles al rey les causaban algun cuidado ; mas le importunaron con tal teson , y le pidieron tantas veces que los alejase de Versalles y de París , que al fin se vió precisado á mandar que se retirasen todas las tropas que habia hecho venir : quisieron ademas que desterrase á los ministros nuevos que habia llamado cerca de sí , y que hiciese venir á los que habian caido de su gracia ; y tambien tuvo que condescender. Jamas se ha visto un rey menos dueño de sus acciones, ni que tuviese un poder tan limitado. No debo pasar en silencio que los que se manifestaban mas ardientes en exîgir del monarca este doble sacrificio, que tenia por objeto ponerlo á la discrecion del partido de Orléans , eran los condes de Virieu , de Lally , de

Custines (1), Mounier y otros varios.

Era visto que querian poner al rey en la desesperada necesidad de dar algun paso imprudente que los autorizase á pronunciar legalmente su separacion del trono. Quanto mas concedia, otro tanto mas exígian de él. Lo que acababa de otorgar no desar-

(1) Adam Felipe, conde de Custines, nació en Metz el 4 de febrero de 1740. Fué coronel de dragones, se halló en la guerra que tuvieron los insurgentes en Filadelfia, y á su vuelta ascendió á mariscal de campo, y siguió el partido popular. Pidió la creacion de los *asignados*, la destitucion de los ministros, y la supresion de las guardias de los principes. En 1792 mandó en gefe el exército de Soisons y despues el del Rhin, con el que se apoderó de Spira, Maguncia y Francfort. Su impolitica fué causa de que los prusianos lo arrojasen de Francfort, los austriacos de Wormes, y éstos de que los jacobinos declamasen contra él. Fué llamado á la barra de la Convencion y guillotinado el 27 de agosto de 1793. Su hijo fue nombrado ministro en Berlin, pero el rey no quiso admitirlo: se le condenó á muerte el 3 de enero de 1794 á los 25 años de su edad, y la sufrió con mas valor que su padre, que fué llorando al cadalso.

mó su desconfianza y odio. Pison-du-Galan, André, Sillery y Mirabeau continuando con sus declamaciones en la asamblea nacional, y con sus manejos fuera de ella, obligaron al monarca á tomar un partido que nadie esperaba. La admiracion que causó á sus enemigos desconcertó en un instante sus miras. De repente sale el rey de su palacio, y se dirige á pie vestido simplemente, acompañado de sus dos hermanos, precedido y seguido de algunos guardias de corps desarmados ácia la sala de los estados generales. Llega á la puerta..... dexa á sus guardias, y solo con sus dos hermanos se presenta en medio de la asamblea. Allí de pie, descubierta su cabeza, y con el rostro descolorido y triste habla así á los diputados.

"Señores: el gefe de la nacion »viene con confianza en medio de sus »representantes á manifestarles su »pena, y á convidarlos á buscar los »medios de concretar el órden y la

„calma. Yo sé que os han dado in„justas prevenciones contra mí, y „que han publicado con osadía que „vuestras personas no estaban segu„ras. ¿Será pues necesario desmentir „la falsedad de estas relaciones cri„minales, cuya impostura está pro„bada anticipamente por mi conoci„do carácter? Pues bien. Yo mismo, „que no soy sino uno con mi nacion, „me fio de vosotros: ayudadme en „esta circunstancia á asegurar la sa„lud del estado. El celo de los re„presentantes de mi pueblo reunidos „por la salud comun me es un segu„ro garante; y contando con el amor „y la fidelidad de mis vasallos he „dado órden á las tropas de alejar„se de París y de Versalles. Yo os „autorizo, y os convido á que ha„gais conocer mis disposiciones á la „capital."

La vista de un rey desgraciado que se entregaba con esta confianza á una asamblea, en la que varios de sus miembros eran sus enemigos de-

clarados, produxo un movimiento que no es fácil describir. Se levantan, se colocan alrededor de la persona del monarca, y lo conducen en triunfo á su palacio. Durante este camino los hombres de diversos partidos parece no tienen mas que un pensamiento y un mismo deseo. El pueblo corre, hace resonar el ayre con sus transportes de alegría, y llena al rey de bendiciones. Luis va al pie de los altares, se postra allí, y da gracias á Dios de haber reconquistado el corazon de sus vasallos. Esperimentó la felicidad, pero no la disfrutó mas que un instante; estas felices disposiciones que su conducta habia hecho nacer, se extinguieron bien pronto.

Entre los diputados que la asamblea envió á París para llevar las palabras de paz que habia recibido del rey, se hallaron varios orleanistas, entre otros Talleyrand de Perigord obispo de Autun, el cura Goutes, el duque d'Aiguillon, Cárlos Lameth, el conde de Montmorency, el duque de

Liancourt, el baron de Menou, el marques de la Fayette (1), el duque de Biron, el conde Crillon, la Tour-Moubourg, el conde de Custines, el marques de Gouy-d'Aréy, y Barére-de-Viuzac. Estos diputados no hicieron la causa del rey cerca de los parisienses. Los guardias de corps ofrecieron á esta diputacion componerla una guardia de honor. Este hecho prueba, que al menos en aquella epoca, reynaba aún la buena inteligencia entre la asamblea nacional y la guardia del rey. Este testimonio de aprecio fué rehusado por un acuerdo honorífico para aquellos que habian hecho el ofrecimiento.

Como los diputados enviados á París debian volverse de un momen-

(1) Este ídolo de París no tardó en ser despreciado por aquel mismo pueblo que, guiado de su loco entusiasmo, llegó hasta el estremo de besar su caballo blanco: despues de su desercion lo enviaron á llorar los estravíos de su acalorada imaginacion á las cárceles de Ormutz, perdiendo así su libertad el que por ella habia combatido en ámbos emisferios.

to á otro, los oradores orleanistas corren las calles, reunen el pueblo, le gritan que la ciudad no tiene víveres mas que para tres dias, que las tropas no se han retirado sino para volver con mas ímpetu sobre ella, y que dentro de sesenta y dos horas los parisienses van á experimentar los horrores del hambre mas desoladora. "Vuestros »diputados, añadieron estos oradores, »han venido de parte del rey á ofre»ceros la paz. ¿Queréis aseguraros si »son sinceras las promesas de la cor»te? Pedid que el rey os manifieste »la misma confianza que ha mostra»do á la asamblea nacional, esto es, »que venga á colocarse entre voso»tros. Si os lo concede, entónces quie»re efectivamente la paz; si os la re»husa se burla de vuestra docilidad y »paciencia, y no lleva otro objeto »que el de atacaros con éxito."

Este discurso produxo en la multitud todo el efecto que se prometieron. Los unos van á proveerse de arroz, de patatas y de otros comestibles

que pudiesen suplir al pan: otros corren ácia los diputados, y les gritan con audacia, que es menester que el rey venga á París, y que si no una guerra horrible iba á empezarse. Los diputados estrechados así prometieron al pueblo que sería obedecido, y que el rey vendria á París. Allí era donde Orléans le queria.

Este príncipe en aquel dia recibió un disgusto que le fué muy sensible, y que influyó en el resto de su conducta. Veía con satisfaccion al débil la Salle permanecer con el grado de comandante de la milicia parisiense. Este cargo todo el tiempo que lo desempeñase semejante hombre podia mirarse como vacante, y Orléans se lisongeaba de que los electores no dispondrian de él sino al gusto suyo; pero no sucedió así. Los electores, ora tuviesen resentimiento por que el príncipe no habia cumplido lo pactado con ellos, ora creyesen sacar otras ventajas, negociaron secretamente con el marques de la Fayette, hombre ambicio-

so, de un talento corto y de una extraordinaria presuncion. Siendo éste del número de los diputados enviados por la asamblea nacional á París, los electores le proclamaron comandante general de la milicia parisiense. La Fayette sacó su espada y la besó delante del pueblo en señal de aceptacion. Bailly su condiputado y miembro de las academias francesas, de ciencias y bellas letras, fué en el mismo instante proclamado corregidor de París, que aceptó con igual alegría. De este modo la asamblea nacional tuvo á su disposicion en las personas de dos miembros suyos toda la fuerza civil y militar de la capital; y el rey no fué ya dueño de ella.

La Fayette y Bailly no eran apropósito para estos cargos; pero tuvieron la habilidad de posesionarse y mantenerse en ellos. Quanto mas importantes eran estos empleos, tanto mayor fué el despecho de Orléans, porque no pudo disponer de ellos. Miró á la Fayette, como un ribal peligroso, y á Bailly como á un pedante incó-

modo; los inscribió en sus tablas de proscripcion, y no cesó de intrigar contra ellos...En quanto á la Salle, despues de haber gozado algunos dias del título de segundo comandante, consintió en descender á uno de los empleos subalternos; pero mas adelante la asamblea constituyente obligó á la corte á consignarle una pension de dos mil libras, y expedirle la patente de mariscal de campo con destino á la provincia del oeste de santo Domingo.

El rey fué molestado por los agentes que Orléans tenia en la corte, á fin de que cumpliese el empeño que habian contraido á su nombre los diputados con el pueblo de París. Le representaron que su presencia produciria en medio de la capital el mismo efecto que en la asamblea nacional; que si no se prestaba á una cosa que le era tan fácil acceder se diria que desconfiaba de su pueblo, y todas las sospechas que se tenian contra la corte tomarian un aspecto que sería despues imposible

destruir; en fin, que una mansion de cortas horas en medio de una ciudad que no habia cesado de hacerle justicia y de amarle, y que no podia producir ningun inconveniente, antes sí ventajas inapreciables, sería querer empeorar las cosas públicas el negarse á hacerla.

Por otra parte los amigos de Luis y su familia se arrojaron á sus pies, y le suplicaron con lágrimas que abandonase este designio; le hicieron considerar que el deseo inspirado al pueblo de París ocultaba seguramente una celada; que si no estaban satisfechos por su presencia en la asamblea nacional, no lo estarian mas con su ida á la casa consistorial de París, puesto que este nuevo paso no produciria mas que el primero, y aun mucho menos, porque no dexarian de notar que se habia entregado por un movimiento voluntario en las manos de los diputados, en vez que la fuerza sola le habia llevado á las de los parisienses.

Le hicieron observar ademas que no podia disimularse que la faccion de Orléans lo hacia ir ; que reynaba en París ; que atentaba á la vida del rey ; que tenia un interes de separarlo del seno de sus amigos y de sus guardias ; que en el tumulto de una ciudad sublevada , y en medio de trescientos mil hombres armados y en la mayor parte seducidos por las calumnias de Orléans, se podria hallar un regicida ; y que prescindiendo de estos motivos , la falta de instruccion del vecindario en el manejo de las armas , podria causar una gran desgracia.

Luis XVI contestó á las representaciones de los agentes de Orléans, y á las súplicas de sus amigos y parientes así : "Yo iré á París : mis intenciones han sido siempre puras, y en ellas confio. El pueblo debe saber que yo le amo : despues hará de mí todo lo que quiera."

Quando se supo la intencion del rey, la alegría fué extraordinaria en-

tre los conjurados, y en París produxo una agitacion increible. Orléans proyectó nada menos que hacer degollar al rey, y el asesino fué bien pronto hallado, como asimismo arrestar al conde d'Artois. La Fayette, por su parte dispuso todas las cosas para que la marcha y la entrada del rey en París presentase el espectáculo mas siniestro y espantoso. Se puede decir que se habia propuesto hacer perecer al monarca de terror.

La posteridad se admirará de que los conjurados en cada una de sus conspiraciones no se olvidaban de proscribir al conde d'Artois, y guardaban silencio con respecto á *Monsieur* hermano mayor del rey. Mirabeau explicó esta extravagancia un dia al conde de Virieu, quien preguntándole por qué en sus miras de mudanza de dinastía le inquietaba tanto el conde d'Artois, le respondió: *El estado pletórico del rey y de* Monsieur, *que puede abreviar sus dias, reduce la cuestion á la existencia de* Mr.

el delfin, que no es mas que un muchacho ahora.

Este estado pletórico del rey y de *Monsieur*, en que fundaba Mirabeau la conjetura, era una de sus muchas locuras. Los dos príncipes, á pesar de su gordura, gozaban de aquella salud robusta que es el fruto de una buena complexíon, de unas costumbres puras, de una conducta arreglada y de una vida sin excesos.

Habiendo penetrado Luis XVI algo de lo que se maquinaba contra el conde d'Artois, partió solo mandando que ninguno de su familia le siguiese. Quando supo el conde d'Artois este precepto y resolucion del rey, se arrojó á sus pies rogándole le permitiese ir en su lugar y exponerse solo á los peligros de este dia. El príncipe no ignoraba que su cabeza habia sido proscripta, y que en aquel mismo instante proyectaban apoderarse de su persona; pero se lisonjeaba con que el furor de los conspiradores se extinguiría con su

vida, y que el movimiento que seguiria á este atentado produciria felices reflexîones, y aseguraria los dias del rey. Qualquiera que pueda ser aun en el dia la opinion con respecto á este príncipe, no debe impedir al historiador que habla á todos los tiempos y á todos los hombres, de alabar la magnanimidad de este afectuoso sacrificio; y ningun hombre de razon me reprenderá si digo: "que tan grandes exemplos son muy dignos de ser propuestos á la veneracion y al reconocimiento de la humanidad."

El príncipe de Condé, el mariscal de Broglie y todos los grandes de la corte se unieron al conde d'Artois y renovaron sus instancias para hacer desistir al rey del viage á París; pero fué inflexîble. Entónces la consternacion subió al mas alto grado entre aquellos que le habian permanecido adictos, desesperaron de la salud de la monarquía, dieron el último adios al rey, y desde aquel mo-

mento empezaron las emigraciones. Los mas notables entre los emigrados fueron todos los príncipes de la sangre, á excepcion de *Monsieur* y los de la rama de Orléans; todos los nobles de la casa de Polignac, el mariscal de Broglie, el príncipe de Lambesc, el baron de Breteuil, le Noir, Barentin, Villedeuil, Vidaud-de-la-Tour, d'Aligre y Lefebvre d'Ammécourt.

Luis XVI abandonado así de los unos y amenazado por los otros, subió en el coche para ir á París no llevando consigo mas que quatro personas de su corte, de las quales las dos que fueron el príncipe Beauvau, y el conde d'Estaing, no le eran adictos: los otros dos gentiles hombres eran los duques de Villeroi y de Villequier. El pueblo de Versalles armado del modo mas raro rodeó la carroza, quatrocientos guardias de corps sin mas armas que sus espadas les entregaron la persona del rey, y llegaron muchas horas antes que el monarca á París.

En el camino los paysanos de los pueblos abandonaban sus labores, corrian armados los unos de horcas, los otros de garrotes, y aumentaban la multitud que rodeaba al rey. Este príncipe para no fatigar aquella gente mandó que los caballos fuesen al paso. La palidez cubría el rostro de Luis, la tristeza estaba pintada sobre su frente, y la inquietud en sus ojos que volvia con lentitud á su alrededor; se sonreía con aquellos que le miraban, pero esta sonrisa ocultaba mal el pesar que devoraba su alma.

Un expectáculo cuyo horror y deformidad no puede describirse lo esperaba en París. Hombres, la mayor parte vestidos de un modo espantoso, teniendo sobre el hombro los unos una pica, otros una hacha, estos un mal fusil, aquellos una claba, algunos un palo á cuyo estremo habia fixa una mohosa hoja de cuchillo, y varios una corroida hoja de espada, formaban un quadro verdaderamente desagradable, entre el qual el monarca habia de pasar.

La Fayette, sobre un caballo blanco sonriéndose irónicamente recorria las filas, prohibiendo quitarse el sombrero y gritar *viva el rey*, y mandando que en su lugar dixesen *viva la nacion*.

En la barrera, Bailly y un abogado llamado Delavigne presidente de los electores, mandaron á los guardias de corps que no pasasen de allí ni entrasen en la ciudad. Esta declaracion los admiró y afligió tanto mas, quanto que en aquella puerta se hablaba claramente de las intenciones siniestras contra la persona del rey. Un vecino con quien el conde de Virieu hablaba familiarmente le preguntó si el conde d'Artois acompañaba á su hermano: "No, le respondió Virieu. — »¡Ah! tanto mejor, repuso alegremen»te el vecino, porque estaba decretado »que lo hiciésemos prisionero."

Quando la carroza llegó á la plaza de Luis XV, en la que despues se derramó tanta sangre, al mismo tiempo que los caballos tomaban la vuelta para entrar en la calle real, y quando

la música estaba tocando con estrépito el ária: *Dónde mejor se puede estar que en el seno de su familia*, un asesino apostado por Orléans al otro lado del rio, situado encima de uno de los montones de materiales que habian reunido para la construccion del puente de Luis XVI, y armado de una escopeta, disparó á la carroza del rey. A aquella distancia, y en medio del ruido que hacian los músicos y la multitud, el tiro no fué oido de nadie: la bala pasó por detrás de la carroza, y por entre los hombres que formaban el ála izquierda, y fué á dar en una muger colocada detrás de ellos que se empinaba para poder ver mejor al rey, la qual espiró á los quatro minutos.

No fué este el último peligro á que se vió expuesto el rey en su viage. De vuelta á Versalles, y habiendo entrado en su dormitorio, mandó que le quitasen los vestidos; entónces las pocas personas que estaban á su lado notaron que la manga izquier-

da de la camisa estaba ensangrentada: y ¿quál fué su asombro quando vieron en el brazo una herida, aunque leve, causada como con la punta de una espada? Pero el rey exîgió de ellos la palabra de honor de no hablar jamás de este fracaso sucedido probablemente al tiempo de subir ó baxar de la casa del Ayuntamiento.

La historia tiene tantos otros crímenes que vituperar á Orléans y á sus agentes, que es casi inútil averiguar si esta herida de Luis XVI fué tambien una de sus fechorías, ó el efecto de una simple imprudencia ó de la casualidad.

Así es como Orléans en este dia no recogió otro fruto que la emigracion de algunos personages, de los que siempre hubiera tenido que temer por su crédito y empresas. Sobre todas la del conde d'Artois le parecia un suceso feliz consiguiente al sistema del estado pletórico del rey de *Monsieur*, que habia imaginado Mirabeau. Por lo demas los otros

recursos del príncipe ni se debilitaban ni se disminuían: las raterías y el monopolio le procuraban sumas inmensas: sus manejos sobre los granos le hacian dueño de los movimientos del pueblo: sus confidentes y los agentes que empleaba, tanto en París como en las provincias, se le mostraban cada dia mas adictos y obedientes: el número de sus partidarios en la asamblea no se disminuía; fuera de ella parecia aumentarse, y no hay duda que despues de la toma de la Bastilla estuvieron de su parte todos los calvinistas del reyno. Los de la plaza Delfina manifestaron una alegría extraordinaria por las escenas que producia cada dia la conjuracion de Orléans con una iluminacion brillante: uno de ellos, que era aquel Cárlos, joyero, de quien he hablado ya, decia públicamente que consumiría gustoso sus bienes por consolidar las mudanzas favorables á su secta. Dió en el gran salon del palacio una comida escandalosa, y tal como

la hubiera podido dar un soberano en los dias de felicidad y de abundancia. Este salon, el mas vasto en su clase, se llenó de mesas, cuya profusion contrastaba efectivamente con el hambre que afligia al pueblo.

¡Qué de atentados no hacia cometer por todas partes la obstinacion que tenia Orléans en querer reynar! Debo decir que entre estos crímenes los hay que no deben imputársele por no haberlos mandado cometer, y que fueron efecto de la fogosidad de aquella porcion de pueblo que habia puesto en movimiento; y en estas grandes borrascas, el impulso dado por los agitadores produce siempre mas de lo que se prometen. Así es que la carnicería de la Bastilla debe atribuirse, segun mi opinion, á la efervescencia popular, que quando está exâltada al mas alto grado como lo estuvo en esta ocasion, rompe todos los diques de la moderacion, atropella por todas las leyes, no reconoce ni respeto ni justicia ni piedad,

arma al ciudadano contra el ciudadano, al hijo contra el padre, y al marido contra la esposa; pero el asesinato del preboste Flesselles debe mirarse como obra de Orléans (1).

Este asesinato, como se ha visto, se decretó en el consejo de Passy. El infelíz Flesselles no perdió la vida en un motin, ni por el ciego y brutal furor de los que acababan de degollar á los oficiales y á la mayor parte de los soldados de la Bastilla: bajaba sosegadamente la escalera de la casa consistorial; nadie pensaba ni

(1) La toma de la Bastilla, cuya primera piedra se puso en 22 de abril de 1370, costó la vida á 98 de los sitiadores, sin otra pérdida por parte de los sitiados que la de un hombre muerto, aunque despues de allanada todos fueron ahorcados y degollados indistintamente, y su gobernador Mr. Launay el 14 de julio del mismo año. Lo mas particular en esta circunstancia es que se tomase con dos cañones que el rey de Siam envió á Luis XIV en 1684 con embutidos de plata y esmaltes para probarle que no desconocia la artilleria, los quales existian montados en sus cureñas en el guarda mueble de la corona, que estaba situado en la plaza de Luis XV.

en maltratarle, ni insultarle: pero un hombre decente, no mal parecido, le sigue, le aplica una pistola al oido, y le hace saltar el cráneo. Este hombre, no de la hez del pueblo, sino platero de profesion y muy bien acomodado, se llamaba Moraire, y no se sabe con qué motivo Orléans le habia conocido. El miserable quiso despues sacar ventaja de su crímen. Quando se trató de organizar la milicia nacional, se presentó en su distrito á pretender el grado de capitan de una de las compañías del centro pensionado en quatro mil libras, no dudando conseguirlo. Mas habiéndole preguntado el presidente quáles eran sus servicios para obtenerlo, y respondido uno, que sus méritos se reducian al asesinato del preboste Flesselles, todo el ayuntamiento compelido de un movimiento unánime de indignacion se levantó gritando: *Abaxo el asesino, que arrojen de aquí á ese monstruo, cuyas manos destilan sangre todavía.*

Moraire se retiró, y el remordimiento de su conciencia hizo amargos los dias de su vida. Sabiendo despues que quantos asesinaban acaban por ser asesinados, y teniendo razones para creer que la misma suerte le esperaba, se retiró con prontitud de París: anduvo errante en Francia y en Italia, pasó despues embarcado á España, y fixó su residencia en Madrid donde tenia un hermano joyero. Pero habiendo el rey de España á causa de la guerra mandado salir á todos los franceses, Moraire, á quien mas que otro alguno comprendia aquella órden, volvió á Italia y se avecindó en Milan. Mas despues de la muerte de Pétion (1), Manuel, Danton, Hébert, Orléans y Robespierre, y quando no se pagaba á los asesinos, volvió á domiciliarse en París.

(1) Gerónimo Pétion de Villaneuve natural de Chartres, fué abogado y diputado por aquella ciudad á la asamblea constituyente en la que fué uno de los novatores mas ardientes, y sobre todo de los bienes del clero. Quiso oponerse á Robespierre, y esta lu-

Tambien tuvieron una muerte deplorable Bertier y Foulon. El desgraciado Durocher proscripto como ellos por Orléans no tardó en seguirlos. Como estaba sobre sí y sabía lo que se tramaba contra su vida, procuraron sacarlo de su casa á deshora de la noche á fin de asesinarlo con silencio. Con este objeto tiraron por intervalos algunos pistoletazos á sus ventanas. Por fortuna salió libre de este lazo que le preparaban, y continuó con mayor vigilancia en expiar á sus conspiradores. En fin estos pagaron algunas gentes para que fingiesen un tumulto entre ellos. Durocher, como lo exîgia el deber de su empleo, se presentó en medio de los combatientes para separarlos; entónces uno de aquellos malvados le disparó una escopeta y cayó en

cha le fué fatal: fué proscripto de resultas de los alborotos del 31 de mayo de 1793; y precisado á huir pereció de hambre y miseria en un campo de trigo cerca de S. Emiliano en el departamento de la Gironda. Su cuerpo fué pasto de las aves de rapiña.

el suelo sin vida. Su muerte sacó á los conjurados de la inquietud en que se hallaban por las noticias que habian adquirido de sus tramas.

Á Châtel corregidor de san Dionisio, hubo de tocarle tambien su turno. Desde los primeros dias de la revolucion se afligia de la calamidad que aquexaba á sus compatriotas, y hacia quanto le era dable para morigerarla. Era padre de una numerosa familia, y habia ascendido á corregidor antes de la convocacion de los estados generales. Su estatura colosal y su fisonomía espantosa desfiguraban su cuerpo, que encerraba una alma hermosa y un corazon sensible.

En el último invierno, cuyo rigor fué excesivo, se le habia visto siempre rodeado de indigentes á quienes distribuía papeletas, por las quales se les daba pan, carne y leña. Los ricos que conocian su beneficencia, le entregaban socorros que él distribuia en estas buenas obras; y correspondió tan bien á aquella confianza, que los habitantes

de S. Dionisio, lo llamaban el padre y el salvador del pueblo. Quando la revolucion estalló, la escasez de los granos excitó de nuevo su zelo. Buscó la causa; y su indignacion fué extraordinaria quando la halló en el monopolio y en el primer príncipe de la sangre, que habia comprado y retenia con inhumanidad la subsistencia del pueblo. Se prometió descubrir y manifestar los estancadores, y no ocultar sus ideas. Con este motivo y esperando poderlo verificar, dobló sus cuidados á fin de que la ciudad de S. Dionisio no fuese acosada por el hambre.

No pudiendo contar ya con los ricos bienhechores porque los tumultos los habian obligado á expatriarse, consagró una parte de su propia fortuna en mantener el pan á un precio moderado. Sin embargo, Châtel no pudo impedir que fuese caro para el pobre, y muchas veces de mala calidad. Empezó el pueblo á murmurar; y de repente aquel hombre que se pro-

ponia levantar el velo á las intrigas del monopolista, se vé acusado de estancador. La acusacion recae tambien sobre Beville procurador fiscal, que le ayudaba en el socorro de los indigentes. Este no esperó á que se aumentase la tempestad, y se puso en salvo: pero Châtel continuó haciendo pacíficamente sus distribuciones de pan, y dando sus órdenes para que á nadie le faltase.

Pasando un domingo á las nueve de la mañana por delante de la abadía de S. Dionisio, se le acerca un paysano, y en tono de confianza le dice:— "Buenos dias, señor corregidor, dadme un polvo de tabaco." El buen Châtel abre su caxa, y se lo alarga. Quando el paysano lo hubo entre sus dedos continuó en el mismo tono de jovialidad: "Creed, señor corregidor, que „es tan cierto que esta tarde jugaré- „mos á las bochas con vuestra cabeza, „como que yo tengo entre estos dedos „un polvo de vuestro tabaco." Châtel no hizo ningun caso de esta amenaza:

contó el pasage con risa á su familia, la que no lo escuchó del mismo modo, ántes bien le suplicó que huyese con prontitud. Graduó de terror pánico los recelos que le manifestaba, y ni aun pudo conseguir con sus ruegos y lágrimas el que se ocultase en casa de un amigo.

Despues de comer se oyen gritos, ruido, y algazara. Corren, y ven un tropel de gente compuesto de hombres y mugeres que venian ácia su casa. ¡Desgraciado pueblo que degollabas á los que te alimentaban, y prodigabas tus respetos á los que devoraban tu subsistencia! Châtel comprehendió entónces, que era preciso ocurrir á su seguridad: sale por una puerta falsa, vá en casa del cura de la iglesia de los tres patronos, y le pide un asilo. "El pueblo seguramente os ha visto entrar aquí, le responde el cura, exâminará hasta los rincónes de mi casa, os encontrarán, y entónces en lugar de una serán dos las víctimas; por lo que

mi casa no puede serviros de asílo.— Pues bien, abridme la iglesia, le dixo Châtel, allí me refugiaré": se le franquea la puerta, entra y sube al campanario mientras que el pueblo escudriña la casa del cura y lo busca para despedazarlo. No encontrándolo, van todos á la iglesia, remueven los bancos, sillas y confesonarios, sin perdonar el sagrado de los altares. Desesperados de la inutilidad de sus pesquisas, y quando empezaban ya á retirarse, Chátel lleno de espanto y de terror por el ruido confuso que oía en la iglesia, procura ocultarse mejor subiendo á lo mas alto del campanario; con la robustéz de su cuerpo tropieza en la campana, la hace sonar, y él mismo indica el parage de su retiro y dá la señal de su muerte.

Los verdugos corren, lo arrojan al suelo, y lo llevan arrastrando por los pies hasta el fin de la escalera, recibiendo su cabeza un golpe en cada escalon. En seguida lo pasean por

toda la ciudad, y de quando en quando lo pinchan en diferentes partes del cuerpo unos con bayonetas y otros con cuchillos. "Ah miserables! les decia „con voz lastiméra, ¿por qué no me „matais al instante? ¿por qué me „haceis padecer con tanta lentitud y „ferocidad?"

Quando le hubieron arrastrado por todas las calles de San Dionisio, que salpicó con su sangre, se dirigieron al camino de París. Allí acordaron llevarlo á la capital y colgarlo en aquella linterna, á la qual Camilo Desmoulins por sus sanguinarias imposturas hacía arrastrar diariamente quantos proscribia la faccion de Orléans. "No pen„seis en eso, dixo una vieja de una fiso„nomía y corazon de un demonio, que „no es posible conducir á este hombre „hasta allí: se morirá antes de llegar; „que se le ahorque, ó que se le corte „la cabeza, esto nos debe ser indife„rente, dejadmelo á mí, que yo lo „degollaré aquí al instante."

Se estremece el corazon con solo el

recuerdo de las particularidades que añadieron al horror de este asesinato. Hay en esta revolucion crímenes que la mano tiembla al trazarlos; pero que es necesario hacerlo para dar una leccion á las generaciones venideras, y para avergonzar á la que los cometió. Yo debo, ya que mi objeto lo exîge, poner en disposicion á todos de resolver la cuestion de que se trata, á saber: si los atentados cometidos durante la segunda ó tercera legislatura, sobrepujan á la enormidad de los que se cometieron impugnemente bajo el reynado de la primera, y sigo con la historia.

Habiendo hablado como va dicho aquella furia infernal, se sienta en el suelo, pone la cabeza del desgracido corregidor entre sus rodillas, saca de su faltriquera un mal cuchillo de los que se vendian entónces por diez dineros, lo introduce lentamente en el cuello de la víctima, lo retira, lo vuelve á meter de nuevo, y cada vez de estas hace al paciente esta diabólica interpelacion: *¿No sientes un cierto frescor?*

"El infelíz no proferia mas palabras
„que estas. ¡Ah! monstruos sedientos
„de sangre, yo os perdono mi muerte,
„mi religion lo exîge; pero nunca hu-
„biera creido que habia hombres que
„tuviesen un placer en prolongar tan-
„to las agonías y crueles tormentos de
„sus semejantes." Este espantoso suplicio duró cinco quartos de hora.

Quando el infelíz Châtel hubo exhalado el último suspiro cortaron su cabeza, la pusieron sobre una pica, y tomaron el camino de la capital para mostrar á los parisienses aquel trofeo que creían digno de ellos. Instruido el marques de la Fayette de la llegada de estos caribes, les diputó un destacamento de su guardia nacional para suplicarles se volviesen á S. Dionisio, y no pusieron dificultad en acceder á la invitacion de la Fayette. Su inteligencia con esta gavilla de antropófagos que pudo castigar exemplarmente, es una de las culpas de que la posteridad le hará cargo; y es una tacha para aquellos que tenian entónces toda la auto-

ridad el no haber castigado á ninguno de los asesinos de Châtel.

Las circunstancias que acompañaron el asesinato de Pinet son quizá mas terribles, y tal vez mas horrorosa su narracion. Orléans quiso hacerse ántes dueño de su cartera como lo habia proyectado. Conociendo lo medroso que era se conjeturó que solo su temor bastaba para hacerlo caer en la red que le preparaba. Consiguiente á esto mandó á los desalmados que se situasen en la calle de S. Marcos donde vivia Pinet, y que allí hiciesen ruido. Estas gentes executaron sus órdenes. Tiraron piedras á las ventanas de Boscary uno de sus vecinos, hasta que las rompieron: entónces se pararon delante de su misma casa, y exclamaron en imprecaciones y amenazas. Estaba en su casa á la sazon, y no distinguió si estos dicterios se dirigian á él directamente; pero este acontecimiento le causó una viva inquietud, y resolvió poner sus bienes en seguridad. Se fué al palacio real, y se franqueó

con Orléans sobre sus temores y resolucion. „Pinet, le dijo el príncipe, „tú ves como estoy con el pueblo, mi „palacio es un asílo que no violará „jamas." Pinet con esta advertencia corrió á su casa, recogió todos sus papeles, y los confió á Orléans que le dió un resguardo.

Los desastrosos sucesos que ocurrian todos los dias, los robos y los asesinatos que se multiplicaban, confirmaron al infelíz Pinet que habia obrado con sabiburía en depositar su fortuna en manos de Orléans. Pero quando supo el arresto, y en seguida la terrible muerte de Bertier y de Foulon, las sospechas mas crueles se apoderaron de su alma. Sea que él adivinase el verdadero motivo por el que los habian asesinado, ó que supiese que estaba amenazado de igual proscripcion por haber sido admitido como aquellos á las conversaciones secretas de Marly, temió igual suerte, y comunicó sus recelos á su familia.

En medio de estos temores resol-

vió salvar al ménos su caudal del naufragio: se aventuró á pedir su cartera á Orléans pretestando pagos que realizar, y el príncipe le dió una cita. El mismo dia Laborde le convidó á comer con él á Libry. Rehusó el convite no queriendo faltar á la cita, pero el príncipe no estuvo, é hizo decir á Pinet por sus agentes que negocios muy urgentes no le habian permitido esperar.

Era el domingo 26 de julio quando esta entrevista debió haberse verificado. Advertiré que á esta época Pinet no parecia estar muy atrasado en sus asuntos de fortuna, porque en un escrito (1) dictado y pagado por Orléans, se cuenta que *poco tiempo ántes de su muerte*, rehusó cincuenta mil libras de un hombre rico de S. German. Es menester concluir que Pinet, *poco tiempo ántes de su muerte*, estaba plenamente convencido de que

(1) Histoire de la révolution, par deux amis de la Liberté, tom. 3. pag. 221.

sus empeños no eran superiores á sus fuerzas; porque si hubiera tenido el menor recelo de no poder efectuar los pagos inmediatos, hubiera para salir del empeño momentáneo, aceptado las cincuenta mil libras.

La imposibilidad de recobrar su cartera le obligó hacer los dias 27, 28 y 29 algunas diligencias para procurarse fondos y verificar los pagos. Entre otras, hizo una con el agente de cambio Crozete de Noyers.

El efugio de que se habia servido Orléans no podia repetirse muchas veces. Ademas Necker estaba próxîmo á comparecer en Versalles. Temieron las relaciones que iban á establecerse entre él y Pinet, y las resultas que podrian tener con respecto á las subsistencias. Pinet esperaba la vuelta del ministro con la mayor impaciencia, hablaba de ello continuamente, y no cesaba de decir: *Ah! sí, él vendrá; pero no estamos por eso menos perdidos.*

Habiendo vuelto á pedir su cartera, fué necesario venir á parar en

el desenlace. El 29 á mediodia recibió una carta del duque en que le avisaba fuese á buscarle á Passy con el resguardo que le habia dado, y que allí recibiría su cartera. Pinet leyó esta carta hasta tres veces con una especie de inquietud. Comió sin embargo tranquilamente con su familia, y convidó algunos amigos para cenar. Entre las seis y las siete de la tarde salió de su casa.

Llegado que fué á los jardines de Passy, Orléans le preguntó si traía el resguardo que le habia dado de la entrega de la cartera. Pinet respondió que sí. Entónces le repuso el príncipe que la hallaria en casa de Bazin, quien le estaba esperando en su casa de campo cerca de Vésinet. "Voy, continuo Orléans, á daros „uno de mis birlochos con un criado „que os llevará allá, y dándole mi „resguardo os entregará vuestra car„tera."

Pinet se dexó llevar. Entrado en el bosque de Vésinet, algunos que ha-

bian tenido la abominable precaucion de ponerse la librea de la reyna, se presentan de repente, detienen el birlocho, hacen baxar á Pinet, y uno de ellos le dispara una pistola por detrás de la cabeza. Cae bañado en su sangre, y la cabeza queda apoyada en un pedazo de tronco cortado á raiz de la tierra. Le creen muerto, le despojan, le sacan el resguardo, y lo llevan á Orléans. Le encuentran en sus bolsillos dos cahorrillos, el uno se lo dexan en la mano, y el otro en el suelo á algunos pasos de él. Por este medio, y en el caso que no pudiesen persuadir al público que la reyna lo habia mandado matar, podrian decir que él mismo se habria tirado.

Pinet no estaba muerto, pero permaneció sin conocimiento toda la noche. A los primeros crepúsculos de la aurora se disipó su desmayo, y se dirigió con el mayor trabajo hasta el meson del Pecq. Envian á buscar un cirujano. "No me acuerdo de na-

„da de esta horrible aventura, le „dice Pinet, me he levantado á la „madrugada en el bosque de Vésinet, „en donde no sé cómo he sido trans„portado, y mi cabeza estaba enci„ma del tronco de un árbol: al le„vantarme he notado que el tronco „y la tierra de alrededor estaban „salpicadas de sangre. Como tengo „en la cabeza una herida que me cau„sa muchos dolores, creo que en mi „desmayo he caido y el tronco me la „ha hecho. Por lo demas yo no pue„do adivinar cómo es que me he ha„llado de noche á pie, y solo en „el bosque de Vésinet."

El cirujano despues de haber reconocido la herida, exclamó: "No es „mala aventura ésta.... ¿Tronco de „un árbol? una arma de fuego es la „que os ha herido" A estas palabras Pinet se turbó. La conversacion se tenia en presencia de la criada del meson, y Pinet puso el dedo en la boca, é hizo señas al cirujano de que era menester callar delante del testi-

go que escuchaba : y entónces éste rogó á la criada que saliese.

El cirujano extendió un certificado segun lo exigía el deber de su profesion. El infelíz Pinet en tres dias que vivió aún, aseguró que habia sido asesinado, y que sus negocios se hallaban en buen estado; sobre todo hablaba de una cartera de tafilete encarnado que contenia la seguridad de sus acreedores. "La opinion de mi cuñado (dixo un dia Leblanc en una junta de acreedores de aquel desdichado) será tarde ó temprano rehabilitada. Sus operaciones y su muerte están envueltas en una nube, que disipándose descubrirá la verdad." *Este banquero*, decia el revolucionario Prudhomme que no era panegirista, *fué estimado generalmente* (1). Un ministro á quien preguntaron qué pensaba de esta muerte, respondió: "Este secreto se sa-»brá un dia, pero en la actualidad

(1) Véanse sus Memorias pág. 59 y 60.

„es el Bellocino de oro guardado por „el Minotauro. Los crímenes que es„te asunto ha hecho cometer son in„creibles."

Posesionado Orléans con este asesinato del resguardo y de la cartera de la víctima, se encontró exônerado él y sus agentes de lo que debian á Pinet. Supo ademas los nombres de todos aquellos á quienes este hombre favorecia en el monopolio de los granos, con lo qual abultó el número de las listas de proscripcion. Como no se encontró ningun dato que pudiese comprometer ni al conde d'Artois, ni á la reyna, se reduxeron á decir que Pinet se habia asesinado él mismo, y esto fué lo que los diaristas tuvieron órden de publicar.

Por otra parte no dejaron de inspirar terror á los acreedores de Pinet para impedirles que se informasen, y convencerles de que su vida dependia de su silencio. En el palacio real los amotinados leyeron una lista que con-

tenia los nombres de todos los que habian prestado fondos á Pinet, y los denunciaron al pueblo como usureros y estancadores, á quienes era necesario degollar. Esta denunciacion no produjo todo el efecto que se prometieron; porque los acredores de Pinet estaban dispersos, y á gran distancia los unos de los otros.

Quando se comete un gran atentado permite casi siempre la divina Providencia que el delincuente caiga en algun mal paso que lo descubra. Así es que el asesino de Pinet tuvo la debilidad de dejarse adivinar. Al tiempo que este asesinato se cometió, el marques de Condorcet (1), uno de los con-

(1) Juan Antonio María Nicolás Cariat marques de Condorcet, nació en Ribemom en la Picardia el 17 de setiembre de 1743. Fue geómetra célebre y sabio distinguido. Durante la primera asamblea fue ayo del delfin, y despues miembro de la asamblea legislativa y de la Convencion: se hizo apóstol de la revolucion, y famoso por sus discursos dirigidos 1.º á pedir la destitucion de Luis XVI y su muerte por diputados parti-

fidentes de Orléans, y asistente continuo á los conciliábulos de Passy, redactaba un papel periódico titulado, *la Crónica de París*, de la qual un tal Noël, director del colegio de Luis el grande, era tenido por autor. Al dia

culares de los departamentos, 2.° por haber contribuido á que se declarase la guerra al emperador, 3.° por el establecimiento de la soberania inmediata del pueblo, 4.° por diputar comisarios que destruyesen los titulos y pruebas de nobleza, y 5.° combatir la constitucion de 1791. Denunciado como partidario de los girondinos fué proscripto el 28 de junio de 1793. Pudo evadirse y refugiarse en casa de una muger generosa que le prestó auxilio; pero noticioso de que se imponía pena de muerte á quien prestase socorros á un proscripto, abandonó la casa de su bienhechora, y despues de haber vagado algun tiempo, entró en una taberna de Clamars, en donde su mucha hambre, lo largo de su barba y su desasosiego, lo hizo sospechoso á un revolucionario que lo mandó arrestar. De Clamars fué conducido á Bourg-la-Reyne, y encerrado en un calabozo. A la mañana siguiente su carcelero lo encontró muerto, lo que ha hecho creer que viéndose perdido, habia tomado un veneno activo que siempre llevaba consigo.

siguiente al de la muerte de Pinet, el marques de Condorcet anunció en su papel que esta muerte ocasionaba una bancarrota de cincuenta y quatro millones. Con efecto, dos meses despues en la verificacion de la testamentaría se encontró que precisamente ascendian sus deudas á cincuenta y quatro millones. Para adivinarlo dos meses ántes de la liquidacion legal de créditos, es evidente que debieron tener un conocimiento íntimo en los negocios de Pinet. ¿Y quién podia dar este conocimiento si no la cartera que le habian robado, y de la que sus acreedores se vieron indignamente privados?

Los efectos que produxo en las provincias el movimiento inspirado por la conjuracion de Orléans no eran ménos tragicos que los que acabo de describir. En la imposibilidad de poderlo decir todo, y por otra parte obligado á hacer conocer las miras, las costumbres, y el carácter de los conjurados, me limitaré á presentar un quadro sucinto de los horrores con que cu-

brieron aquellos facinerosos la Francia.

Tres meses despues de la instalacion de los estados generales se contaban en la provincia sola del delfinado treinta y seis palacios saqueados, quemados ó demolidos, de los quales tres eran del conde de Saint-Priest. Los labradores fueron compelidos con la pistola al pecho á contribuir á esta devastacion. La ciudad de Viena capital del delfinado para no ser quemada, se vió precisada á abrir las cárceles á todos los malhechores que estaban en ellas. Los incendiarios manifestaban un papelon en que se leía: *El rey manda quemar todos los palacios; no quiere mas que el suyo.*

En Alsacia corrió la sangre de los propietarios, de cuyo número fué una abadesa mas que sexâgenaria. Los facinerosos manifestaban un edicto supuesto del rey escrito en frances y en aleman, que los autorizaba á cometer toda clase de crueldades contra los nobles. El cardenal de Ruan caminando á la asamblea nacional cayó entre es-

tos bandidos, y faltó poco para que le quitasen la vida.

Uno de los que llevaban los edictos supuestos recorrió toda la Guiena sembrando el terror y espanto, y anunciando que los bandidos y los ingleses iban á saquear y destruir los campos. Fué detenido y llevado á las cárceles de Burdéos. Los amigos que Orléans tenia entre los diputados pidieron que el preso fuese remitido á Versalles, para ser interrogado por el tribunal de informes que la asamblea nacional habia creado. La peticion fué escuchada; pero no se volvió á hablar mas de este facineroso.

En el Franco Condado varios hidalgos sufrieron antes de espirar tormentos horribles. La esposa de uno de ellos llamada de Bastilly fué compelida con el hacha á la garganta á abandonar, no solo su título, sino sus posesiones. El marques d'Ormenan, viejo paralítico, fué arrojado de noche de su palacio, y perseguido de pueblo en pueblo llevando consigo sus dos hi-

jas siempre prontas a interponerse entre su padre y los asesinos. Llegó en fin con ellas á Basilea moribundo, habiéndose librado por milagro. Este fué uno de los condenados a muerte, y á perder todos sus bienes por haber emigrado.

El conde de Montesú y su esposa fueron detenidos en su coche; tuvieron por espacio de tres horas las pistolas á las sienes; les hicieron sufrir indignidades tan crueles, que no cesaban de pedir la muerte como una gracia. En fin los sacaron del coche é iban á arrajarlos en un estanque, á tiempo que el cielo permitió que pasase por allí un regimiento que puso en retirada á los asesinos y les arrancó la presa.

El baron de Monjustin fué arrojado de su quinta y colgado de la garrucha de un pozo, en donde permaneció hora y media. En esta horrible situacion oia á sus verdugos consultar si lo dexarian caer adentro, ó le darian otro género de muer-

te. Tambien se libró milagrosamente de este peligro por algunos soldados que pasaron inmediatos al pozo.

El caballero d'Ambli fué igualmente desalojado de su casa de campo, le despojaron de todos sus vestidos, lo arrastraron desnudo á su pueblo, lo tendieron en tierra, y mientras unos le arrancaban las cejas y los cabellos, otros baylaban alrededor de él; y poco despues lo arrojaron sobre un monton de estiercol porque lo creyeron muerto. La conservacion de su vida la debio á este error.

En el Langüedoc el marques de Barrás fué cortado en pedazos menudos á los ojos de su esposa proxîma á parir. La desgraciada sobrevivió algunos minutos al martirio de su marido, pereciendo con ella el fruto de sus entrañas. Así es como hubo en este espantoso atentado un triple asesinato.

En Normandía, en un palacio en donde no encontraron al señor, co-

gieron á su mayordomo, lo desnudan, lo acercan á una hoguera, y le queman los pies para obligarle á entregar los títulos de su amo.

Cerca d'Argentat la marquesa de Saint-Aubin despues de haber visto quemar todos sus papeles, se oyó condenar á igual suplicio. Felizmente fué abandonada por sus verdugos obligados á ir á otra expedicion semejante en casa del marques de Falcoult. Le encontraron recostado en un sofá, en donde una paralisis que le quitaba el uso de todos sus miembros le tenia inmóvil: forzaron sus armarios, pillaron todos sus títulos, encendieron una hoguera y los arrojaron en ella. Volvieron despues á buscar el enfermo, lo pusieron sobre las llamas y se marcharon. Los paysanos que corrieron á su socorro le libraron del fuego. Al otro dia volvieron á su casa, le forzaron aunque moribundo á que fuese ante un notario para renunciar sus títulos y sus derechos al marquesado. "Hé,

„señor le dixeron, no sois mas que „el rey, que se ha declarado del „estado llano."

Habiéndose cometido en Provenza, en Borgoña, en Mans y en Cherbourgo iguales atrocidades, terminó esta relacion con una sucedida en Caën que excedió á todas. Estaba de guarnicion en esta ciudad el regimiento de Borbon, y el marques de Belzunce que no habia cumplido aun veinte y cinco años era su comandante, y gozaba el amor de sus soldados: esto bastaba para reputarlo como un crímen. Bien léjos de imitar la sublevacion de los demas regimientos, el suyo defendia con un celo infatigable á la ciudad de Caën sus graneros y las propiedades de sus habitantes contra los atentados que renovaba continuamente una tropa de bandidos. Cartas recibidas de Versalles y de París mandaban degollar al oficial que sabia mantener tan bien la disciplina y proteger la tranquilidad publica: calumnias atroces cir-

culan contra él, y de repente se vé cercado el quartel por una multitud considerable de foragidos, manifiestan su intencion de entrar en él, y gritan que los pasarán á todos á cuchillo si no les entregan la cabeza de su comandante.

En medio de este rumor uno de sus camaradas y su amigo íntimo llamado Saussaye se adelanta para restablecer la paz con los sitiadores. El uno de ellos puesto en faccion á la bajada del puente de Vaucelle le hace fuego con una pistola y le rompe la cabeza, quedando muerto allí mismo.

Este pistoletazo aumenta el tumulto: los oficiales municipales se presentan delante del quartel. "Señores, les dice Belzunce, ofrezco „ir en vuestra compañía al ayuntamiento: vais á juzgar que soy irreprehensible." Entónces los soldados exígen que se les dén dos paysanos en rehenes: se los dan. Llevan á Belzunce al ayuntamiento, y des-

de allí lo trasladan al castillo, en donde lo dexan en clase de prisionero.

En el ínterin el duque de Harcourt, gobernador y comandante general de la provincia, formó acerca de esto una idea bien funesta. Suponiendo que la presencia del regimiento de Borbon fomentaba esta turbulencia, y que su retiro restableceria la tranquilidad, le envió órden de salir al instante de la ciudad y de ir á Licieux. El regimiento se indigna, pero obedece: entrega los rehenes, y lo abandona todo, excepto sus armas y banderas.

Quando lo consideraron bastante léjos para que no pudiesen socorrer á su desgraciado mayor, se apoderan de él, lo llevan á la plaza de S. Pablo, y allí le dan un golpe en la cabeza con el cañon de un fusil. No por eso desmaya, al contrario reanima todas sus fuerzas, y se defiende con un teson y un valor incomprehensible. Su resistencia contra centenares de asesinos duró mas de

una hora. La rabia, el furor y la impaciencia de beber su sangre los ciega hasta el punto de descargar golpes á diestro y á siniestro, que no dando sobre la víctima se maltrataban unos á otros.

En fin lo arrojan al suelo, se precipitan sobre él, los unos rasgan en pequeños pedazos sus vestidos, los otros atacan con los trozos de carne que cortan de su cuerpo sus fusiles, y despues de haberlo golpeado con ellos y de haberlos descargado en aquel triste blanco.... ¿me atreveré á decirlo? las mugeres se apoderan de lo que ni aun mirar debian, y mezclan los actos de la barbarie mas refinada con los juegos impúdicos de la lascivia quando hubiera satisfecho su gusto por el vicio mas repugnante, se las vió empapar las puntas de sus delantales en las heridas de la víctima, llevarlas á sus bocas chorreando sangre, y saborearse con ella como si fuera la bebida mas deliciosa. Estas son las bestias

feroces que Orléans con su dinero é intrigas habia desencadenado.

El martirio del desgraciado marques de Belzunce desde que se presentó en la plaza de S. Pablo duró mas de dos horas. Decia á las mugeres ocupadas en atormentarle y mutilarle: "Retiraos, dexad hacer »eso á los hombres: tantas crueldades no convienen á vuestro sexô."

En fin quando se hubieron cansado de martirizarle, estas mismas furias desquartizaron vivo aún su cuerpo, como los carniceros dividen el de los animales que nos sirven de alimento; ponen al fuego una parte de sus miembros palpitantes, que se comieron á medio asar aquellos antropófagos de ámbos sexôs.

Sucedió á la vista de la asamblea nacional un hecho que supone igual corrupcion, y que en los anales de ningun pueblo se halla semejante. Un muchacho cerragero de profesion habia herido con un cuchillo á su padre, que espiró al instan-

te. El monstruo fué condenado á ser enrodado vivo, y arrojado despues en una hoguera. No faltaba mas que dar algunos pasos para el cadalso, quando el pueblo se arroja sobre el executor, desata al criminal, le toma baxo su salvaguardia, y lo pone en lugar seguro.

Esta piedad sacrilega era ya un delito bien horrible, pero la monstruosa escena que le siguió no se habia visto jamas. Los protectores del parricida queriendo suplir al expectáculo que los habia convocado en la plaza por un pasatiempo digno de los infiernos, se apoderan de la primera muger que se les presenta, la echan una cuerda al cuello y la arrastran á un *reverbero*... (1) ¡La ino-

(1) El célebre químico Antonio Lorenzo Lavoisier natural de Paris, en donde nació el 26 de agosto de 1743, á los 23 años de su edad presentó á la academia de las Ciencias una memoria sobre el mejor alumbrado de las calles y plazuelas por medio de unos grandes faroles de cristal suspendidos para el de las primeras en unas maromas, y los de las

cente en lugar de un parricida! No cesaré de repetir que aquellos baxo de cuyo reynado se cometieron impunemente estos atentados, vituperaron despues en la segunda asamblea legislativa la *Nevera de Aviñon*, y las mortandades del 2 y 3 de setiembre. Despues de semejantes delitos fué quando algunos miembros de la asamblea se atrevieron á pedir ven-

segundas pendientes en una arpa de quatro brazos de hierro movibles, por medio de una polea. De esta máquina, que los facciosos jacovinos llamaban el *reverbero*, se sirvieron para inmolar sus victimas, colgándolas del cuello por un lazo escurridizo. Quando el populacho queria dar á la capital algun expectáculo de aquellos, empezaba á gritar que tal ó tal individuo debia ir *al reverbero, ó á la linterna*, que era lo mismo. Así como en esta revolucion se ha hecho famosa la ley *viguriana*. Por lo demas la Francia premió los trabajos de su célebre quimico con el suplicio que entónces era de moda, sin concederle quince dias que pidió para concluir un experimento de la mayor importancia á las ciencias: cayó su cabeza bajo el hacha revolucionaria el 6 de abril de 1792.

ganza. *Barnave* (1) *el tigre*, cuyo mote dado por sus contemporáneos le confirmará la posteridad, rechazó la piedad de estos hombres justos por esta atroz exclamacion: *¿Es tan pura esta sangre que no deba derramarse?*

Concluiré este libro con una aventura que ocurrió en Ruan, en la qual la influencia de Orleans fué mas visible. El héroe fué un tal Bordier, bufon chavacano del teatro del palacio real conocido con el título de *Variedades divertidas*, y decorado despues con el de *Teatro frances*, en el qual

(1) Antonio Pedro José María Barnave nació en Grenoble en 1761, era abogado en aquel parlamento, y fué diputado á la primera asamblea nacional. En ella se declaró enemigo acérrimo del clero y de la nobleza, y fué el órgano de los jacovinos. Habiendo mostrado afecto á la familia real, perdió toda su popularidad y se retiró á su patria. En ella estuvo preso quince meses, hasta que conducido á Paris y presentado ante el tribunal revolucionario fué condenado á muerte, que sufrió el 29 de noviembre de 1793 á los 32 años de edad.

representaba el papel de tonto é idiota con tal propiedad, que encantaba y atraía un concurso inmenso al teatro. De repente desaparece de entre los actores, pretextando que su salud se hallaba delicada, y que para restablecerla habia ido á tomar las aguas. Esto era una fábula: véase ahora la verdad.

La ciudad de Ruan no habia dejado de ser agitada por la faccion de Orléans, cuyos movimientos se dirigian á impedir el transporte de granos á París. La devastacion de la casa del procurador general del parlamento, el saqueo de vários almacenes del comun, y la demolicion de un número considerable de molinos, fueron los frutos de estas turbulencias. Sin embargo se trató de su remedio: la milicia cívica y las tropas se reunen, restablecen la tranquilidad, prenden á algunos ladrones, ajustician á los gefes, y el precio del pan baja á un precio moderado.

El restablecimiento del órden que

iba alimentar á París asusta á Orléans. Quando recibe la noticia, envia á un tal Jourdain cirujano de profesion, le dá sus instrucciones, y una letra contra su corresponsal de mil luises. Jourdain recibe el dinero, y sale para Ruan en donde se insinúa con los jóvenes que formaban una tropa de voluntarios, y se maneja con ellos con tal destreza y prontitud, que en ménos de veinte y quatro horas le nombran capitan de una de sus compañias. Entónces estalla la fermentacion. Los voluntarios y la milicia cívica se reunen: algunos soldados del regimiento de Navarra se presentan delante de sus camaradas con los bolsillos llenos de dinero y procuran insubordinarlos: los oficiales se arredran, y los cuerpos municipal y electoral no se atreven á obrar.

Apenas habia salido Jourdain, quando Orléans envió tambien á Bordier dándole como al otro instrucciones, y una letra contra Pinet de treinta mil libras. Bordier á quien conta-

ban muy malo, llegó á Ruan dos dias despues que Jourdain en compañía de otros bandidos, los quales esparcen que es un diputado de París y su quebrantada salud no le impide maniobrar con una actividad superior aun á la de Jourdain. En pocas horas forma un exército de malhechores, les dá por contraseña *carabó*, se pone á su frente, y á media noche se presenta delante de la casa del intendente Maussion: fuerzan las puertas, entran, destruyen los muebles, se cargan de botin, y piden la cabeza de Maussion para llevarla sobre una pica. Por fortuna este magistrado estaba ausente, le buscan con la mas escrupulosa exâctitud, llegan á la bodega, allí la canalla hace alto, y se atesta de vino y de licores.

Á la madrugada del dia siguiente Bordier, engreido y orgulloso por este primer suceso, emprehende nuevos desórdenes. Nota que su tropa es inferior á la de la víspera, porque una parte de ella no ha dormido aún la

borrachera. No importa, esclama, que el valor suple al número: se arma de un hachon de viento y va á incendiar todos los depósitos de granos de los arrendadores.

En esta nueva espedicion Bordier se vé precisado á repartir su gente, de modo que queda solo con cinco ó seis facinerosos. Una patrulla cívica le encuentra al tiempo que iba á reunirse con el grueso de su tropa, le rodéa y le manda rendir las armas. En vano grita *carabó, carabó*, sus gentes están bien léjos, no le oyen, se vé obligado á rendirse y lo encierran en un calabozo.

Luego que se sabe la derrota y el arresto del general de los bandidos, los soldados del regimiento de Navarra que habia ganado Jourdain con sus liberalidades sublevan el pueblo, y gritan que van á poner en libertad á Bordier y á cortar la cabeza del intendente para presentársela. Los oficiales mandan tocar la generala y corren á sus compañías.

Mientras que el regimiento se pone sobre las armas, Jourdain reune á toda priesa una parte de su compañía, marcha con ella ácia el palacio, y pide con insolencia que se le entregue á Bordier: el temor aterra á los magistrados y obedecen á Jourdain.

Bordier, que decian haber salido de París para tomar las aguas, corre á la diligencia (1), paga un asiento, y vuelve á tomar el camino de París dejando en Ruan su exército sin gefe. Su fuga y poltronería indigna contra él á aquellos mismos que ha seducido, y gritan que Jourdain y él son dos bribones: se apoderan del primero, y lo entregan á la justicia: corren en seguida tras el fugitivo histrion, lo alcanzan en Magny y lo llevan á Ruan, en donde es de nuevo encarcelado.

(1) Nombre que se dá en Francia á los coches que hacen los mismos servicios que en España los carruages y requas de los ordinarios, manteniéndose todo el año de trasladar personas de una ciudad á otra.

En el mismo dia que entró en Ruan dos incendiarios, de los que le acompañaron en la invasion nocturna de la casa de Maussion, fueron ahorcados. La prontitud de su execucion esparció tal temor en todo el exército de Bordier, que se disipó enteramente y abandonó á su gefe. En quanto á éste se decretó su prision, y la Tournelle miembro del parlamento se encargó de formar su proceso.

Quando en París se supo esta noticia, fueron generales la consternacion de una parte y el miedo de otra. Unos atruenan con sus gritos y amenazas, otros temen las venganzas que la faccion de Orléans executaria sobre la Francia; por manera que un miserable bufon se hace de repente el objeto de un interés universal. El Club Breton, la comision de subsistencias, el tribunal de las informaciones amenazan y piden solemnemente á la asamblea que tome al acusado bajo su proteccion. París, Versalles, y la corte se pone en movi-

miento: Bailly, la Fayette, el ayuntamiento de París y vários diputados escriben en su favor al parlamento de Ruan, y para que las cartas lleguen mas pronto las envian con postas. Estos dan por respuesta en todas partes que el proceso va muy mal: entónces empiezan de nuevo los clamores de venganza, importunan, intimidan al guardasellos, y le compelen á que escriba al parlamento de Ruan una carta de recomendacion en favor de Bordier. Véase hasta qué punto el atroz Orléans hacia temblar á las autoridades antiguas. Engañan á la reyna misma, la infunden temor por la vida de su esposo y de sus hijos; y la reyna escribe á los magistrados de Ruan que toma interés en la suerte del preso. Pero cada vez se muestran éstos mas inflexibles, y condenan por fin á Bordier á la horca.

Sábese en París y en Versalles que la execucion es irrevocable, y estas dos ciudades envian á la de Ruan un

diluvio de cartas, en que los amenazan con una irrupcion de parisienses que degollarán á sus magistrados, la llevarán á sangre y fuego, y pasarán á cuchillo hasta los niños de pecho. Ni los magistrados, ni los habitantes de Ruan, se intimidan con estas amenazas anónimas; ponen la tropa sobre las armas, colocan dos piezas de artillería contra el camino de París, y Bordier es ahorcado sin la menor oposicion.

El inselíz contaba tan de veras con la proteccion de Orléans y de su partido, que en todo el camino desde la cárcel al suplicio manifestó la mayor alegría, é hizo de bufon hasta en la escalera. Pero quando vió llegar el último momento, mudó de tono. Despues de haber manifestado dolorosamente su sorpresa, de que en Ruan se castigase de muerte lo que tanto se aplaudía en París, declaró mas de lo que podia desearse; y entre otras cosas la recepcion de 300 libras que Pinet, ántes de su muerte, le habia entregado

de órden de Orléans. Las piezas de este proceso que los magistrados de Ruan pudieron substraer de las diligencias de los que tenian interes en hacerlas desaparecer, suministraron noticias muy exâctas de los crímenes de Orléans.

Los detalles que dexo descritos son suficientes para dar una idea completa de las celadas y de las maquinaciones en que Orléans habia envuelto á toda la Francia, como del terror que tuvo la habilidad de infundir en todos aquellos que hubieran podido oponérsele ó quitarle la máscara, y que por desgracia tan bien le sirvió en adelante.

LIBRO SÉPTIMO.

Banquete que presiden dos confidentes de Orléans. Expresion atroz de uno de los conjurados. Prediccion al conde de la Touche canciller del duque de Orléans. Manejos de este príncipe para revestirse de un poder absoluto, y no ser contrariado en la execucion de sus proyectos por la casa reynante de España. Nuevo plan de conspiracion que imagina. Otros atentados que medita.

Aquella famosa noche que la historia de la revolucion francesa llama la noche del 4 de agosto, fué principalmente obra de los cómplices de Orléans. No puede decirse qué éxito se prometieron para el príncipe; pero el 3, los duques d'Aguillon y de Liancourt que le estaban adictos enteramente, seduxeron á un número suficiente de diputados para que pudiese

componer la mayoría de la asamblea. Divididos en dos vandos estos diputados, fueron los unos en casa d'Aguillon, y los otros á la del duque de Liancourt. Estos dos nobles les dieron un festin opíparo, y tal que Luis XVI en los dias de su mayor magnificencia no dió uno que se le pareciese. Todas las clases de vinos se sirvieron con tal profusion, que el gasto se contó por toneles. Fueron ilimitadas la prodigalidad y profusion, tanto que insultaron escandalosamente la miseria pública. Los duques d'Aguillon y de Liancourt tomaron de otros cofres las sumas que espendieron en aquella fiesta, pues sus haberes no podian soportarla; pero esto no impidió que todo el honor recayese en ellos, ni que desde este dia dexasen de ser apellidados por sus cólegas *los dos grandes cocineros de la asamblea nacional.*

En esta fiesta fué donde el conde de Mirabeau viendo por la ventana las gentes del pueblo disputarse á la puerta de un tahonero un mal pedazo de

pan, y oyéndolos gritar *viva la asamblea nacional*, dixo esta frase desvergonzada y atroz: *Esta canalla merece bien tenernos por sus legisladores.* Así respetaban aquellos infames, dignos de la execracion de todos los siglos, al pueblo que afectaban llamar SOBERANO.

El banquete duró hasta las nueve de la noche, á cuya hora empezó la asamblea una sesion que duró toda ella. Entre los diputados que habian comido en casa de los duques d'Aguillon y de Liancourt, no hubo uno solo que no se hallase en estado completo de borrachera. Así es que no debe admirarse se estraviasen en tumultuarias deliberaciones por el trastorno de sus cabezas, y que perdiesen de vista lo que se proponian para Orléans. En medio del delirio que producian la embriaguez, entre los gritos y la confusion, desapareció el principio que forma la seguridad de todos los imperios, que es el derecho de propiedad.

En la noche del 4 de agosto se des-

preció este principio, que es una de las principales máxîmas de toda sociedad. Despojaron sin indemnizacion á los particulares, á los cuerpos y á las provincias de unas posesiones que incontestablemente les pertenecian, de unas acciones fundadas sobre la religion del juramento y de la fé pública; en fin de todo aquello que el pacto social aseguraba legítimamente: al clero de los diezmos, asignando á los párrocos unas cuotas que nunca les fueron pagadas: á los grandes del derecho de la caza, de la pesca, la regalía de los sotos y demas; y á los nobles y propietarios de los derechos feudales.

Como estos artículos sirvieron como se verá despues de base á la constitucion francesa, me ha parecido deberlos insertar aquí. Estaban concebidos en estos términos.

„Los representantes del pueblo frances constituidos en asamblea nacional, considerando que la ignorancia, el olvido ó el menosprecio de los derechos del hombre, son las úni-

cas causas de la infelicidad pública y de la corrupcion de los gobiernos, han resuelto declarar solemnemente como declaran los derechos naturales indestructibles y sagrados del hombre. Para que esta declaracion la tengan siempre presente todos los hombres como miembros del órden social, les recuerden continuamente sus derechos y obligaciones, puedan cotejar á cada instante los actos del poder legislativo y los del executivo, como lo verifica toda institucion política, haciendo que por este medio sean estos mas respetados, y por último que las reclamaciones de los ciudadanos se funden en lo sucesivo sobre principios sencillos é indudables, dirigiéndose siempre á la subsistencia de la constitucion y á la felicidad de todos: la asamblea nacional reconoce y declara en presencia y baxo los auspicios del Sér supremo los derechos del hombre y del ciudadano.

» 1.º Que todos los ciudadanos son

admisibles á los puestos y empleos, sin otra distincion que la de sus virtudes y talentos: = 2.º Qué todas las contribuciones serán repartidas entre todos los ciudadanos igualmente á proporcion de sus facultades: = 3.º Que los mismos delitos serán castigados con las mismas penas sin distincion de personas. La constitucion afianza igualmente como derechos naturales y civiles la libertad para todo hombre de irse, quedarse y partir, sin poder ser acusado, arrestado ni detenido si no en los casos determinados por la ley, y segun las formalidades que ella ha prescripto. Tambien afianza la libertad para hablar, escribir, imprimir sus pensamientos, y exercer el culto religioso que profesare: y ademas la libertad de los ciudadanos de juntarse pacificamente y sin armas, observando las leyes de policía.

„Como la libertad no consiste si no en poder hacer todo lo que no dañe ni á los derechos de otro, ni á

la seguridad pública, la ley puede establecer penas contra los actos, que atacando ó la seguridad pública, ó los derechos de otro, sean dañosos á la sociedad.

„Los bienes que ántes de ahora estaban destinados al servicio de la utilidad pública pertenecen á la nacion; los que estaban destinados por razon de diezmos para los gastos del culto, quedan á disposicion suya.

„Se creerá y organizará un establecimiento general de socorros públicos para alivio de los pobres enfermos, y de los sanos á quienes faltare trabajo.

„Se creará y organizará una instruccion pública comun para todos los ciudadanos, y gratuita respecto de aquellas partes de la enseñanza que son indispensables á todo hombre; los quales establecimientos serán distribuidos gradualmente en una relacion combinada con la division del reyno.

„Queriendo la asamblea nacional

establecer la constitucion francesa sobre los principios que acaba de reconocer y declarar, anula irrevocablemente las instituciones que vulneraban la libertad y la igualdad de los derechos. No haya pues ni nobleza, ni pares, ni distincion de órdenes, ni régimen feudal, ni justicias patrimoniales, ni ninguno de los títulos, denominaciones y prerrogativas que de aquí se derivaban; ni ninguna de las órdenes de caballería, corporaciones, ó condecoraciones para las quales se exîgian pruebas de nobleza, ni otra ninguna superioridad si no la de los ministros públicos en el exercicio de sus funciones: no haya para ninguna parte de la nacion, ni para ningun individuo privilegio alguno, ni excepcion del derecho comun á todos los franceses: no haya gremios ni corporaciones de profesiones artes ú oficios: la ley no reconoce ya votos religiosos, ni otra alguna obligacion que sea contraria á los derechos

naturales, ó á la constitucion."

No fué este el único ni quizá el mayor mal que produxeron aquellas operaciones nocturnas. Los favoritos de Orléans no sabiendo limitar su adhesion por este príncipe, compelieron á la mayoría de la asamblea á hacerle un déspota asiático, si por desgracia se apoderaba del cetro. Destruyeron todas las barreras que podian contener la nueva forma de gobierno en los límites de una monarquía moderada. Así es, que si Orléans hubiera llegado á reynar, se encontraba sin los estados de provincia, sin los tribunales soberanos, sin clero, sin nobleza, y aun sin las asociaciones de comerciantes, artistas y de todos aquellos cuerpos que cada uno en particular formaba como un tribunal entre los vasallos y el rey, y que todos juntos componian una fuerza contra la qual ninguna otra por grande que fuese se atreveria á chocar; y por consiguiente no hubiera habido ya en Francia mas que un

déspota absoluto y un pueblo sin protectores.

Orléans mantuvo en aquella sesion una alegría extraordinaria, lo que induce á creer que no pensó entónces que se obraba contra él. Habiéndole presentado uno de sus confidentes sobre un pedazo de papel la idea de una proposicion que iba á hacerse: "Hé aquí, dixo el "príncipe, una excelente mocion, pe"ro es menester pasarla á M. de "Bellisle para que la redacte, pues "en su boca tendrá otra importan"cia que en la de qualquiera de "nosotros."

Con efecto, habiendo sido presentada á M. de Bellisle canciller que habia sido de su casa, despues de haberla ojeado la volvió diciendo: "Haced presente á *Monseñor* que me "es muy molesto tomar parte en es"te negocio, y en qualquiera otro "que le concierna."

Habiendo encontrado Orléans al dia siguiente al mismo hidalgo en

los corredores de la asamblea, se fué á él, y con un ayre que manifestaba su satisfaccion, le dixo.— "Y bien, „M. Ballisle, ¿cómo os parece que „hemos manejado los negocios á no„che?— Muy mal para vos *Mon*„*señor*, le respondió Bellisle.— No „os entiendo, le dixo el príncipe.— „Eso podrá ser *Monseñor*, contestó „el hidalgo: sin duda no os han he„cho observar que los artículos de „expoliacion acordados la noche an„terior os privan de quantiosas ren„tas.— ¿De quántas juzgais vos? le „preguntó Orléans.—Nada menos, le „repuso el ex-canciller, que de un mi„llon y medio de libras anuales: co„nozco la naturaleza de vuestras pro„piedades y podeis creerme.— Oh! „pues si no es mas que eso, excla„mó el príncipe, nada se me dá. El „fin de todo esto es menester ver M. „de Bellisle."

Por este tiempo, y con el objeto de poner en ridículo á los eclesiásticos y hacer que el pueblo los des-

preciase, recurrieron los orleanistas á un idioma mucho mas expresivo que el de las palabras que ya habian empleado para ultrajarlos, mezclando la impiedad con la irreligion: en su consecuencia vistieron las esquinas de pinturas ridículas, y de las que mas podian denigrar á los ministros de la religion. En ellas se veian representados los sacerdotes como los mas viles avaros y los hombres mas corrompidos del siglo, disipando con las prostitutas el patrimonio de los pobres.

Estas infames y perniciosas lecciones no podian dexar de producir todo el éxito que se prometieron los novatores; por lo qual no se hará increible que Talleyrand-de-Périgord, obispo de Autun (1), propusie-

(1) Cárlos Mauricio de Talleyrand es oriundo de una familia tan antigua como noble. Luis XVI lo elevó á la dignidad episcopal creyendo de buena fe que llevaria á la iglesia las virtudes de sus mayores, pero se engañó; porque desde los primeros dias de la

se el 10 de octubre sin rebozo alguno á la asamblea que debia apoderarse de todos los bienes eclesiásticos, ni tampoco que se inscribiesen en las fatales tablas de proscripcion con el mayor descaro á todos los que habian perorado á favor del clero; prometiendo ademas *mil y doscientas libras á qualesquiera patriota que los matase.*

Al dia siguiente se discutió con el mayor calor en la asamblea nacional sobre la sancion real, cuya cuestion no entendian muy bien, por ser absolutamente nueva para los franceses. Los unos comprendian que la sancion era una simple formalidad necesaria para la promulgacion de los decretos emanados de la asamblea: otros la miraban como un acto, por

revolucion fué uno de los inovadores mas fanáticos y enemigo acérrimo del clero. En tiempo de la república se casó, y posteriormente aparentó reconciliarse con la iglesia. En el dia es uno de los consejeros mas íntimos y queridos de Buonaparte.

el qual el rey ponia su sello á los decretos, y por este medio obtenian una fuerza de execucion: aquéllos la definian como un consentimiento real, y estos como el poder de oponerse á la execucion de los proyectos de leyes. Esta última idea que traducía la palabra sancion, por la de *veto* fué á la que se atuvieron.

Mirabeau que queria ser ministro de un rey absoluto, peroró en favor del *veto* en estos términos. "No »es por ventaja particular del monar»ca el que intervenga en la legisla»cion, sino por el interes general del »pueblo; y en este sentido puede, y »debe decirse, que la sancion real no »es la prerrogativa del monarca, si»no la propiedad y el dominio abso»luto que la nacion concede á éste."

"El príncipe es el representante »perpetuo del pueblo; ¿por qué pues »se ha de reclamar contra el *veto* del »príncipe, que no es mas que un dere»cho del pueblo confiado especialmen»te al príncipe, tan interesado como

»él en prevenir el establecimiento de »la aristocracia. Si el príncipe no tie»ne el *veto* ¿*quién impedirá á los re»presentantes del pueblo prolongar*, *ó »quizá eternizar su diputacion*? ¿*Quién »les impedirá apropiarse la parte del »poder executivo*, *que dispone de los »empleos*, *y de las gracias*? ¿*Faltarán »pretextos para justificar esta usur»pacion*?

»El príncipe puede, es verdad, »oponerse á una buena ley; pero tam»bien puede preservar de una mala á »la nacion, cuya posibilidad no debe »negarse.

»Suponed el derecho del *veto* qui»tado al príncipe, y el príncipe obli»gado á sancionar una mala ley: en»tónces no teneis mas esperanza que »la de una insurreccion general, cuyo »éxîto, aun siendo felíz, sería proba»blemente mas funesta á los indignos »representantes del pueblo, que la di»solucion de su asamblea.

»A veinte y cinco millones de hom»bres debe mandar el príncipe; y so-

„bre una extension de treinta mil le-„guas quadradas, su poder debe es-„tar sin cesar pronto á manifestarse „para proteger ó defender. ¿Y se pre-„tenderá que el gefe depositario legí-„timo de los medios que este poder „exige, pueda ser obligado á hacer ob-„servar las leyes que no ha consen-„tido? ¡Por qué turbulencias espan-„tosas y por qué insurrecciones vo-„luntarias querrian hacernos pasar pa-„ra combatir su resistencia!

„No se diga que los generales de „exército son depositarios de grandes „fuerzas, quando están sin embargo „precisados á obedecer las órdenes su-„periores, qualquiera que sea su opi-„nion sobre la naturaleza de éstas: „porque los generales de exército no „son gefes hereditarios; sus personas „no son inviolables, su autoridad ce-„sa en presencia de aquellos cuyas „órdenes executan; y si se quisiese „llevar mas lexos la comparacion, se-„ría preciso convenir, que son por „lo comun malos generales los que

»executan disposiciones que no han
»sido aprobadas.

»Hagamos ver que la nacion en-
»contrará mas seguridad y tranquili-
»dad en las leyes espresamente con-
»sentidas por su gefe, que en las re-
»soluciones en las que no tuviese nin-
»guna parte, y que contrastarían con
»el poder, del qual sería menester re-
»vestirlo en todo caso. Sepamos que
»desde que hemos colocado la corona
»en una familia designada, hemos he-
»cho el patrimonio de sus primogéni-
»tos y sería imprudencia alarmarlos
»sujetándolos á un poder legislativo,
»en el que su opinion sería desprecia-
»da; este desprecio recae al fin en la
»persona, y el depositario de todas las
»fuerzas del imperio frances no pue-
»de ni debe ser despreciado sin los
»mas grandes peligros."

No era por Luis sino por Orléans por quien Mirabeau peroraba, como lo prueba todo el conjunto de su vida política. Sin embargo este *veto* causaba un miedo increible á todos. Los

realistas mismos como si temiesen que esta arma terrible pasase á las manos de Orléans, tuvieron parte en el terror comun; y la prueba incontrastable es, que se decidió á la mayoría de 843 votos contra 143 que el rey no pudiese rehusar su consentimiento á las actas del poder legislativo. Los que dentro y fuera de la asamblea tenian partido con Orléans, hallando muy suaves los frutos de esta especie de libertad que empezaban á experimentar, hubieran deseado que el rey que querian crear fuese mas bien que Orléans su pretendido ministro. Esta oposicion casi universal no desanimó á Mirabeau, y en esta circunstancia de su vida es en la que desplegó todo su talento, y consiguió empeñar á la asamblea á conceder al rey un *veto*. Decidido que fué, no se trató de otra cosa que de saber si este *veto* sería *indefinido* ó simplemente *suspensivo*; esto es, si sería absoluto, ó si no podria impedir la execucion de un proyecto de ley sino

por un cierto número de años.

Presentada así la cuestion, los ánimos se acaloraron mas que nunca, y las intrigas se redoblaron. Mirabeau, Sillery y todos los de esta banda se agitaron de mil modos. Orléans se creyó por esta vez tan seguro de ser el gefe de la nacion francesa, que hizo todos los preparativos necesarios para que al instante que subiese al trono, el blason de su rama ocupase por todas partes el lugar del de los Borbones. El ayuntamiento de París, que á esta época extendia sus pesquisas sobre todo lo que entraba en la ciudad, detuvo muchas caxas, de las quales unas estaban llenas de pedazos de madera de diferentes tamaños en figura de *lambeles*, y otras contenian láminas para las armas de Orléans. El blason de su casa se distinguia del de la rama reynante, en que éste tenia un *lambel* partido en tres en campo de plata, y los lambeles contenidos en las caxas tenian esta forma. Los embutidos

estaban divididos cada uno en quatro partes, en lo alto se leía *viva Orléans*, y sobre algunos por baxo *hecho por mí — Giviard.*

En el mismo tiempo llegaron de Lóndres en posta tantos paquetes, y tan voluminosos dirigidos á Orléans, á la marquesa de Sillery y á otras personas muy adictas al príncipe, que Rigoley-de-Ogny administrador de postas se asombró. Llevó todos estos paquetes á la comision de pesquisas del ayuntamiento de París. Esta comision lo comunicó á la de la asamblea; y todo lo que el público pudo saber de este negocio, fué que varios sobrescritos de las cartas contenidas en aquellos paquetes parecian puestos por mano del mismo Orléans.

Todo esto se tramaba en lo fuerte de la discusion, y sobre si se daria al rey un *veto* indefinido ó suspensivo. La deliberacion no fué del gusto del partido de Orléans, y quando estaban mas ocupados en ella, Dufraisse la interrumpió para presentar

una memoria de la comision de judicatura sobre algunos artículos acordados en la noche del 4 de agosto. El duque de Mortemar y Target hablaron largo tiempo sobre esta materia. Emery se levantó, y dixo que su opinion era la de ocuparse ántes de pensar en esta materia, en sancionar los acuerdos convenidos en la noche del 4. La parte de la asamblea que llamaban el lado izquierdo, se adhirió á esta opinion. "No se puede, dixo el abad Maury, presentar á la sancion del rey los proyectos que no se han reducido á leyes, y que anuncian que para aclarar sus disposiciones darán orígen á otras leyes.— Por lo que á mí toca, dixo el abad Eymar, vicario general de Estrasburgo, declaro que mis delegantes me obligan á pedir otra redaccion de los acuerdos del 4 de agosto."

Estas observaciones no impidieron que se decretase que estos mismos acuerdos serían presentados in-

mediatamente á la sancion real. La órden del dia hizo volver entónces á la cuestion del *veto* indefinido ó suspensivo ; pero Barnave se levanta, y pide que se suspenda la órden del dia hasta que el rey haya mandado la promulgacion de los acuerdos del 4 de agosto. El conde de Mirabeau apoya con calor esta propuesta. Virieu al contrario pretende que es menester ante todo continuar ocupándose acerca de la prerrogativa real, porque ella es, dixo, el contrapeso necesario al pueblo contra la asamblea nacional, y que en un momento en que la autoridad legitima estaba debilitada, convenia consagrar al instante la existencia y el legítimo poder del monarca.

Los que eran del partido de Mirabeau mezclaron las injurias con sus razones. Mirandat-de-Oliveau, diputado de Nevers, y que durante la permanencia de la primera asamblea no habló mas que esta vez, acusó á los agentes del clero de haber escri-

to para pedir noticias sobre los bienes eclesiásticos y de haber dicho que la asamblea habia hecho una mala operacion, y que se tomaba un rumbo que nadie podia seguir.

El abad de Montesquieu que era agente del clero, se creyó inculpado. Confesó haber dicho que la asamblea habia dislocado el sistema de rentas; pero negó haber escrito cartas circulares mas que á las casas religiosas, pidiéndolas el estado de sus bienes.

Esta explicacion no habiendo sido rebatida por ninguno, se volvió á la proposicion de Barnave. Caçalés voto contra su deliberacion, fundándose en que la asamblea habia dicho anteriormente que era menester correr un velo sobre esta cuestion. Mirabeau gritó que aquella era una trampa, á fin de no recibir lo que la asamblea habia anunciado ántes de aquella proposicion; á saber, que era peligroso discutir la cuestion aunque el principe siendo siempre el mismo no podia abandonarse nunca.

El abad Maury adoptó la opinion de Caçalés, y Petion la de Mirabeau; algunos pidieron la cuestion prévia sobre la proposicion de Barnave, esto es, que se decidiese á votos si habia lugar á la deliberacion ó no. Le Chapelier, Target y Robespierre (1) gritaron contra esta demanda: en fin se puso á votos la propuesta misma de Barnave. Hubo dudas en la deliberacion hecha por sentados y levantados. Era tarde, y levantaron la sesion.

(1) Maximiliano Isidoro Robespierre nació en Arras de una familia pobre. Estudió en el colegio de Luis el Grande de Paris á expensas de su obispo; y de vuelta á su patria se dedicó á la abogacia. Desde los primeros años de su pubertad se mostró taciturno, malvado, tímido, y sobre todo envidioso de los talentos, riqueza y grandeza de los demas. Fué nombrado diputado de la asamblea constituyente; y desde esta época la historia de su vida está llena de delitos y atrocidades á qual mas enormes. Cansados sus cómplices de obedecerle, ó mas bien horrorizados de la sangre que de su órden se derramaba, conspiraron contra él, y por

Al otro dia por la mañana los debates empezaron de nuevo con un calor extraordinario: amenazas bastante singulares que no se habian proferido hasta entónces y que salieron de los partidarios de Orléans, hicieron conjeturar á los realistas que meditaban algun suceso sensible, y se inquietaron bastante. El baron de Juigné se levanta, agita su sombrero y pide ante todo, que se declare solemnemente *la inviolabilidad de la persona sagrada del rey, la herencia é indivisibilidad de la corona.*

un golpe de audacia de aquella coalicion fué preso el 27 de julio de 1794 con los dos ministros de sus venganzas Couthon y Saint-Just. Robespierre pasó de soberano á suplicante, y de la tribuna baxó á la barra con Saint-Just, Robespierre el jóven y Lebas. El pueblo de Paris hizo varias tentativas para salvarlo, pero habiendo penetrado en su prision un valiente gendarme llamado Cárlos Meda, le desbarató la quixada inferior de un pistoletazo. En la tarde siguiente subió á la carreta, y á las quatro de la tarde empezó á caminar para el cadalso. Murió á la edad de 35 años.

Cada una de estas palabras es muy digna de notarse. No parece si no que los realistas tenian ya alguna idea de lo que intentaban, ó de poner la persona del rey en juicio, ó de mudar la dinastía reynante, ó de partir la corona entre el rey actual y Orléans. De qualquier modo que fuese, la asamblea por un movimiento unánime se levanta, aplaude con alegría y vota la declaracion siguiente: "la asamblea nacional ha reconocido por aclamacion y declarado por unanimidad de votos como punto fundamental de la monarquía francesa, que la persona del rey es inviolable y sagrada; que el trono es indivisible; que la corona es hereditaria en la estirpe reynante de varon en varon por órden de primogenitura, con exclusion perpetua y absoluta de las hembras y de sus descendientes."

¿Quién lo creerá? esta declaracion era una celada que Orléans preparaba á los realistas. Apénas se adop-

ta, quando un diputado por el estado llano de Dijon llamado Arnoux, que hasta este momento habia estado confundido con la multitud sin hablar, pide que ántes de decretar un artículo tan importante se decida si la casa reynante de España podrá reynar en Francia, aunque ha renunciado por tratados auténticos el derecho que pueda tener á ella.

Esta proposicion fué la verdadera manzana de la discordia echada en medio de la asamblea. Desmeunier, el obispo de Langres, el duque de Châtelet, y algunos otros miembros representáron que semejante cuestion era delicada, dificil é impolítica, y que su exâmen era peligroso en aquellas circunstancias, concluyendo con que no debia deliberarse. El conde de Mirabeau se limitó á pedir que se trasladase á otro dia. Sobre esta proposicion los debates empezaron de nuevo con furor.

En medio de estas discusiones el duque de Orléans, que no podia su-

frir nunca las miradas de los que le combatian de frente, salió de la asamblea, se introdujo en uno de los pasillos, y fué á ocultarse debajo de las gradas que servian de asiento á los miembros de la asamblea, á fin de no perder nada de la deliberacion. Al mismo tiempo el marques de Sillery, á quien se le hacía enfermo desde algunos dias, y al punto mismo que decian que no podia dejar la cama, entró por otra puerta pálido, disfigurado, y sin aliño en su peynado y vestido.

El calor de los realistas en este negocio es sobre toda ponderacion, y es menester no admirarse. Orléans era, si puedo servirme de esta expresion familiar, su coco. Veían con evidencia que meditaban en su favor una revolucion que hiciese pasar á su cabeza la corona de Luis XVI. Resolvieron con tesor no darle ninguna ventaja en esta discusion. Como se acaloraban extraordinariamente Pelletier de Saint-Fargeau, ciego partidario de Orléans, dixo que no

veía otro medio de restablecer la paz que el de declarar no tenia lugar la deliberacion *en quanto ahora*. Estas últimas palabras causaron una alegría extraordinaria á los orleanistas; se adhirieron á ellas, como á un medio que los hacia dueños de promover esta cuestion quando lo tuviesen por conveniente. Los realistas al contrario desecharon la enmienda y su traslacion á otro dia. "Puesto que la cues-»tion se ha suscitado, decia Virieu, »á la asamblea toca discutirla y de-»cidirla irrevocablemente.—Pero re-»parad, dixo Andrieux, que la de-»claracion que se ha adoptado ex-»cluye de la corona á la casa de »Orléans, ¿es esto justo?"

La sesion entónces se hizo mas borrascosa que lo habia sido ántes. Creyendo Sillery que el momento era favorable, hace señal desde su asiento que le escuchen; todos le obedecen, y en un tono hypócrita dice: "Me encuentro *por casualidad* en »el bolsillo las cédulas de 1713, y

„la renuncia del rey de España y „de sus sucesores á la corona de „Francia."

Esta casualidad que venia tan al caso hizo prorrumpir en grandes carcajadas de risa á todo el lado de los realistas. Esto desconcertó á Sillery y á su partido. Los orleanistas no pudieron obtener que se oyese en silencio la lectura de las cédulas que por casualidad habian caido en el bolsillo de Sillery.

El tumulto se aumentaba y nada se decidia: en fin exclamaron que se señalase el dia siguiente para la discusion, y se señaló. *No mas dilacion, no mas dilacion*, gritaron los realistas enfurecidos, y lo consiguieron. Desechada la cita, añadieron las palabras *en quanto ahora. No mas enmienda, no mas enmienda*, exclamaron los realistas. *¿Qué es lo que se ha de decidir?* preguntó el presidente. Que no ha lugar á la deliberacion, respondió el lado derecho; y se adoptó esta opinion. Mirabeau

entónces sube á la tribuna y habla así.

"El conocimiento geográfico que tengo de la asamblea y del parage de donde han salido las oposiciones para diferirse el asunto y el *no ha lugar á la deliberacion*, me hace presentir que se trata de nada ménos que de introducir en Francia una dominacion extrangera: la prévia proposicion española puede tambien atraer una proposicion austriaca. No volveré á la cuestion puesto que ha sido desechada; pero hay una que tiene conexîon perfecta con la declaracion que ha sido adoptada de una importancia igual, y sobre la qual propongo que se delibere: pido que se declare por adicion al decreto propuesto *que ninguno pueda obtener la regencia que no haya nacido en Francia.*"

Una gran parte del lado izquierdo se levantó para aprobar esta proposicion. "Algunos otros miembros, dixo Mirabeau, en la cuenta que se

ha dadó de esta sesion empezaron á comprender que la cuestion era mas importante que lo habia parecido al principio."

Entónces pidieron una segunda lectura de la declaracion adoptada, y los realistas no se opusieron. Acabada su lectura, Rewbel exclamó:" "Esta redaccion nada vale: si subsistiese, es claro que la casa de España podria pretender la sucesion de varon en varon por órden de primogenitura. Quitad pues, añadió, las palabras *por órden de primogenitura.*"

El duque de Mortemar dixo que la cláusula de la renuncia de la casa de España á la corona de Francia no exîstía en el tratado de Utrecht, y sí solo ésta: *Las dos coronas no podrán reunirse sobre una misma cabeza.*"

"Llamo al órden al preopinante, dixo Mirabeau, su asercion es profundamente falsa, insulta con ella nuestro derecho público, hiere la dignidad nacional, y procura hacer que

algunos individuos puedan ligar á las naciones como á viles rebaños."

Entónces se cometió el absurdo de permitir á Sillery la lectura de la renuncia del rey de España y las cédulas del año de 1713, que la casualidad habia puesto en su bolsillo. Los debates despues de esta lectura fueron mas vivos. "Haré observar, dixo Mirabeau, que el acaloramiento de la una y la otra parte han dilatado la discusion mas de una hora, en la qual se ha visto mas adhesion al amor propio que á una conferencia solemne. Añado que este teson me parece tanto mas incomprehensible quanto es increible que una porcion de esta asamblea, ó quizá toda ella, quiera dar nunca á la Francia un rey contra el dictámen de la nacion."

D'Eprémesnil habló con vigor para que dexasen correr la declaracion tal como se habia adoptado, y reduciéndose al círculo de las leyes fundamentales de la monarquía francesa invocó la ley Sálica. Mirabeau le in-

terrumpió, pero un mandato lo redujo al órden y le quitó la palabra. Inquieto un poco por esto, exclamo así: "Si se permite á M. d'Eprémesnil in»troducirse en el fondo de la cues»tion, se me debe permitir á mí se»guirle. Si impelido de su amor san»to por la ley Salica, quiere que nos »ocupemos en ella, yo tambien pi»do que se me oyga sobre dicha ley."

Al otro dia la guerra empezó con la sesion: propusieron diversas enmiendas; habia quien queria que se añadiese á la declaracion lo siguiente: *Y en caso de que no haya hijos varones legítimos en la casa de los Borbones reynantes en Francia, la nacion se reunirá por medio de sus representantes para deliberar.*

Target propuso esta adicion, *sin que se entienda perjudicar en nada sobre el efecto de las renunciaciones, cuyo caso si sucediese, una convencion nacional decidirá.*

Entónces los orleanistas pidieron la votacion nominal sobre la redaccion

de la declaracion adoptada. Esta peticion produxo un gran tumulto, pero habiendo calmado, los realistas se levantaron y con ellos todo el lado izquierdo, y en seguida la asamblea determinó de nuevo y por aclamacion.— 1.º La inviolabilidad de la persona sagrada del rey.— 2.º La indivisibilidad del trono.— 3.º La herencia de la corona de varon en varon por órden de primogenitura.

Emery despues de esta nueva adopcion dixo, que si las tres máxîmas que acababan de aprobarse por la segunda vez debian mirarse como incontestables, no podia suceder lo mismo en la redaccion del órden de la sucesion de la corona, y que en su consecuencia era menester recurrir á los votos sobre cada uno de estos tres principios.

Se pasó con efecto á los votos para saber si se opinaría desde luego sobre cada uno de los tres principios, ó si se haria al instante un relato nominal sobre la redaccion de la decla-

racion. Una prueba doble fué suficiente para conocer el voto de la asamblea, y la sesion se hizo muy tumultuaria. Los orleanistas gritaron que querian introducir un príncipe extrangero sobre el trono de Francia: el abad de Maury decia que puesto que se iba á juzgar un gran proceso, era menester llamar las partes interesadas. El obispo de Chártres representó, que para el juicio de este proceso que interesaba á la casa de España, y notoriamente á la de Orléans, habia en la asamblea personas recusables tales como las que manifestaban estar adictas á esta última familia.

A esta proposicion Mirabeau, echando espuma por la boca de rabia, sube á la tribuna, y habla así: "Me parece indigno de la asamblea tergiversar una cuestion de la importancia de la que nos ocupa. No es sobre diplomas, renunciaciones ó tratados sobre los que habeis de pronunciar, es sí, sobre el interes nacional.

„Si pudiera descender á considerar esta causa en derecho positivo, se vería bien pronto que el procurador mas célebre por su mala fé, no se atrevería á recusarnos el juicio que os hubiese remitido el rey mismo, aunque fuera el mas despótico monarca de la Francia."

Como esto no era razonar sino delirar, *al órden, al órden*, *gritaron al orador los realistas.* "Señores, continuó Mirabeau, no sé cómo conciliarémos el tierno respeto que tenemos al monarca honrado por nosotros con el título de *restaurador de la libertad*, con la supersticiosa idolatría por el gobierno de Luis XIV que fué su principal destructor: Estoy pues en el órden, y continúo— Desafio á quien se atreva á negarme que toda la nacion tiene derecho de elegir sus gefes, y de determinar su sesion...." *A los votos, á los votos*, gritaron todos los del lado izquierdo de la asamblea. "Declaro, continuó Mirabeau, que estoy pronto

á tratar la cuestion en su fondo en este instante: á manifestar que si el sacerdocio quiere la inquisicion y la nobleza el patriciado, la nacion no quiere mas que un príncipe frances: que los temores por los quales han procurado eludir nuestra decision son pueriles ó mal fundados."

Despues de varias y acaloradas discusiones que siguieron al discurso de Mirabeau, convinieron en terminar al dia siguiente esta gran diferencia por la votacion nominal. Es digno de observarse que este modo de recoger los votos era una verdadera proscripcion contra aquellos que no votaban conforme á la opinion del partido dominante.

El dia siguiente la asamblea sobre dos mil y doscientos miembros de que se componia, no contó en su seno mas que novecientos setenta y nueve. De éstos los quinientos cuarenta y uno votaron porque se escribiese en el proceso verbal de la sesion, que las tres máxîmas de la inviolabilidad de

la persona sagrada del rey, de la indivisibilidad del trono, y de la herencia de la corona de varon en varon habian sido declaradas á unanimidad de votos; cuatrocientos treinta y ocho votaron por una discusion parcial de los tres principios. Así que la primera opinion no prevaleció mas que por tres votos. La cosa merece notarse.

Quedaba que hacer una segunda y última votacion nominal para saber qué redaccion adoptarian; la mayoría aceptó la siguiente despues del elocuente discurso de Lamourette (1).

"La asamblea nacional ha reco-

(1) Adrian Lamourette natural de Strevent, eclesiástico y vicario general del obispado de Arras, en 1791 fué electo obispo de Leon, y como realista instó á sus condiputados para que adjurasen los mutuos odios que los dividian. Su discurso inflamó á toda la asamblea que hizo un nuevo juramento de fidelidad al rey, que no tardaron en olvidar. Fué preso en Leon y conducido á París, donde lo guillotinaron á los 25 años de edad el 11 de enero de 1794. Escribió el libro intitulado *Delicias de la religion*, que sirvió despues de base al *Evangelio en triunfo*.

nocido por aclamacion, y declara como puntos fundamentales de la monarquía francesa, que *la persona del rey es inviolable y sagrada, que el trono es indivisible, que la corona es hereditaria en la estirpe reynante* de varon en varon por órden de primogenitura, con exclusion perpetua y absoluta de las hembras y de su descendencia, *sin que se entienda perjudicar en nada el efecto de las renunciaciones.*"

Tal fué el fin de esta acalorada sesion que me ha parecido referir con todas sus particularidades (á fin de que se pueda juzgar del número y del zelo de los partidarios de Orléans) en la primera asamblea nacional. Los realistas creyeron haber obtenido todas las ventajas de este combate, y miraron como un gran triunfo haber forzado á sus contrarios á reconocer la inviolabilidad y la santidad de la persona del rey, la indivisibilidad de su trono, y la herencia de su corona. Orléans al contrario, miró como una fu-

til conquista la cláusula *sin que se entienda perjudicar en nada el efecto de las renunciaciones.* Esto á la verdad era bien poca conquista en un negocio del qual habia contado obtener una victoria completa. Si no se confesó enteramente vencido, por lo menos él y sus principales confidentes manifestaron su mal humor á los del lado izquierdo de la asamblea, por la poca resistencia que habian opuesto á los del derecho.

Hacia mucho tiempo que los conjurados tenian por objeto poner á Luis XVI en la alternativa de huir con su familia, ó de ser degollado. Si huía, pronunciaban su inhabilitacion, y proclamaban por rey á Orléans: si caía baxo los puñales de los asesinos, lograban igualmente todo lo que deseaban. Sobre este plan ideado por Orléans no dexaron de conspirar hasta el instante en que Luis con su familia fué encerrado en la torre del Temple.

Los últimos debates sobre la san-

cion real y la sucesion á la corona habian enardecido extraordinariamente á los ánimos. El latrocinio, las raterías, los asesinatos, y todos los medios de este género familiares á Orléans, habian acrecido su fermentacion. Tan seguro se estaba en una ciudad ó aldea, como se puede estar en medio de un bosque infestado de ladrones. Un grito de aristocracia hacia asesinar al primer hombre contra quien se pronunciaba. A cada instante del dia se levantaban principalmente en París y en Versalles nuevas tempestades. En cada una de estas crísis anunciaban al rey sus amigos y enemigos que su vida y la de su esposa estaban amenazadas. Los unos y los otros le suplicaban que se retirase quanto ántes á Metz, y que se rodease de los soldados que le habian permanecido fieles, porque no habia otro medio de salvar su persona, su familia y la monarquía. Luis que veía entre los que le daban estos consejos hombres que sabia deseaban

su ruina, por esta consideracion sola debia no tomar un partido, que repugnaba á sus principios y corazon. No podia disimularse que venir á este partido era encender la guerra civil, y preferia sufrirlo todo ántes que adoptar esta extremidad, que era con efecto la mas terrible calamidad.

Entre esta agitacion, entre estos recelos y sobresaltos se pasaba el mes de setiembre. Orléans habia condenado á muerte á la Fayette: éste veía levantarse un partido contra él, pero no conocia el gefe. Esta nueva proscripcion aumentaba el dolor de la capital. Los oradores y los libelistas se habian repartido entre el príncipe y el comandante de la guardia parisiense. Entre los primeros el marques de Saint-Huruge habia permanecido fiel á Orléans; entre los segundos Camilo Desmoulins habia pasado al servicio de la Fayette, y Marat al de Orléans. Este Marat (1) fué tan famoso

(1) Juan Pablo Marat nació en 1744.

en la revolucion, que no será fuera de propósito trazar aquí su retrato.

Era un hombre baxo y seco, cuya estatura no llegaba á cinco pies, de una figura espantosa, de un mirar horrible, de una cabeza monstruosa, de un espíritu ardiente, de una imaginacion alocada, y lo que es peor que todo esto, de un carácter vengativo y feroz; sin ninguna nocion de lo bueno, sin querer mas que el mal, enemigo de los hombres de bien, envidioso de los malvados que se esforzaban en ser tan atroces como él; sin discernimiento, sin gusto por las ciencias y bellas artes; no ver mas que ruinas y desgracias, bañarse, revolcarse en la sangre humana: hé aquí los únicos placeres que parecian agradar á esta alma infernal. Natural de Beaudry en el condado de Neuchatel en Suiza: de padres calvinistas y po-

Fué atajado en su carrera de crímenes por el brazo de María Ana Carlota Corday de Armans, que libró á la Francia de este monstruo en 14 de julio de 1793.

bres la indigencia le habia traido á París, que mas que ninguna otra capital de la Europa, era el abrigo y el asilo de todos los bribones que temian las miradas y la censura de sus compatriotas. Marat vivió mucho tiempo miserable: despues se le puso en la cabeza hacer el oficio de charlatan: engañó al pueblo baxo, siempre crédulo, con yerbas que les aseguraba ser simples de su pais, y que él transformaba en remedio universal. El éxito que tuvo entre los pobres le estimuló la ambicion de tantear la credulidad de los ricos. Se vendió por el inventor de una agua tan especial que curaba todas las enfermedades. Llenó de aquel licor millares de frasquillos, y les puso el precio de dos luises á cada uno, y engañó á varios.

Confundido Marat entre la turba de charlatanes que vivian de las mismas truanerías, no excitó la atencion de la policía, de suerte que se ignora la composicion de esta agua que vendia

por maravillosa, pero se puede conjeturar que un licor inventado por un tunante tan malvado é ignorante como Marat, no podia ser mas que una especie de veneno.

De este modo es como el infame Marat exerció en París por algun tiempo la medicina. Para no ser incomodado en su funesta charlatanería, compró al cirujano mayor del rey un título de esta profesion, y poco despues el de médico de las caballerizas del conde d'Artois.

A pesar de estos títulos Marat no tardó mucho en ser reconocido por el mas inepto y peligroso de los charlatanes. Quando empezó la revolucion habia vuelto á caer en la mas profunda miseria. El empleo de moda era entónces el de diarista. Marat se engolfó en esta carrera por la necesidad de procurar su subsistencia. Compuso desde luego un periódico que tituló *el Publicista frances*: se contentó con injuriar á los que acusaban de aristócratas, y permaneció entre

la turba; pues eran tantos los que le habian tomado la delantera que no pudo hacerse visible. No hizo mas que aumentar con su destreza las deudas que tenia con su impresor. No sabiendo cómo salir de la obscuridad, ideó dar á su periódico el título de *el Amigo del pueblo*: este título no desagradó, y en breve se halló en estado de comprar una imprenta á su amigo Brune (1), para esto tuvo que

(1) Este Brune caxista de una imprenta ántes de la revolucion, y casado con una labandera cuya industria lo privó de mendigar, pues era tan holgazan como vicioso, logró por sus crimenes ser agradable compañero de Marat, el que con el dinero de Orléans le puso una imprenta que sirvió para la publicacion de su terrible periódico *el Amigo del pueblo*: fué constantemente uno de los jacobinos mas frenéticos y el enemigo mas acérrimo de los ricos, de cuyos bienes deseaba apoderarse como lo demuestra su arenga hecha á los jacobinos el 30 de junio de 1791. En diciembre de 1792 empezó su carrera militar sirviendo de edecan á Santerre. Su ferocidad en las matanzas de setiembre de 1793, le valió el grado de coronel del exérci-

dexar á los realistas y atacar á uno de los hombres visibles del dia: en su consecuencia lanzó algunos sarcasmos contra el marques de la Fayette que todos los novadores llamaban *el héroe de los dos mundos*; esta irreverencia llegó á los oidos de Orléans, que tomó á su sueldo á Marat.

El príncipe queria que se ultrajase á Bailly y á varios miembros del ayuntamiento, porque dispendiaban sumas y trabajaban en minorar los estragos del hambre: Marat por obedecer á su protector condenó sin rebozo á la linterna á Bailly y á todo el ayuntamiento. Saint-Huruge arengaba lo mismo en el palacio real.

Altamente resentido la Fayette del porte tan impropio de estos dos rep-

to republicano, y devastó el departamento de la Gironda, por cuyo servicio le dieron los *terroristas* el grado de general de brigada. En octubre de 1795 asistió á Buonaparte en las matanzas de los parisienses, siendo por último uno de sus consejeros de estado, y de los mas queridos de sus generales por sus rapacidades y demas crimenes.

tiles pedantes les declaró la guerra. Como general prudente, y para no dividir sus fuerzas, los atacó separadamente. Hizo marchar desde luego un exército de seis mil hombres contra Marat, y situó en todas las avenidas de las calles que iban á parar á su casa dos piezas de artillería. Esta guerra es tan extraordinaria, que si no lo hubiesen depuesto sugetos de la mayor veracidad no se creería. Y con efecto ¿cómo es posible creer que *el héroe de los dos mundos* desplegase fuerzas tan formidables contra un enano sin otras armas que su pluma?

Habia en el mismo barrio de Marat un hombre extraordinariamente feo, cuya fisonomía y estatura eran deformes. Este hombre llamado Danton, era, segun madama Roland (1), *tan pobre quando estalló la revolucion que se moria de hambre: su muger decia que sin el socorro de un luis que recibia de su padre todas las semanas,*

(1) Véanse sus Memorias, página 56 y 60.

la hubiera sido imposible vivir. Apenas empezó la revolucion quando su amistad con Orléans le puso en la opulencia. Estos hechos fueron publicados por un testigo, que habiendo sido por confesion suya orleanista como su marido, no pueden ser sospechosos.

Danton tomó á Marat baxo su proteccion. La Fayette desdeñandose emplear sus fusiles y cañones contra Danton, imploró contra este nuevo enemigo el socorro del Châtelet. Este tribunal que combatia á su modo, decretó la prision de Danton, quien le amenazó con que mandaria sonar la trompeta contra el Châtelet y las tropas de la Fayette: éstas tocaron retirada, el Châtelet calló, y Danton (1) y Marat continuaron la guerra.

(1) Jorge Santiago Danton nació en Arcis el 26 de octubre de 1759: fué abogado de algun crédito, el qual se aumentó en la revolucion francesa. Pretendió encubrir su deseo ambicioso de llegar á la dictadura baxo el velo de opiniones populares. Fué amigo de Mirabeau, Robespierre y Marat; y en 1791 presidió la tumultuaria reunion del

En quanto al marques de Saint-Huruge, la Fayette le presentó un género de combate que merece ser contado. Sabia que el orador tenia sus sesiones en el jardin del palacio real. Una tarde á las seis de ella, y quando ménos se esperaba, entran destacamentos armados por todas las puertas á paso de ataque, y se dirigen ácia los grupos de gente en donde habia un orador. Hacen evoluciones precipitadas, que excitan el alboroto y la risa. El duque d'Aumont, comandante de un batallon baxo las órdenes de la Fayette, oficiales y ayudas de campo, van y vienen de uno á otro lado muy desaforados. Entre los soldados,

campo de Marte. Fué el inventor de las visitas domiciliarias, en las quales era permitido á qualesquiera faccioso entrar en la casa del ciudadano pacífico, arrestar á su enemigo, y conducirlo á la cárcel. Fué el fundador del tribunal revolucionario, que poco despues de su instalacion lo mandó prender, como se verificó en la noche del 31 de marzo de 1794, condenándolo á muerte que sufrió en la guillotina el 4 de abril del mismo año.

unos presentan las bayonetas, otros agarrados de la boca del fusil amenazan con la culata; por manera que unos y otros tenian una actitud tan pintoresca, que alegró á los expectadores en vez de amedrentarlos: "Se-„ñores, grita uno de estos, contra se-„mejantes soldados y contra tales ofi-„ciales, no son menester otras armas „que los silbidos: ciudadanos, somos „libres, podemos chiflar quando nos „dé gana, chiflemos pues, y sea ésta „la conjuracion de los chifladores."

El resultado de esta ridícula guerra fué la prision sin efusion de sangre del zote de Saint-Huruge y del baron de Titot, hombre perdido como él y orleanista. Ambos fueron detenidos en calidad de prisioneros en el Châtelet, y poco despues puestos en libertad por las órdenes *del pueblo soberano* de Orléans.

Otra causa de agitacion se mezclaba á todas estas. La Fayette creando su guardia nacional, habia mezclado en las compañías del centro á

los guardias francesas que habian abandonado sus banderas. Era fácil preveer que estas gentes que no habian sido fieles á su rey no lo serian tampoco á aquel que los electores les habian dado; pero la Fayette era de aquellos hombres que no tienen ninguna prevision, y cuyas miras no se extendian á mas que á las circunstancias del momento. El dinero de Orléans era el que habia hecho que estas guardias francesas desertasen de las banderas del rey; luego era natural que su reconocimiento y adhesion se inclinase mas bien ácia Orléans que acia un hombre del qual no habian recibido nada, y que exîstiese siempre una relacion entre el corruptor y los corrompidos.

Con efecto, regimentados por la Fayette las guardias francesas mostraron en todos los reencuentros unas disposiciones de animo, que inquietaron al comandante y destruyeron todas sus operaciones. Como por otra parte la Fayette no se atrevia ó no sabia emplear sino cortos medios, sucedia que

sus recursos para guardarse de las empresas de estos desertores del antiguo régimen, no remediaban nada, y no servian mas que para impedir el restablecimiento del órden y de la armonía en el gobierno de la capital. De allí proviene que con un exército de quarenta mil hombres la Fayette no podia ni prevenir ni contener ninguna sedicion, y que caminaba á gusto del partido que triunfaba.

En una palabra París y Versalles estaban en tal estado por los diversos crímines de Orléans, que ácia los últimos dias de setiembre el príncipe se creyó seguro de poder hacer degollar toda la familia real: envolvió en su proscripcion al marques de la Fayette, que ignoraba que se atentaba contra su vida. Las disposiciones tomadas por Orléans le hicieron congeturar que podria suceder que una parte de los miembros del ayuntamiento fuese asesinada: no le quedaban que tomar mas que dos medidas, la primera fixar el dia en que debia

estallar la nueva conjuracion, la segunda preparar una especie de apología á los asesinos: el dia señalado fué el 5 de octubre. En quanto al segundo artículo se propusieron decir á la Francia y á la Europa:

"Que desde luego el pueblo no pudiendo soportar por mas tiempo las angustias y la ninguna esperanza que daba la terminacion del hambre, se habia sublevado. Que no debia atribuirse este mal sino á la corte, puesto que ella sola gozaba el derecho supremo de dirigir la circulacion de los granos en pro ú en contra de la felicidad de todos, sin contar con que el rèy solo era responsable de este desastre, pues que su primera obligacion era la de alimentar á sus vasallos."

El segundo pretesto de que los conjurados debian servirse tomaba su orígen en los artículos acordados la noche del 4 de agosto. Por la peticion de Mirabeau la asamblea suplicó al rey en diversas ocasiones que sancionase aquellos acuerdos cuyos artí-

culos eran innumerables y contenian disposiciones muy importantes, y muchos habia que el monarca debia mirar como que atentaban á las propiedades individuales, de las que en virtud de su magistratura suprema era el protector. Por esta doble consideracion Luis XVI representó que convenia dexarle reflexìonar sobre ello ántes de exîgir que diese su aprobacion.

"Un principio sagrado, respondia á esto Mirabeau y con él todos „los escritores orleanistas es, que la „voluntad general hace la ley. Esta „voluntad se ha significado por los „acuerdos del 4 de agosto y por las „representaciones de todos los pue„blos."

De esto deducian que no habia que contar con las reflexîones del rey, sino que era menester que los sancionase ciegamente y sin tardanza. Compelido todos los dias Luis XVI para que diese esta sancion, escribió á la asamblea la carta siguiente: "Me „habeis pedido, señores, que corro-

„bore con mi sancion los artículos acor„dados por vuestra asamblea el 4 de „agosto, y que se han redactado en „las sesiones siguientes. Muchos de „estos artículos no son mas que el „texto de las leyes, en que la asam„blea tiene deseo de ocuparse; y la „conveniencia ó la perfeccion de es„tas últimas, dependerá necesaria„mente del modo con que las dispo„siciones subsecuentes que anunciais „puedan desempeñarse. Así es que, „aprobando el espíritu general de „vuestras determinaciones, hay sin „embargo un número pequeño de ar„tículos, á los quales no podré dar „en este momento mas que una ad„hesion condicional. Pero como de„seo corresponder quanto me sea po„sible á la peticion de la asamblea, „y queriendo poner la mayor fran„queza en mis relaciones con ella, „voy á hacerla conocer el resultado „de mis primeras reflexiones y las „de mi consejo. Modificaré mis opi„niones, y las renunciaré si las ob-

»servaciones de la asamblea nacional »me convencen, puesto que no me »separaré nunca sin sentimiento de »su modo de ver y de pensar (1)."

El rey despues de exponer sus reflexîones, concluía así.

"Acabo de explicarme, señores, »sobre los diversos acuerdos que me »habeis remitido; ya veis que apruebo en el todo la mayor parte, y »que daré mi sancion luego que sean »redactados como leyes. Invito á la »asamblea á tomar en consideracion »las reflexîones que dexo insinuadas »sobre dos ó tres artículos importantes. Por una comunicacion franca »y abierta de nuestros sentimientos »y opiniones, y animados del mismo amor al bien, es como vendrémos al cabo de lo que recíprocamente nos interesa. La felicidad de »mis pueblos tan apreciable á mi »corazon, y la proteccion que debo »á los principios de justicia, deter-

(1) Esta carta la escribió el rey en 18 de setiembre.

„minarán siempre mi conducta ; y „puesto que motivos semejantes de„ben servir de guia á la asamblea „nacional, es imposible que ilustrán„donos mútuamente no nos acerqué„mos á la perfeccion de todas las co„sas que es el objeto de mis votos y „de mis esperanzas."

Despues de la lectura de esta carta, Chapelier exclamó: "Se ha pe„dido al rey una promulgacion, y „no una memoria.— Se hubiera po„dido dexar de pedir al rey, gritó „tambien Mirabeau, la sancion de los „acuerdos del 4 de agosto; pero ya „que se ha hecho, y que las imagi„naciones están en posesion de estos „acuerdos (puesto que estos se han „contestado hoy) y las desconfianzas „públicas y los descontentos casi uni„versales se agravarían demasiado; „y el clero no hubiera perdido mé„nos todos sus diezmos, ni la no„bleza dexaría de verse ménos des„pojada de los derechos feudales „por la insurreccion de la opinion;

„estamos todos interesados en que la „sancion pura y simple de estos acuer„dos restablezca la armonía y la „concordia."

En su consecuencia el rey fué de nuevo molestado para sancionar los acuerdos, hostigándole tarde y mañana con esta peticion. Como no venia la respuesta difinitiva del rey, los conjurados se propusieron esparcir, luego que hubieran consumado los atentados que meditaban para el 5 de octubre, la reflexîon siguiente: "Todo el pueblo frances mirando con „razon ó sin ella la sancion de los „acuerdos del 4 de agosto como el „*paladion* de su libertad, como el tér„mino de sus miserias, y como la se„guridad de una felicidad estable, „no se debe extrañar que se haya su„blevado contra el soberano que re„husa darle este ligero testimonio de „cómplacencia."

Un acontecimiento producido por el peligro de las circunstancias, por las intrigas y la influencia del conde

d'Estaing, dió márgen al tercer pretesto que los cómplices de Orléans se prometian hacer prevalecer.

El conde d'Estaing, vice-almirante de Francia, hombre valiente, pero mas soldado que oficial, celoso del blason de su nombre (1) y de su reputacion, queria aprovecharse de las borrascas que agitaban á la Francia para aumentar su fama. Descendia de aquel valeroso d'Estaing que salvó la vida á Felipe Augusto en la batalla de Buvines. Entró en la milicia en 1758, y habia hecho sus primeros servicios en Pondichery, baxo las órdenes de aquel conde de Lally que el parlamento condenó á perder su cabeza en la plaza de Grêve, y cuyo hijo miembro de la primera asamblea nacional no pudo conseguir rehabilitar su memoria. A un fondo de inmoralidad reunia el conde d'Estaing los artificios y ardides de un cortesano. Habiendo sobrevenido la revolucion tomó suce-

(1) Era el mismo que el de la casa reynante.

sivamente el partido del rey y de Orléans, segun se inclinaba la balanza de los negocios públicos por el uno ó por el otro.

Representó á la municipalidad de Versalles que la ciudad y el palacio estaban amenazados de una próxîma inundacion de foragidos; que los movimientos diarios exîgían una vigilancia contínua; que los guardias de corps, los suizos, y la guardia nacional no podian sufrir el servicio que se les exîgía, ni responder de la seguridad pública contra las fuerzas que se decia venian á batir en breve á Versalles, pues eran formidables; y que en su consecuencia era indispensable y muy urgente suplicar al rey y á la asamblea permitiese, que los cuerpos empleados en proteger á los habitantes, á la asamblea nacional, y á la familia real, fuesen reforzados con un regimiento de línea.

La municipalidad accedió unánime á este deseo, y tampoco hubo dificultad alguna en la asamblea na-

cional. El rey suplicado por los oficiales municipales, y autorizado por la asamblea, envió la órden para que viniese al instante á Versalles el regimiento de Flándes. Estando próxîmo á entrar en este sitio real, un oficial de la guardia nacional se presenta delante, y dá al teniente coronel una caxa llena de escarapelas nacionales, suplicando mande á sus soldados sostituir éstas á las blancas que traían. Habiéndoles dicho el teniente coronel si querian hacer el cambio, todos á una voz gritaron: *viva el rey, ningun otro color que el de la Francia.*

El regimiento entró sin la menor apariencia de oposicion con sus bagages, cañones y municiones de guerra. Llegado á la plaza de armas, prestó entre las manos de los oficiales municipales el nuevo juramento decretado por la asamblea nacional. Los soldados fueron alojados en un vasto edificio que se llamaba *las caballerizas de Monsieur.* Los consignaron allí con órden de no comuni-

car con ninguno de afuera. A las cinco de la tarde del siguiente dia, sin que pueda decirse por qué, la consigna se varió, y abrieron todas las puertas del edificio: los soldados se estendieron por las calles, las cantineras y las mugerzuelas los siguieron: les distribuyeron vino, víveres, dinero y billetes de caxa: la víspera estuvieron por el rey, y este dia casi todos fueron de Orléans.

Estaba en uso entre los cuerpos mlitares, que luego que un regimiento llegaba á una ciudad, el que estaba de guarnicion daba una comida al recien llegado. Se habian visto mil exemplos en Veauvais, Amiens y Troyes, en donde habia destacamentos de sus cuerpos; y en atencion á esto, los guardias de corps convidaron á comer al regimiento de Flándes el dia primero de octubre. El rey permitió que se diese la comida en el salon de la ópera que estaba completamente halajado El conde d'Estaing comandante de la guardia nacional, y veinte ofi-

ciales del mismo cuerpo, fueron tambien convidados. Cometieron en esto una gran falta: convenia haberles convidado á todos ó á ninguno, porque toda preferencia humilla é indispone á aquellos que no la disfrutan. Entre los oficiales de la guardia nacional no convidados, habia un tal Lecointre mercader de lienzos, hombre orgulloso, á quien su mucho oro habia trastornado el juicio, y que despues perdió del todo. Este insensato no perdonando nunca á los guardias de corps el haberle olvidado, y dando á su venganza toda la latitud que podia tener, desde entónces se declaró enemigo mortal de los militares, de la familia real, y de todos los realistas de la Francia.

Llegado el dia de la comida pusieron sobre el teatro una mesa de trescientos cubiertos que formaba esquadras. La decoracion representaba una selva: el salon estaba iluminado con gusto y propiedad: los trompetas de los guardias de corps y la

música del regimiento de Flándes se colocaron en la orquesta: los soldados en el patio; y los aposentos se llenaron de gentes y de curiosos.

Al principio de la comida tocaron árias de diversas óperas. Al fin del primer servicio brindaron por la salud del rey, de la reyna y del delfin. Los trompetas y los timbales tocaron ataque, y la música del regimiento de Flándes el ária: ¡*O Ricardo! O mi rey! el universo te abandona.* Los aplausos universales se mezclaron con el ruido de la música. Impelidos del entusiasmo general los soldados, cazadores y granaderos, suben al teatro, piden vasos, beben á la salud del rey, y las aclamaciones resuenan por todas partes.

Al segundo servicio el rey, la reyna, el delfin, y la jóven princesa hija del rey, se presentan en el anfiteátro. La vista de esta augusta familia llena á todos los corazones de estremecimiento, y á esta dulce conmocion sucede en breve la alegría mas viva. Quan-

do estas personas reales se retiraron, los gritos mil veces repetidos de *viva el rey, viva la reyna, viva el delfin*, y los aplausos unánimes las siguieron. Los granaderos, cazadores y soldados, como para perderlos de vista mas tarde, escalaron el anfiteátro y siguieron sus pasos.

Un instante despues el rey y la reyna se presentaron sobre el teatro, dieron vuelta á la mesa, y saludaron con afabilidad á todos los convidados. La reyna llevaba de la mano á la princesa su hija, y un oficial superior de guardias de corps llevaba en los brazos al delfin. Al contemplar esta familia, despues tan desgraciada, los corazones de todos se conmovieron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ah! las mias tambien corren con este recuerdo.... ¿habrá un solo hombre tan insensible que no las derrame muy amargas, acordándose de la afrentosa suerte que ha cabido á estas augustas víctimas? ¿quién hubiera dicho á aquella multitud embriagada de alegría á la

vista de sus soberanos que los vería un dia.... me atreveré á decirlo?... que vería morir entre verdugos á Luis, á su compañera, y á aquella princesa, cuya vida pura é inocente, y cuya alma toda celestial hacian dudar si era ángel ó algun mortal? ¿es cierto que el cadalso ha sido premio de la piedad fraternal y del efecto mas heróyco? ¡qué siglo! ¡qué costumbres! Si una injusticia de esta naturaleza puede repararse, ésta debe serlo por todo hombre sensible. La humanidad levantará un dia estátuas á Isabél, y la religion quizá la erigirá altares. ¿Qué habia hecho aquel príncipe jóven para que ni su candor, ni la inocencia de su edad hubiesen podido dulcificar la ferocidad de sus carzeleros? ¿por qué ha debido perecer lentamente entre crueles tormentos? ¿qué fruto ha sacado la política del largo y penoso martirio de este niño? ¿qué hizo su jóven hermana para ver la primavera de su vida eclipsarse en la obscuridad de un calabozo?.... pero olvido que

la qualidad de historiador me prohibe estos movimientos de sensibilidad. En vuestro seno, ó lectores, los deposito seguro de que experimentándolos me perdonareis la digresion que acabo de hacer: continúo la historia.

Habiéndose retirado la familia real, cada uno, como para prolongar el encanto de esta fiesta, corrió detrás de ella. En un instante el salon quedó desierto, y la música se trasladó al *patio de los mármoles*. Allí oficiales, soldados de línea, guardias nacionales, hombres de todos estados y condiciones se mezclaron indistintamente, y executaron algunos bayles debaxo de los balcones de la habitacion del rey. Todos sin distincion, los actores de la fiesta y los que eran el objeto de ella, se entregaron á las mas dulces emociones: no se habia experimentado nunca una satisfaccion ni mas pura ni mas completa. Los que dixeron despues que en estas circunstancias fué quando se maldixo á los enemigos de los realistas, conocian muy mal el co-

razon humano. Ah! el que es felíz jamas aborrece.

El rey y la reyna creyeron deber manifestar, aun por su presencia, que no eran insensibles á las bendiciones de que los colmaban, y salieron á los balcones. Entónces los granaderos quisieron darles la imágen de un asalto: treparon por las columnatas y escalaron los balcones. Acabado este juego inocente las danzas se volvieron á empezar, y quando creyeron que podrian turbar el reposo de la familia real, cada uno se retiró.

Era como he dicho el primero de octubre, y quedaron aun quatrocientas botellas de vino, que no se habian podido apurar en la comida. Los guardias de corps decidieron que se beberian al dia siguiente por la mañana en un almuerzo, al qual convidaron á muchos de sus amigos, y tambien á la guardia nacional. El almuerzo consistia en jamones dulces y carnes fiambres que se sirvieron en una mesa larga que colocaron en el pica-

dero y almorzaron de pie. Estas particularidades serían indignas de la historia sino estuviesen entrelazadas con una de las grandes épocas de la conjuracion de Orléans.

El almuerzo fué muy alegre: se bebió á la salud del rey, de la reyna, del delfin, de *la asamblea* y de la guardia nacional. Algunas personas bebieron mas de lo regular: se quebraron vasos y botellas; pero esto fué efecto solo de la diversion, mas el órden público no se alteró.

Durante el almuerzo se presentó un particular que iba vestido con el petiuniforme de las guardias del rey; pero debaxo de este vestido llevaba un chaleco blanco y calzones negros, lo qual no era permitido entre los guardias de corps. Este hombre prorrumpió en improperios denigrativos contra la asamblea nacional, y en general contra la revolucion. Canecaude, gentilhombre de la manga del rey que hácia los honores de la fiesta, oyendo estos dicterios, y mo-

vido por el trage extravagante del que los proferia, sospechó que era un hombre enviado por el partido enemigo, y que no era del cuerpo de los guardias de corps. Mientras que consultaba sus sospechas con varios guardias de las diferentes compañías, y se cercioraba si era ó no del cuerpo, habiendo visto el incógnito que se le observaba, desapareció precipitadamente.

El mismo dia los guardias del rey dieron de comer á ochenta soldados que no habian podido colocarse en la mesa del primero de octubre. Tambien el mismo dia escotaron para que los pobres tuviesen parte en el festin, y se recogieron dos mil escudos que remitieron á los curas de Versalles para que los distribuyesen en pan por medio de las papeletas que repartirian. Es digno de notarse que esta reparticion se empezó en la mañana del mártes 6 de octubre.

No se debe creer, por lo que que-

da dicho, que la comida y el almuerzo costaron una gran suma al cuerpo de guardias; al contrario no contribuyeron mas que con siete libras y diez sueldos cada uno de ellos. Sin embargo si se comparan estas dos comidas con los festines de los duques de Liancourt y d'Aiguillon, el lector imparcial juzgará de qué parte estuvo la profusion y la indecencia, sin contar que el festin no tenia ningun motivo legítimo, y que la fiesta dada por los guardias era en algun modo necesaria por el uso constantemente seguido en los cuerpos militares de Francia.

Despues de estos diversos sucesos los conjurados se propusieron persuadir á toda la Europa que llamando al regimiento de Flándes á Versalles, no habian tenido otro objeto que el de rodear de tropas á la asamblea nacional y disolverla: que en las dos comidas dadas por los guardias no habian tenido otra intencion que la de conjurar contra ella: que por una

afectacion sediciosa se habia tocado el ária de: *O Ricardo! ó mi rey! el universo te abandona*, como si hubieran querido dar á entender que el rey estaba abandonado y amenazado por los diputados; en fin que el asalto figurado por los granaderos era una semejanza de lo que querian hacer con la asamblea.

A estas interpretaciones malignas se prometian añadir las imposturas mas pérfidas. Dirían que la escarapela nacional habia sido pisada, y todos obligados á reemplazarla con la negra: que se habia oido á un guardia de corps proferir proposiciones incendiarias contra la asamblea nacional; en fin que habiendo brindado alguno por la salud de la asamblea, se le habia obligado á callar con desprecio. Haciendo ademas observar, que semejante fiesta dada en un tiempo en que el pueblo sufria el hambre mas espantosa era un escándalo revolucionario y un insulto intolerable contra la miseria pública.

De todo esto se concluiría, que era menester afligirse, pero no admirarse de que el pueblo llevado por la desesperacion se hubiese amotinado hasta lo sumo contra los que por sus órdenes habian traido el regimiento de Flándes, y que por su presencia habian autorizado la conjuracion de los guardias de corps contra la asamblea nacional, y contra el honor y la prosperidad de la nacion.

Dispuesto así este plan, se convinieron en callar tanto sobre las interpretaciones, como sobre las imposturas hasta el momento de la execucion.

LIBRO OCTAVO.

Hechos que preceden la nueva conspiracion de Orléans. Terrible movimiento que excita en París. Deplorable indolencia de las personas interesadas en prevenir las resultas. Insurreccion general en la capital. Conducta de Orléans y de otros conjurados durante esta insurreccion. Los granaderos del exército de la Fayette piden un consejo de regencia. Conducta de los conjurados en la asamblea nacional. Palabra atroz del jóven duque de Chârtres. Los facinerosos de Orléans se difunden en Versalles. Primeros ascsinatos. Varios malhechores y una parte de los conjurados piden á Orléans por regente. Consejo tenido por este príncipe. Resolucion que toman.

Hacia algun tiempo, que como lo he dicho yá, el marques de la Fayette nada comprendia del movimiento in-

quieto que se manifestaba en las compañías del centro, compuestas casi del todo de los antiguos guardias francesas; y quanto mas se acercaba el lúnes 5 de octubre, tanto mas se notaba esta agitacion sin que pudiese adivinar la causa ni preveer las resultas; por lo demas todo anunciaba la proxîmidad de una esplosion espantosa.

Aquí me veo precisado á volver atrás para dar cuenta exâcta de la conducta diaria que tuvieron los conjurados. Este retroceso que guarda un poco el método que se observa en los periódicos franceses, no desagradará, y espero del lector que no pierda ninguna palabra ni ninguna de las acciones de los principales autores de una de las mas horrorosas escenas de la revolucion francesa.

A últimos de setiembre una muger llamada Ana Margarita Andelle, viuda de Francisco José Ravet, caminaba de Versalles á París con un particular que no conocia. Este movió la conversacion sobre la excesiva genero-

sidad del duque de Orléans, y concluyó invitandola á que ella misma recurriese á él Esta muger cuyas facultades eran escasas, aceptó la oferta. Entónces ámbos se volvieron á Versalles en donde estaba el príncipe. Allí el desconocido entró en una posada dexando á la muger á la puerta. Al cabo de algun tiempo volvió y la entregó una carta para el duque de Orléans, diciendola, que á la simple vista del sello el príncipe la recibiria con bondad, añadiendo que si no estaba en su casa la diese al conde de la Touche, ó en su defecto á Marcelo su ayuda de cámara. Habiendo llegado esta buena muger en casa del duque de Orléans manifestó su carta á un postillon que encontró en uno de los patios; éste mirando el sello dixo: "vé ahí una buena carta; dias pasados una muger presentó otra á Monseñor que tenia el mismo sello, y recibió en el momento diez luises."

Sin embargo y á pesar de algunos esfuerzos que hizo, no pudo nun-

ca ver al príncipe, la respondian siempre que no se podia ver: no encontrando tampoco al conde de la Touche ni á Marcelo, se retiró y se entró en el parque. La curiosidad, este sentimiento tan natural á las personas de su sexô, la llevó sobre toda consideracion. Se dixo á sí misma, que siendo aquella carta una recomendacion para ella sola, era una propiedad que la pertenecia y rompió el sello. En vez de una recomendacion encontró un pliego de papel gordo. En lo alto de la página primera tenia un sello elíctico dividido por dos barras, entre las quales se leía la palabra *concordia*. Sobre estas barras estaba figurado un sol de cuya boca salian dos lanzas, y sus extremidades venian á parar sobre dos manos unidas diseñadas en lo alto de las barras. El óvalo estaba adornado por la parte superior con una corona orleada de tres flores de lís, de las quales la del medio estaba vuelta. En un lado del óvalo habia representada una águila

aquartelada, y en el otro una muger apoyándose sobre una áncora. El derecho y la mitad del revés de la primera hoja estaban llenos de cifras y de caractéres geroglíficos. La muger despues de haber considerado algun tiempo este misterioso papel, se lo metió en su faltriquera. Poco despues vió dos hombres vestidos con la librea del rey, que se informaban con mucha solicitud si habian visto pasar una muger cuya fisonomía manifestaba ser forastera: ella oyó á una de las personas á quien hacian esta pregunta responder con enfado: "Desde que cada uno está en posesion de vestirse la librea del rey ó de la reyna, no se sabe con quién se habla."

La muger no dudando que era ella á quien buscaban se retiro de la concurrencia, hizo mil pedazos el papel misterioso, y lo arrojó. Vuelta á su primer sitio se la aproximaron los dos hombres, que sin hablar una palabra se arrojaron sobre ella, y la exáminaron con la mayor escrupulosidad

é indecencia. No encontrándola lo que hacia el objeto de sus pesquisas, la abandonaron. Paso á otras particularidades que descubren mejor aún los pasos de los conspiradores.

Tambien á los últimos de setiembre Blaisot, librero y miembro de la municipalidad de Versalles, habiendo ido á llevar libros al conde de Mirabeau, éste despues de los cumplimientos ordinarios hizo retirarse á tres secretarios que estaban en su quarto; cerró la puerta con cuidado, y se llegó á Blaisot, diciéndole: "Por la amistad que os tengo voy á preveniros, que de aquí á poco vais á ver grandes horrores, y aún correr sangre por Versalles. Os lo prevengo únicamente por disipar todas vuestras inquietudes personales, pues los buenos ciudadanos como vos no tienen que temer nada."

El 3 de octubre los operarios que trabajaban en la sala nueva de la armería del palacio, abandonaron su trabajo por orden del gefe del taller,

quien la habia recibido del duque de Orléans para que les mandase trabajar lanzas y picas.

El mismo dia, llegando el duque de Orléans de París á Versalles, á la entrada de esta última ciudad fué rodeado por una multitud considerable que corria despechada al rededor del birlocho gritando: *Ved aquí el padre del pueblo: viva el rey Orleans.* Esta turba le siguió hasta la puerta de la asamblea haciendo resonar el ayre con los mismos gritos.

Hacía algun tiempo que este príncipe llevaba siempre consigo mucho dinero, y para esto habia mandado hacerse vestidos de modo que su peso no le incomodase. El bolsillo derecho tenia una abertura por la qual el saco que contenia los escudos de á seis libras caía hasta el faldon de la casaca. La boca del talego correspondia á la pretina de los calzones, á la qual estaba atado: de este modo el príncipe podia pagar á cada instante á aquellos que tenia un interés en corromper.

El dia 4 que era domingo algunos granaderos ex-guardias francesas, y varios guardias nacionales de París, trataron de excitar por la mañana en Versalles una sublevacion. Habiéndoles preguntado uno por qué alborotaban, todos con poca diferencia contestaron en estos términos: "Hemos venido aquí »á tomar lenguas y buscar instruccio»nes, y bien pronto volverémos á res»tablecer el órden."

En la tarde del mismo dia se dió en París la señal á los facinerosos de Orléans soltando á la vez todos los salteros de agua del palacio real. Al mismo tiempo empezaron á difundir algunas de las imposturas que habian de servir de pretexto á los asesinos. Uno de los oradores, inspector del palacio real, exclamó diciendo: que los guardias de corps habian tirado al suelo y pisado la escarapela nacional durante la comida. Vários de los oyentes le gritaron que era mentira, y que podian creerlos, puesto que se habian hallado sin ella. "Señores, les respon-

»dió el orador, nada hay mas cierto,
»pues yo sé este hecho del mismo
» *Monseñor.*"

En otro grupo, el negro que todos sabian ser del duque de Orleans, gritaba al pueblo con la mayor fuerza, que los guardias de corps eran unos malvados que habian pisado la escarapela tricolor y conspirado contra la asamblea nacional.

En lo restante de la tarde se manifestó tal fermentacion, que los amigos del rey y los de su guardia concibieron los mas vivos sobresaltos. Despacharon correo sobre correo á los ministros. Estos anunciaron que iba á estallar la mas terrible insurreccion, que de allí á poco Versalles tendria que sostener un sitio sangriento, y que los dias del rey, de la reyna, y del delfin estaban en el mas inminente peligro. Todo quanto podia hacer creer estas insidiosas disposiciones todo se empleó. La posteridad creerá que los ministros en consecuencia de estos avisos se apresuraron á tomar precau-

ciones contra la tempestad que les amenazaba, pues al contrario no tomaron ninguna absolutamente, ni aun informaron al rey de lo que sabian. Esta seguridad es lo que sobre todo debe admirarse. Los ministros de aquel tiempo eran Necker, Lefranc-de-Pompignam arzobispo de Viena, que tenia el registro de los beneficios, Campion-de-Cice arzobispo de Burdéos, á quien estaban confiados los sellos á la sazon, el conde de Montmorin, el de la Luzerne, y el de Saint-Priest. Necker, Montmorin, la Luzerne y Saint-Priest, son principalmente responsables de la inaccion de que les condena la historia, así como de las deplorables resultas que tuvo. Su crédito en el consejo y la confianza entera que les concedia el monarca, les imponia mas particularmente la obligacion de velar por la salud pública y no omitir ninguno de los medios que pudiesen asegurarla.

Los guardias de corps recibieron iguales avisos, y á muchos se les aconsejó abandonasen á Versalles, á lo qual

respondieron: "No damos ningun crédito á la noticia, pero si fuese cierta, esta es una razon mas para permanecer en Versalles y perecer en nuestro puesto."

En la mañana del 5 de octubre en algunos quarteles, y particularmente en los mercados de S. Eustáquio y en los arrabales de S. Antonio y S. Marcelo, faltó absolutamente el pan. Se esparció el rumor de que el dia anterior se habia encontrado una gran cantidad en las redes de S. Cloud.

Desde la madrugada las mugeres semejantes á las furias corrian los arrabales de S. Antonio y S. Marcelo, y los mercados, al quartel de S. Eustáquio, se arrojaban sobre las personas de su sexô que encontraban al paso, prefiriendo siempre las que estaban mejor vestidas para llevarlas consigo. Asímismo entraban á la fuerza en las casas y en las tiendas, y arrebataban á las madres y á las hijas: entre las primeras las hubo que tuvieron que dexar el niño de teta á quien alimentaban: se

encontraban entre estas furias muchos hombres vestidos de mugeres.

Este tropel llegó á la plaza de Grêve gritando *pan*, *pan*. Los representantes del ayuntamiento no estaban reunidos aún en la casa consistorial, pues eran las siete de la mañana y una débil guardia defendia la municipalidad. Al mismo tiempo los facciosos entraron en la plaza con un infelíz tahonero, á quien los emisarios de Orléans habian prohibido distribuir pan, y no habia obedecido. Baxan el fatal reverbero, una muger se encuentra una cuerda nueva en la faltriquera, la pasan por la polea del reverbero, y el pobre tahonero iba á ser colgado quando Gouvion, mayor general de la milicia parisiense que se hallaba á la sazon en la plaza de Grêve, vuela al socorro de la víctima, protege su fuga, y escribe al mismo tiempo á todos los distritos para que abancen las tropas.

Las mugeres cargan con furor

sobre la guardia de á caballo que defendia los terraplenes de la casa consistorial, la hacen retrogadar hasta la calle del Carnero, y vuelven á sitiar las puertas. La infantería parisiense, que al aviso de Gouvion se puso en marcha, llega, y se coloca entre la casa consistorial y los sitiadores; forma un batallon quadrado, y presenta una selva de bayonetas. Las mugeres hacen llover sobre ellos una nube de piedra: el batallon se rompe y se dispersa. Entónces aquellas furias se precipitan en las salas, gritan que quieren pan y armas, que Bailly, la Fayette y todos los miembros de la municipalidad son unos malvados, y que los quieren *linternar*: algunas intentan forzar los almacenes de armas. Hombres armados de picas, de hachas, de martillos y clavas se reunen á ellas, rompen las puertas y hacen la conquista de dos cañones, de ochocientos fusiles y de una multitud de diversas armas.

Otras mugeres escoltadas de se-

mejantes malhechores penetran en los depósitos de balanzas, pesos y marcos, y se llevan un talego de dinero. Un tercer destacamento escala la torre del relox: allí encuentran á un eclesiástico miembro del ayuntamiento llamado Lefébvre, que estaba escondido: le echan una cuerda al cuello y lo cuelgan de una puerta, en donde hubiera perecido si una muger ménos inhumana que sus compañeras no hubiera cortado la cuerda quando aquellas se alejaron.

Despues de estas diversas expediciones las mugeres gritaron que querian arruinar y reducir á pavesas la municipalidad, y presentarse en Versalles á pedir pan al rey, y hacer que les diese cuenta la asamblea nacional de todo lo que habia decretado hasta aquel dia. Un tal Maillard, ugier, y uno de los asesinos por Orléans, se presenta entónces, y dice á d'Ermigny, ayudante mayor general, que si quiere, él conducirá todas aquellas mugeres á Versalles. "Haced lo que

»gusteis, les dice d'Erminy, que yo »no quiero ser responsable de nada."

Apénas oye esta respuesta Maillard, baxa á la plaza de Grêve, se apodera de un tambor, toca llamada, y se pone á la cabeza de la turba mugeril. Las unas llevan caballos, las otras van sentadas sobre los cañones con la mecha encendida, y por quartel general se señalan los campos elíseos; la mayor parte se presenta en ellos, y el resto se distribuye por las calles para reclutar mas tropa de mugeres.

Este estraño exército se reunió al fin en los campos elíseos baxo las órdenes de Maillard. Habia cerca de ocho mil mugeres armadas, unas de palos de escoba, otras de vieldos, aquellas de lanzas, estas de fusiles, algunas de pistolas, y las demas de hoces. Maillard las arenga, y toman el camino de Versalles precedidas de muchos tambores, rodeadas de una tropa de hombres armados, y seguidas de las guardias nacionales, que llamaban los vo-

luntarios de la Bastilla, con Hullin su comandante al frente.

Desde que se empezaron estos movimientos, las trompetas no cesaban de de sonar y los tambores de tocar la generala. Un armero de la calle de Tiquetonne distribuía cartuchos, que decia habérselos encargado el duque de Orléans. A un muchacho que señalaba las puertas con greda, lo prenden y lo llevan al distrito de Saint-Magloire, y declara que vivia en las caballerizas de Orléans, que dormia con un jockey del príncipe, y que tanto la greda como el guante en que la tenia metida, lo habia recibido de los criados de S. A. El príncipe cubierto con un capote pardo, sin ninguna señal distintiva, y con un sombrero redondo metido hasta los ojos, iba y venia por todas partes donde creía necesaria su presencia ó su dinero. El marques de Foucault su cólega en la asamblea nacional, lo encontró al principio del tumulto solo y á pie cerca de la puerta de S. Honorato. "Uno y otro, dixo el marques

»de Foucault, nos sorprendimos del
»encuentro. Despues de habernos mira-
»do recíprocamente un momento, nos
»separamos, y habiendo dado ámbos
»algunos pasos nos volvimos á mirar,
»y continuamos nuestro camino."

A las once se le vió en el mismo trage, pero á caballo, entrando en el bosque de Boloña por la puerta de la Envoltura. Iba seguido de algunos jockeys, y acompañado de dos caballeros. Se paró cerca del ovelisco, y dió en aquel parage sus órdenes á los jockeys, los quales se fueron los unos por el camino de Neuilly y los otros por el de *la Muda*, y el príncipe tomó el camino de Boloña. Algun tiempo despues vuelve atrás, se adelanta en ademan de pensativo ácia el camino de París, se pára de repente, vuelve la rienda con precipitacion, y corre á galope por el camino que llaman de *la Revuelta*.

Una hora despues le vieron parado en el camino de Neuilly conversando con un carnicero en un tono

muy acalorado y familiar. En fin quando la revolucion llegó al punto deseado, Orléans y otros conjurados que como él habian pasado la noche del domingo en París, se volvieron á Versalles. Lechapelier vestido de negro, y pasando por el camino de la reyna, fué saludado por la tropa de Maillard, repitiendo por mucho tiempo: *viva Lechapelier*. En seguida le dieron una escolta que rodease su berlina y lo llevase en triunfo hasta las puertas de la asamblea nacional.

Mientras que las mugeres tomaban el camino de Versalles, toda la fuerza armada de París se reunia en la plaza de Grêve. Los exguardias francesas mandaron imperiosamente á la municipalidad que se reuniese sin dilacion, y obedeció. La Fayette entró en la junta de policía, y despachó correos á la asamblea nacional y á los ministros instruyéndolos de la situacion de la capital, y de los peligros que amenazaban á Versalles. Mientras que se ocupaba en estos despachos, en-

tran los granaderos, y uno de ellos le dice: "Mi general, somos diputa- „dos por las seis compañías de gra- „naderos: no os creemos un traidor, „pero sí que el gobierno nos vende: „ya es tiempo de que todo esto se aca- „be. Nosotros no podemos volver las „bayonetas contra las mugeres que „nos piden pan. La comision de sub- „sistencias malversa los caudales, ó „es incapaz de administrarlos: en „qualesquiera de los dos casos es me- „nester mudarla. El pueblo es des- „graciado, la causa del mal está en „Versalles, es menester ir á buscar „al rey y traerlo á París, exterminar „el regimiento de Flándes y á los guar- „dias de corps, que se han atrevido „á tirar al suelo y pisar la escarapela „nacional: *si el rey es demasiado dé- „bil para llevar su corona, que la ab- „dique. Nosotros coronarémos á su hi- „jo, ó nombrarémos un consejo de re- „gencia, y todo irá bien.*"

Sin duda habian enseñado la leccion á este hombre, porque no se

produce así un soldado. "¿Qué, les
„dixo la Fayette, teneis ánimo de ha-
„cer la guerra al rey y obligarle á
„que nos abandone? Mi general, res-
„pondió el granadero, lo sentiría-
„mos mucho por que lo amamos de
„veras. No nos dexará, y si nos de-
„xase tenemos al delfin. La Fayette
„insistió.... Mi general, replicó el
„granadero, nosotros daríamos por
„vos hasta la última gota de la san-
„gre; pero el pueblo es infelíz, el
„orígen del mal está en Versalles, es
„menester ir á buscar al rey y traer-
„le á París: todo el pueblo lo pide."

No pudiendo obtener nada, baxa á la plaza, quiere arengar á las compañías del centro, pero por todas partes le gritan: *á Versalles, á Versalles.* No sabiendo qué partido tomar despacha otro correo á la corte, y envia á suplicar á Bailly, que estaba escondido en la casa del corregimiento, que venga á encontrarlo á la municipalidad. Al llegar Bailly, y creyendo que su elocuencia tendria mejor suceso que la

de la Fayette, quiere tambien arengar á la multitud. No se lo permiten, le silvan, le besan y gritan: *pan*, *pan*: *á Versalles*, *á Versalles*. La Fayette no sabiendo qué hacerse, sube sobre su caballo blanco, se pone al frente del exército parisiense, y dice que espera que la municipalidad le prescriba lo que ha de hacer. "¿Qué es „eso de ayuntamiento? le gritan. ¿No „es el pueblo soberano á quien toca „mandar? Es menester que marche„mos, todos lo queremos."

La deliberacion de la municipalidad se prolongaba, y mientras que resolvia, cada minuto aumentaba la efervescencia: los arrabales de S. Antonio y de S. Marcelo parecia que vomitaban sobre la plaza de Grêve enxambres de hombres armados de picas, vieldos, mazas, garrotes, cuchillos, asadores, hachas y otras armas semejantes. Todos los cañones de los distritos se reunian con precipitacion. Los gritos de la muerte se mezclaban á los de *pan y á Versalles*: los lamen-

tos lúgubres con las amenazas mas sacrílegas, que hubieran atemorizado á las almas mas fuertes, poblaban el ayre. La Fayette muda cien veces de color; empieza á desconfiar de la salud del imperio y de su propia vida; dá un paso para adelantarse ácia la casa consistorial y los granaderos del centro le rodean, y le dicen: *¿Cómo qué? nuestro general, permaneceréis con nosotros, no nos abandonaréis.*

En fin sobre las cinco de la tarde remiten á la Fayette el resultado de la deliberacion del ayuntamiento, concebido en estos términos.= "Vis»tas las circunstancias y el deseo del »pueblo, y como tambien la repre»sentacion de M. la Fayette coman»dante general, en que dice ser impo»sible rehusarse, autorizamos á M. »el comandante general, y al mis»mo tiempo le mandamos que se »transfiera á Versalles."

Las historias antiguas están llenas de sediciones semejantes á las que refiero; pero se vé que en todas

estas ocasiones se halló un hombre cuyo talento produxo un incidente imprevisto, y que restableció el órden en el instante en que se creía todo sin remedio. Pero aquí la Fayette, Bailly y los trescientos miembros de la municipalidad no manifiestan en su conducta ni imaginacion ni habilidad, semejantes á aquellas mugeres tímidas que á la vista de un peligro pierden la fuerza para huir y se dexan llevar: hay pues mucha distancia de los héroes de esta revolucion á los de la antigüedad. Esto es lo que sucederá siempre á aquellos hombres novatos, que no teniendo una superioridad señalada de luces, y no estando revestidos de aquella fuerte autoridad que dá un gran nombre y una alta reputacion de valor, de inteligencia y de probidad, se entremeten á conducir á la multitud.

La Fayette despues de haber leido el escrito de la municipalidad, se puso pálido, miró alrededor de sí como con desconfianza, y dió tem-

blando la órden de marchar. Iba á la cabeza de toda esta tropa, y tenia mas bien el ayre de un criminal quando se lleva al suplicio, que la gravedad de un general.

Ochocientos hombres con corta diferencia armados de picas y fusiles tomaron la vanguardia. Tres compañías de granaderos y una de fusíleros arrastrando tres piezas de artillería iban en el centro; el resto del exército se componia de guardias nacionales y de una multitud de vagamundos, cuyo armamento y vestido anunciaban ser la escoria de los arrabales.

Ya es tiempo de ver lo que pasaba en Versalles. Aunque la municipalidad de París no habia cesado de despachar correos desde la madrugada para aquel sitio, la seguridad de los ministros no por eso se alteró. No dixeron nada al rey, y le dexaron ir á Meudon, en donde tenia una batida de caza. Reflexíonando sobre esta inaccion, es imposible

creer que entre estos ministros no los hubiese del partido de los conjurados, que abusaban de la confianza de sus cólegas. Los realistas han creido siempre que uno de estos cómplices era Necker, cuyos amigos y parientes seguian sin misterio el partido del primer príncipe de la sangre.

En la asamblea nacional los conjurados no perdian su tiempo. "Desde el principio de la sesion, dixo Lally, se nota una fermentacion, no solo en la asamblea, sino á su alrededor." Molestado el rey todos los dias para dar su sancion á los artículos del 4 de agosto envió una nueva respuesta al salir para Meudon, y con su lectura empezó la sesion, decia así: "Señores, nuevas leyes constitutivas no pueden juzgarse bien sino en el conjunto de ellas: todo depende de tan grande é importante trabajo. Sin embargo, yo hallo muy natural que un instante, en el qual invitamos á la nacion á venir al socorro del estado por un pacto

señalado de confianza y patriotismo, la asegurémos sobre el objeto principal de su interes.

„Así que en la confianza de que los primeros artículos constitucionales que me habeis hecho presentar, unidos á la continuacion de vuestro trabajo, llenarán el voto de mis pueblos, y asegurarán la felicidad y la prosperidad del estado, concedo segun vuestro deseo mi asenso á estos artículos; pero con la condicion positiva, y de la que no me desprenderé nunca, que por el resultado general de vuestras deliberaciones el poder executivo tenga su pleno exercicio en las manos del monarca. Una continuacion de hechos y de observaciones que os serán presentadas, os hará conocer que en el órden actual de cosas yo no puedo proteger eficazmente ni el recobro de las imposiciones legales, ni la libre circulacion de las subsistencias, ni la seguridad individual de los ciudadanos. Quiero sin embargo llenar estos de-

beres esenciales de la dignidad real, la felicidad de mis vasallos, la tranquilidad pública y la conservacion del órden social de que dependen. Pido pues que de comun acuerdo quitemos todos los obstáculos que podrian contrariar un fin tan deseado y necesario.

»Seguramente habreis pensado que las instituciones y las fórmulas judiciarias actuales no pueden experimentar mudanza sino en el momento, en el qual un nuevo órden de cosas se haya substituido; así que yo no tengo necesidad de haceros observacion ninguna respecto á esto.

»Me faltaba manifestaros con franqueza que si doy mi asenso á los diversos artículos constitucionales que me habeis remitido, aunque todos no presentan indistintamente mas que la idéa de la perfeccion, creo es laudable en mí no diferirme á probarlos prestándome al voto presente de los diputados de la nacion, y á las circunstancias que nos invitan imperio-

samente á pasar por cima de todo, á fin de conoretar el pronto restablecimiento de la paz, del órden, y de la confianza.

„No me explico mas sobre vuestra declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano. Contiene muy buenas máxîmas, propias á guiar vuestros trabajos; pero unos principios subsceptibles de aplicaciones y de interpretaciones diferentes no pueden apreciarse bastante, y no tienen necesidad de serlo hasta el momento en el que su verdadero sentido se fixe por las leyes, á las quales debe servir de base."

Despues de esta lectura se levantó un gran murmullo entre los orleanistas. "Esa accesion es una negativa, gritaron: ¿qué nos quiere el poder executivo? ¿le toca criticar nuestras obras? que haga sus observaciones, pero que se las guarde para sí. Si nuestra constitucion es imperfecta, ¿acaso no es porque él no ha cesado de poner obstáculos? Los ministros ha-

blan de unir sus trabajos á los nuestros, y no hacen mas que tendernos nuevas redes."

El conocimiento que tenian de las fuerzas que iban á llegar, hizo subir por grados el delirio al mas alto punto. "Señores, dixo uno de los diputados del lado izquierdo, el rey ha hecho un reglamento para la execucion de uno de nuestros anteriores decretos, y me admiro mucho de encontrar este reglamento quando estamos nosotros aquí en Versalles. ¿Qué poder hay sobre el nuestro? dixo otro: — ¿no somos, dixo el tercero, sobre el poder executivo? — añadid, dixo el quarto, y tambien sobre el poder legislativo porque somos el poder constituyente."

El tumulto no hacía mas que aumentarse. La discusion, como lo expuso Mirabeau en su *correo de Provenza*, se enardeció; y de repente se levanta Petion y dice: "que él denuncia á la asamblea la fiesta militar dada por los guardias de corps al regimiento de Flándes." Esta fué la pri-

mera vez que se habló en la asamblea nacional de este convite, y el momento en que se hizo es digno de notarse. Petion no habló del cuento de la escarapela nacional pisada: se quejó solamente del objeto de esta comida, de que la familia real se hubiese encontrado en ella, y por último de las árias que se habian cantado.

Habiendo acabado de hablar Petion se levantó el abad Gregoire (1), y dixo, que apoyaba la denuncia del preopinante. "Y yo tambien, gritó el marques de Monspay, pido que M. Petion redacte por escrito firme, y de-

(1) Este cura es el con motivo de la persecucion que los jacobinos excitaron contra el clero, fué elevado á la dignidad de obispo de Blois en lugar de su verdadero prelado M. Themines, que para evitar el furor del intruso, se embarcó para España, el que dirigió á Godoy una carta contra la Inquisicion. En el reynado de usurpacion que exerce Buonaparte le sirve de limosnero mayor, con cuyo cargo todos los que fueron á cumplimentar al tirano á Chamartin en 4 de diciembre de 1808, le vieron.

ponga en la secretaría la denuncia que acaba de hacer." Petion calla; pero Mirabeau que en estos momentos de borrasca tenia una petulancia extraordinaria, se vuelve ácia el marques de Monspay, y le dice. "Yo estoy pronto »á dar todos los detalles y á firmar»los; pero ahora pido que la asam»blea declare, que la persona del rey »es solamente inviolable, y que los »demas individuos del estado quales»quiera que sean, están sujetos á la »responsabilidad ante la ley."

El sentido de estas palabras no era equívoco, cada uno comprendió que esta amenaza se dirigia á la reyna. Los realistas se horrorizaron, los orleanistas prorrumpieron en imprecaciones, las cabezas se acaloraron, y los gritos de *sangre* se hicieron oir. Sillery, Mirabeau, Alexandro, Cárlos Lameth, Petion, y Gregoire, exclamaron con una voz espantosa: *Las naciones necesitan de víctimas.* Los orleanistas que se hallaban en las galerías, tomaron parte en esta embria-

guéz y sed de sangre. En la tribuna de los suplentes, Puget-Barbantane diputado de París se levantó de su asiento, y gritó en alta voz: *Se vé que estos señores quieren aún linternas, pues bien, las tendrán.* La muger de Cárlos Lameth que estaba á su lado, habiéndole hablado al oído, repitió con una voz furibunda. *Bien veis, señora, que estos señores piden aún las linternas.— Es vituperable*, exclamaron los marqueses de Raigecourt y de Beauharnois que estaban allí, *que aquí se pronuncien tales despropósitos.* Los duques de Chârtres y de Montpensier hijos del duque Orléans estaban tambien en la tribuna. El primero despues de la exclamacion de los marqueses de Raigecourt y de Beauharnois, les dixo palmoteando: *Si señores, sí, aún son menester las linternas.* Estas atroces palabras prueban que el hijo era digno del padre.

Sin embargo la asamblea no dió ningun curso á la denuncia de Petion, limitándose á decretar una

nueva diputacion al rey que exîgiese su accesion pura y simple á los acuerdos del 4 de agosto. Entre las once y las doce de la mañana Mirabeau fué á decir al oido de Mounier que presidia: *Mounier, quarenta mil hombres acaban de llegar de París, levantad la sesion.* Con efecto el exército de las mugeres que precedia con mucho al de la Fayette se acercaba: se habia dividido en dos trozos en el puente de Séve; el uno debia llegar por el camino de Saint Cloud, y el otro por el de París. Entre la una y las dos de la tarde el duque de Orléans salió precipitadamente de la asamblea; entónces estaba condecorado con el cordon azul: subió á caballo y tomó el camino de París seguido de tres caballeros. Al mismo tiempo dos jockeys entraron en la tribuna de los suplentes, y dixeron algunas palabras á los duques de Chârtres y de Montpensier que salieron al instante.

Ya se veían á las puertas de la asamblea y en la verja del pala-

cio pelotones de mugeres que se habian destacado del exército; estaban mezcladas con los hombres, vestidas y armadas de un modo espantoso. Entónces fué quando el marques de Saint-Priest escribió al rey informándole del movimiento que se manifestaba. Envió esta carta al conde de Larboust, caballerizo mayor, para que la entregase al rey. El marques de Cubiéres que en este momento se hallaba en casa de Larboust, se apodera de la carta, monta á caballo y la lleva él mismo.

En aquel tiempo muchas personas venidas de París, entre las quales algunos se sospechaban adictas á Orléans, postradas á los pies del rey le daban cuenta de lo que habian visto y oido, y le suplicaban que por la fuga pusiese su vida en seguridad. El rey las levanta, toma la carta que llegó en aquel instante, y despues de haberla leido dice á todas aquellas personas: "Señores, M. de Saint Priest "me escribe que ha habido movi-

„miento en los mercados, y que las „mugeres de París vienen á pedirme „pan: Ay de mí! añadió llenándo-„sele los ojos de lágrimas; ¿si yo lo „tuviera, hubiera esperado á que vi-„niesen á pedírmelo? Vamos á ha-„blarlas."

Es digno de notarse que no hablando el conde de Saint-Priest mas que de las mugeres, y nada del exército que traía la Fayette, no es extraño que no se atemorizase mucho Luis XVI. Este príncipe al acabar estas pocas palabras, corrió á galope hasta Versalles acompañado del duque d'Ayen capitan de guardias, de los condes de Ginestous, y de Quilmont oficiales de guardias, del marques de Cubiéres, y del caballero Goursac sus escuderos.

Mientas que el rey llegaba, en Versalles tocaban la generala y á montar todos los guardias de corps; unos que iban á ponerse á comer, y los otros que lo estaban ya, corren á su puesto sin detenerse á ponerse las

botas. Quatro destacamentos van por diferentes caminos al encuentro del rey que sabian estar sin escolta; pero al tiempo de salir, llegó este príncipe. Apénas echó pie á tierra, quando el conde de Luxêmbourg le preguntó si tenia que dar algunas órdenes á sus guardias. El rey le respondió riéndose: *Qué! para las mugeres? Os burlais de mí M. de Luxêmbourg.*— "¿Y para vuestros equipages? le pre„guntó el caballero Goursac.— No „los necesito, le respondió el rey."

Al mismo tiempo se cerraron las puertas, la real de la Boveda y la de los Príncipes. Situaron en cada una seis guardias, un brigadier y un quartel-maestre. El regimiento de Flándes, los cazadores de los tres obispados, las guardias de *Monsieur*, la del conde d'Artois, y las compañías de los guardias de corps se situaron en formacion de batalla en la plaza de armas. Várias compañías de la guardia nacional de Versalles viniéron á reunirse á estos diversos cuerpos, pero

no faltaban traidores en estas tropas.

La llegada del rey consternó igualmente á los realistas y orleanistas. Unos y otros se habian prometido que se fugaría; los primeros veían en este partido la salud del estado, los otros la elevacion de Orléans a la regencia, ó quizá mas alto. Estos últimos se obstinaron en el asesinato de la familia real si el rey no se ausentaba.

Apénas se acabaron los preparativos que se hacian para la seguridad del palacio, quando se vió llegar el grueso del exército de mugeres. Las que vinieron por el camino de París se detuvieron delante de la asamblea nacional, y las que habian venido por el de Saint-Cloud se dirigieron á la plaza de armas.

Las primeras, que tenian por su gefe á Maillard pidieron á gritos desaforados que se las dejase introducir en la asamblea, y manifestaron deseos de forzar la guardia. Mounier, que iba á levantar la sesion en este momento, tuvo órden de la mayoría de que la

prolongase y dejase entrar aquellas mugeres: Maillard tomando la palabra habló así: "Esta mañana no se ha encontrado pan en las tahonas: en un momento de desesperacion he oido tocar la trompeta, me han cogido, han querido colgarme, y debo la vida á las ilustres damas que me acompañan. Hemos venido á Versalles para pedir pan, y al mismo tiempo para hacer castigar á los guardias de corps que han insultado la escarapela patriótica. Nosotros somos buenos patriotas. Hemos arrancado quantas escarapelas negras se nos han presentado delante de los ojos, tanto en París como en el camino."

Acabadas estas palabras, el orador saca del bolsillo una escarapela negra, la rasga, la tira al suelo y la patea. Alzando entónces la voz, y haciendo un gesto amenazador dixo: *Nosotros obligarémos á todo el mundo á tomar la escarapela patriótica.* Esta amenaza excitó un murmullo que se oyó del lado de los realistas. "¿Qué

quiere decir todo eso, exclamó con insolencia Maillard? ¿Acaso no somos todos hermanos? — Sí, le respondió Mounier, todos los hombres somos hermanos; no es eso lo que niegan. El murmullo que oís proviene de que habeis amenazado de obligar á tomar la escarapela, y no teneis derecho de forzar á nadie."

„Los aristócratas, continuó Maillard, quieren hacernos morir de hambre. Hoy han enviado un billete de doscientas libras á un molinero, invitándole á que no muela, y ofreciéndole igual suma todas las semanas. — "*Nombradle*, *nombradle*, le gritaron los realistas." Maillard titubeó, y despues de algun tiempo respondió con embarazo: *Dicen que es M. el arzobispo de París*.. — Callad, impostor, le replicaron los realistas: *M. el arzobispo de Paris es incapaz de esa atrocidad.*"

Obligado Maillard á callar, todas las mugeres hablaron á un tiempo, y en medio del estrépito cla-

moroso que hacian no fué posible distinguir otra cosa que *pan*, *pan*: se convinieron en que Mounier acompañado de otros seis se avistase con el rey para darle parte de la peticion de estas mugeres, y pedirle su accesion pura y simple de los acuerdos del 4 de agosto. Estos diputados se adelantaron ácia el palacio, teniendo cada uno de ellos á su derecha é izquierda una muger que lo llevaba por debaxo del brazo.

Habiendo llegado la tropa de mugeres que venia por el camino de Saint Cloud á la plaza de armas, se admiraron de la moderacion de los guardias de corps, empezaron á insultarlos, y de las injurias vinieron á las amenazas. El rey les habia dado órden de no hacer fuego, y de comportarse con dulzura, y en efecto apuraron toda su paciencia; mas su sufrimiento enardeció á los foragidos. Como todos los guardias de corps no habian podido ser advertidos á un mismo tiempo, los que ve-

nian á reunirse á sus esquadrones son atacados: una pica arrojada contra uno de ellos cae entre las piernas de su caballo y lo derriba al suelo: corren para favorecerlo; y Desroches, capitan de la guardia nacional de Versalles, lo saca del peligro, se apodera del agresor, é intenta llevarlo á la cárcel; mas se lo arrebatan de las manos.

Hombres y mugeres se acercaban quanto podian á los caballos procurando espantarlos, y quando desordenaban el esquadron, intentaban mezclarse en medio. Un guardia nacional de París viendo un espacio entre los caballos del frente del esquadron, se metió en él seguido de diez mugeres con sable en mano: *prended á ese hombre*, gritó el marques de Savonniéres teniente de guardias de corps. Pero el guardia nacional habia espantado los caballos de tal modo, y producido tan gran desórden, que no le pudieron impedir el paso. Savonniéres corrió detrás de él, seguido

del Vizconde d'Agoult segundo ayudante mayor de los guardias, y de Mondollot quartel maestre; le alcanzaron, y le dieron dos golpes con el sable plano en las espaldas. Él se tiró, á una barraca que habia cerca del patio de los ministros, y los guardias le dexaron y se volvieron al flanco de su esquadron. Les tiraron tres tiros por la espalda, los dos pasaron muy cerca de ellos, y con el otro rompieron un brazo á Savonniéres. Fué acogido por sus compañeros en las filas, que temblaban de cólera y furor. "Camaradas, les dixo este des-„graciado, por Dios, no olvideis que „la menor imprudencia compromete „los dias del rey. No penseis en mí „si no en el rey y en la familia real. „Ojalá que puedan salvarse del pe-„ligro que les amenaza." Murió de resultas de la herida dexando en la mayor desólacion á su muger y á sus hijos.

Los guardias de corps que iban de descubierta á las entradas, los

que apoyaban un piquete de cazadores situados en lo interior de la sala de la asamblea, y los que habian sido enviados á encontrarse con el rey, fueron asaltados por una lluvia de piedras y de balazos.

En lo fuerte de estas terribles escenas es quando Mounier y sus seis condiputados con las mugeres que los llevaban agarrados por debaxo del brazo se adelantaron ácia el palacio. Caía tan gran golpe de agua, que todos estaban mojados y caminaban por entre el lodo, quando unos hombres cubiertos de pingajos, haciendo gestos amenazadores, de un mirar feroz, y llevando por armas picas viejas, hachas y garrotes herrados con algunas hojas de espada y de cuchillo, se presentan alrededor de los diputados y pretenden escoltarlos. Algunos guardias toman el numeroso y extraño cortejo por un tropel, entran por varias partes, y los dispersan arrojando á muchos en el cieno. Los diputados consiguen reunirse, se presen-

tan en el rastrillo, son reconocidos é introducidos con las doce mugeres que los acompañaban. El rey habla á aquellas mugeres con tal bondad y sensibilidad, que se arrojan á sus pies y le suplican las permita besar su mano, la riegan con sus lágrimas, y en seguida se retiran. Apénas habian llegado al patio, quando gritan con toda su fuerza: *viva el rey, viva nuestro buen rey, mañana tendrémos pan.* — *Estas son unas bribonas*, gritaba el populacho, *han recibido dinero; si no traen un escrito del rey es menester ahorcarlas.* La una de ellas es cogida por el brazo y arrastrada; reclama el socorro de los guardias de corps: Luillier, quartelmaestre, hace que la suelten y la entra en el patio real. Sus compañeras y ella piden que las dexen volverse á presentar al rey; se les concede, las dá aquél un escrito que presentan al pueblo, y pintan con tal ingenuidad todas las señales de bondad que las ha manifestado el mo-

narca, que los corazones parecen mudarse, y por todas partes se oye gritar *viva el rey*. Los guardias de corps envaynan los sables, resuena el ayre con gritos de alegría, y parece haberse restablecido la paz.

Pero la calma no duró mucho. Al mismo tiempo que los guardias reciben la órden de retirarse á su quartel y se replegan, y que la compañía de Noailles forma la retaguardia, se repiten los alaridos y las injurias, y hacen al fin una descarga de quarenta fusiles contra el esquadron. Por fortuna la mala direccion de la puntería salvó la tropa sin mas desgracia que dos heridos. Esta descarga se hizo por las guardias nacionales de Versalles teniendo á su frente á los mismos oficiales, á quienes los guardias de corps habian convidado á comer tres dias ántes. Acabada la descarga, algunos guardias de corps, engañados sin duda por las apariencias pacíficas que acababan de presenciar, gritaron: *Camaradas no temais, esto no es nada, esta descarga*

no es mas que una señal de alegría.

Esta opinion fué funesta á los de la compañía escocesa. Habiendo dexado en las quadras sus caballos, y atravesando pacíficamente la carretera para ir desde Chenil al Gran-maestre, fueron atacados y tiroteados; pero la mala puntería de los asesinos salvó tambien en este reencuentro al todo de la compañía.

A cada instante la situacion de los guardias era mas crítica y peligrosa. Sus amigos vienen á decirles, que no son los facinerosos solos los que han jurado su pérdida, sino tambien la guardia nacional de Versalles. Un capitan de esta guardia, que lo habia sido de corps anteriormente, entra apresurado en las salas de palacio, y dice á aquellos de sus antiguos camaradas que se hallaban allí: "Señores, vengo de los quarteles de la guardia nacional; no son hombres, sino bestias feroces los que hay en ellos; su encono contra vosotros está en su colmo; por Dios que no salgais; el primero que haga esta

imprudencia será asesinado, todos los hombres de bien y casi todos los oficiales se han retirado; yo he querido defender vuestro partido, y habiéndose convenido en llevarme á la linterna, me ha costado un trabajo ímprobo poderme salvar."

"Señores, dixo otro oficial de la misma guardia al conde d'Alvignac, yo me comprometo, porque en la posicion en que estoy, un hombre de honor cuenta por nada su vida: os prevengo que la guardia nacional de Versalles está decidida á hacer fuego sobre los guardias de corps; mi compañía que consta de cien hombres tiene este horrible deseo, y estoy muy cierto de que lo executara. Yo no puedo contar mas que con cinco ó seis hombres de bien, y conmigo mismo, que estoy resuelto á hacer saltar la tapa de los sesos á algunos de los malvados que os tiren."

A pesar de estos avisos los guardias que estaban en las salas del palacio resolvieron presentarse delante de la guardia nacional, ofrecerla su amis-

tad, y exîgir cortesmente la suya. El conde de Luxêmbourg, vários oficiales superiores, y algunos quarteles-maestres y brigadieres se opusieron al frente de la diputacion. El conde d'Estaing les sale al encuentro y les pregunta: "¿A dónde vais? si salís, todos vais á "ser asesinados; es imposible hacer es-"cuchar la razon á estos desalmados; "vuestros camaradas acaban de ser ti-"roteados; yo mismo he sido insulta-"do, amenazado, y me ha costado "mucho trabajo substraerme de su "furor."

En estas circunstancias el sitio y el palacio estaban en una agitacion y en una ansiedad imposibles de pintar. Las mugeres corrian en todas direcciones derramando un torrente de lágrimas, y suplicando á todos los que encontraban que no abandonasen á la familia real. Los ministros del rey, los unos consternados y los otros tranquilos como en un dia de fiesta, no decidian nada, ni daban ningun consejo al monarca. Sus amigos le suplicaban que

salvase al ménos á la reyna y al delfin, si no queria poner su vida en seguridad. Los oficiales superiores iban y venian, y daban órdenes que un instante despues revocaban. Mounier, cuyo teson admirará á la posteridad, se mantenia al lado del rey con sus seis diputados importunándole á cada instante para obtener su accesion pura y simple sobre los acuerdos del 4 de agosto, protextando ó quiza creyendo de buena fé, que la denegacion de aquella era la única causa de estos desórdenes. En fin el rey cedió á su importunidad, y dixo á Mounier: *doy mi aceptacion pura y simple.— Señor,* repuso friamente Mounier, *esto no es bastante, suplico á V. M. que me la dé por escrito.* ¿Por qué no le pidió tambien su corona? En el espantoso abismo en que el monarca se hallaba sumido, esta peticion no hubiera sido tan indecente como la otra. El rey escribió estas palabras: *Yo acepto pura y simplemente los artículos de la constitucion, y la declaracion de los derechos*

del hombre y del ciudadano que la asamblea nacional me ha presentado.

Mounier toma el papel de las manos del monarca y se retira, como si hubiera ganado una victoria señalada. Llega á las puertas de la asamblea, y presenta su papel á los primeros diputados que encuentra. En este número estaba el conde de Lally por quien se sabe esta anédocta. *Sí*, les dixo un desconocido que se hallaba allí, *sois como los usurpadores que se aprovechan de las turbulencias para hacer aprobar sus leyes á favor del terror;* no hago mas que repetir palabra por palabra lo que dice Rousseau, uno de vuestros maestros, en su Contrato social: *el momento que se elige para hacer aprobar una institucion, lleva en sí el carácter mas seguro, por el que se distingue la obra del legislador de la del tirano.*

El peligro que corria la familia real se aumentaba cada vez mas; los de su servidumbre sin decirle nada, y creyendo que podrian determinarlo á

evadirse, corren á las caballerizas, hacen preparar los coches, y prueban á salir por las verjas de los Naranjos y del Dragon; mas ya no era tiempo: la guardia nacional de Versalles que las custodiaba, detuvo los coches que se volvieron á las caballerizas. Esta guardia no estaba impuesta en el secreto de Orléans, cuyos confidentes no se hubieran opuesto á la fuga del rey.

Toda la solicitud del monarca era la de la salud de sus guardias. Para que no diesen recelos á la guardia nacional, el rey les envió la órden de formarse en batalla en el patio de los Ministros. Por este medio se hallaban separados de sus enemigos, y el palacio no quedaba ménos guardado. La dificultad estaba en situarse en aquel punto. Los del interior del palacio montaron á caballo, y fueron á él por las calles de los Naranjos y de la Superintendencia; pero los otros estaban metidos en las caballerizas, ó dispersos en la ciudad. Flomont que los mandaba no pudo juntar mas que un nú-

mero muy pequeño que se reunió con sus camar das en el patio de los ministros. Los que intentaron salir de las caballerizas fueron tiroteados y maltratados. Uno de ellos llamado Gueroult de Verville fué herido en la verja real de un garrotazo que le descargaron sobre la cabeza, y le hizo caer al suelo. Su hermano que estaba allí de centinela lo libertó de las manos de los asesinos, y lo hizo llevar á las salas en donde fué sangrado inmediatamente. El caballero Moucheron su camarada habiendo probado inútilmente penetrar al palacio, quiso volverse al alojamiento que tenia en la ciudad. Lòs facinerosos lo golpearon y tiraron al suelo, le rasgaron los vestidos, le robaron el relox y el dinero, lo arrastraron por los cabellos, por los brazos y los pies de un modo que el pudor no permite .describir, y no lo abandonaron hasta que lo creyeron muerto.

Los guardias de corps aún se encontraron muy inmediatos de la

guardia nacional en el patio de los Ministros, y se les dió la órden de situarse en el terrazo enfrente del quarto de la reyna. Desfilaron uno á uno por la revuelta de los Príncipes, y se formaron en batalla en el sitio que se les habia indicado. A poco tiempo conocieron que el puesto no se podia sostener. Los foragidos situaron un cañon contra ellos. Al marques de Vilaines, que mandaba en ausencia del duque de Guiches, no le ocurrió otra cosa mejor que situarlos en el parage llamado la Alfombra Verde, y formarlos en columna. Tomó la precaucion de dexar en el terrazo algunos centinelas para evitar una sorpresa.

Tal era el estado de cosas en Versalles, quando se descubrieron los hombres armados que formaban la vanguardia del exército de la Fayette. Al mismo tiempo se vieron los jockeys del duque de Orléans ir y venir del palacio de Vergennes en donde estaba alojado, é introdu-

cirse yá en el palacio, yá en los diferentes quarteles, no haciendo toda la noche otra cosa.

El príncipe pasó antes de la llegada de este exército por la acera derecha de la salida del palacio. Su vestido era de color gris sin ninguna insignia distintiva, y rodeado de una multitud de gentes armadas de picas, lanzas, pistolas y garrotes, que gritaban: "Querémos la cabeza de la reyna, que el borracho no sea mas tiempo rey, y que lo sea el duque de Orléans." Las mugeres que habian llegado de París decian por otra parte en su lenguage grosero: "Nosotras hemos venido á pedir pan al tahonero y á la tahonera; si no nos lo dan, agujerearémos el palacio y pondrémos á Monseñor el duque de Orléans sobre el trono: éste sí que nos dará pan." Todos los criados y lacayos del príncipe eran acariciados, festejados y aplaudidos... Uno de sus ayudas de cámara se introduxo hasta en el quarto de la reyna,

en donde tomaron la precaucion de decirse al oido: "hablémos baxo, ved ahí un criado del duque de Orléans que nos escucha." Quando aquel hubo salido, otro tambien al servicio de este príncipe ocupó su puesto.

Algunos diputados adheridos á Orléans permanecieron en el camino mientras pasaba el exército de la Fayette, entre otros el abad Syeyes. Habiendo dicho á éste un sugeto: "Ved aquí ya un movimiento.— Eso „es verdad, respondió aquel, pero „lo que me admira es, que creo „que esto vá en sentido inverso que „no comprendo." El duque de Biron, amigo íntimo de Orléans desde su infancia, fué tambien uno de los que se vieron aquella tarde seguir, y dirigió los movimientos del pueblo con una diligencia extraordinaria.

Habiendo llegado la Fayette con su exército al frente del edificio donde la asamblea nacional tenia sus sesiones, le hizo hacer alto, y le exîgió el juramento de ser fiel á la

nacion, á la ley, y al rey. En seguida entró con un exterior de satisfaccion en la asamblea manifestando que no preveía nada de lo que iba á suceder. "Tranquilizaos, dixo dirigiendo la palabra á Mounier, sobre las resultas de este acontecimiento. Acabo de hacer jurar á mis tropas que permanecerán fieles al rey." Luego que se retiró se acercó uno á Mounier, y le dixo: "No os fieis; este es un ardid nuevo de los facciosos: nunca se ha repartido tanto dinero en el público, y la carestía de pan y la comida de los guardias no son mas que dos motivos especiosos."

Desde la asamblea, y á las once de la noche, la Fayette seguido de sus ayudantes fué al quarto del rey, y conversó con él por espacio de media hora: al salir dirigió estas palabras á las personas que le rodearon en la pieza llamada el Ojo de buey: *Le he hecho hacer sacrificios para salvarlo*; y en seguida tomó y apretó las manos á varios guardias de corps,

diciéndoles: "Señores, todo está ar-
"reglado; el rey permite que los ex-
"guardias francesas vuelvan á tomar
"sus puestos; y la voluntad de S. M.
"es de que enarbolen mañana sus
"guardias la escarapela nacional."

Con efecto poco despues se oyeron los tambores de los ex-guardias francesas, los quales se formaron en batalla en el patio de los ministros, y se apoderararon de todos los puestos. Tambien exîgieron que abriesen la verja del patio de los príncipes para facilitar, segun decian, la comunicacion con los jardines, amenazando romperla si no la franqueaban. El conde de Luxêmbourg dió órden de abrirla. No podia idearse una maniobra peor, ni mas funesta para aquellos á quienes querian salvar.

No fué esta la única falta que cometió la Fayette en aquella noche. Nunca se ha visto tanta presuncion y tanta ineptitud reunidas. Al dexar al rey le aseguró, que mediante la gracia acordada á los ex-guardias

francesas de volver á ocupar sus puestos, y la órden dada á los guardias de corps de ponerse la escarapela nacional, todo iba á tranquilizarse. Añadió que convenia, para convencer al exército llegado de París que no se desconfiaba de él, hacer retirar todas las personas que habian acudido al socorro de la familia real, y decirlas que se acostasen sin recelo. La Fayette quiso que le prometiese el rey hacerlo por su parte, protestando por todos los juramentos que podian convencerle que habia tomado medidas infalibles de seguridad, y que no se notaria la mas ligera agitacion.

El rey, bien sea que se convenciese, ó que temiese manifestar la menor desconfianza que pudiera enardecer los ánimos mas de lo que lo estaban, prometió que se acostaria; y antes de hacerlo despidió á todas las gentes que se habian reunido en su quarto. Un número considerable de diputados que habian sido llama-

dos llegaron cerca del rey quando la Fayette lo dexaba. Luis XVI les habló así : "Habia deseado estar rodeado de representantes nacionales en las circunstancias en que me encuentro, y os habia enviado á decir que queria recibir delante de vosotros al marques de la Fayette, á fin de aprovecharme de vuestros consejos: pero ha llegado antes, y no tengo que deciros mas, sino que nunca he tenido intencion de marcharme ni de apartarme de la asamblea nacional." Las personas reunidas en la sala del Ojo de buey recibieron igualmente la órden de retirarse. Los guardias de corps, que se hallaban allí, no creyeron que esta órden se entendia con ellos y permanecieron: pero á las dos de la madrugada los oficiales superiores vinieron á mandarles que se retirasen de la pieza, y obedecieron.

Desde el palacio la Fayette volvió á la asamblea. Mounier refirió despues que le dixo aquél: "Yo me

empeño en que levanteis la sesion; es inútil prolongarla mas ; yo respondo de todo ; he situado las guardias de modo que el buen órden se mantendrá ; la milicia tiene las mejores intenciones, y yo mismo estoy tan cierto de la tranquilidad general, que me retiro á dormir."

Mounier creyó todo esto con una ligereza, que no dexa de ser uno de los fenómenos mas notables de esta noche. Levantó la sesion, que era lo que los conjurados miembros de la asamblea deseaban ardientemente, y cada uno de ellos corrió á su puesto. Si la sesion no se hubiera levantado, es muy posible que el temor de que su ausencia no los hiciese sospechosos en estos momentos peligrosos, los hubiera mantenido en la sala de la asamblea.

Los artículos á los que Luis XVI dió su aceptacion pura y simple en medio de estas terribles circunstancias, eran una ampliacion de los que redactaron los miembros de la asam-

blea nacional el 4 de agosto. Estos artículos sirvieron principalmente de base á la constitucion segunda que presentó al pueblo frances la convencion nacional, é hizo parte de la primera, que llamaron constitucion de los años de 1789, 1790 y 1791; y baxo este doble uso que se hizo de ellos son dignos de notarse. Decian pues los que presentaron á la sancion del rey lo siguiente:

El pueblo frances reunido en asamblea nacional constituyente, convencido de que el olvido y desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de la desdicha del mundo, ha resuelto exponer en una declaracion solemne estos derechos separados é innegables; para que todos los ciudadanos pudiendo comparar contínuamente los actos del gobierno con el fin de toda institucion social, no se dexen jamas oprimir ni envilecer por la tiranía, y el pueblo tenga siempre delante de sus ojos las bases de su libertad y de su dicha; el

magistrado la regla de sus obligaciones; y el legislador el objeto de su ministerio: en su consecuencia proclama en presencia del supremo Sér la declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano.

El fin de la sociedad es la felicidad comun; el gobierno está establecido para asegurar al hombre en el goze de sus derechos naturales. = Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, y la propiedad. = Todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley. = La ley es la expresion libre y general; es la misma para todos, bien proteja ó bien castigue; no puede ordenar sino lo que es justo y útil á la sociedad, ni prohibir sino lo que la es perjudicial. = Todos los ciudadanos son igualmente admisibles á los empleos públicos; los pueblos libres no conocen otros motivos de preferencia que las virtudes y el talento. = La libertad es el poder que pertenece al hombre de hacer todo lo que no daña á los derechos de otro; tiene por prin-

cipio la naturaleza, por regla la justicia, y por salvaguardia la ley; su límite moral se compreende en esta máxîma: *No hagas á otro lo que no quieres te hagan.* = El derecho de manifestar sus pensamientos y opiniones, bien sea por la prensa ó qualquier otro medio, el derecho de juntarse pácificamente, *y el libre exercicio de los cultos no puede ser prohibido.* = La seguridad consiste en la proteccion concedida por la sociedad á cada uno de sus miembros para la conservacion de su persona, de sus derechos, y de sus propiedades. = La ley debe proteger la libertad pública é individual contra la opresion de los que gobiernan. = Ninguno debe ser acusado, preso, ni detenido sino en los casos determinados por la ley, y segun las formalidades que ella ha establecido: todo ciudadano llamado, ó cogido por la autoridad de la ley, debe obedecer al instante; y se hace culpable por su resistencia. = Todo acto exercido contra un hombre fuera del caso, y sin las

formalidades que la ley prescribe, es arbitrario y tiránico; aquel contra quien se intentáre executar por la violencia tiene derecho de repelerle por la fuerza.=Los que solicitasen, expidiesen, executasen, ó hiciesen executar actos arbitrarios, son culpables y deben ser castigados.=Presumiéndose á todo hombre inocente mientras no sea declarado criminal, su prision y todo rigor que se emplee para asegurar su persona, debe ser severamente reprimido por la ley.=Ninguno debe ser juzgado y castigado sino despues de haber sido oído, ó legalmente llamado, y en virtud de una ley promulgada anteriormente al delito: la ley que castigase delito ántes de su exîstencia sería tiránica, y el efecto rotroactivo dado á la ley un crímen.=La ley no debe establecer sino penas estrechas y evidentemente necesarias; las penas deben ser proporcionadas al delito, y útiles á la sociedad.=El derecho de propiedad es aquel por el que pertenece á todo ciu-

dadano el goce, la libre disposicion de sus bienes y rentas, y del de su trabajo y de su industria. = Ningun género de trabajo, de cultura, ni de comercio puede ser prohibido á la industria de los ciudadanos. = Todo hombre puede empeñar sus servicios y su tiempo, pero no puede venderse ni ser vendido; su persona no es una propiedad enagenable: la ley no reconoce domesticidad ni puede exîstir sino un empeño mútuo y de reconocimiento entre el hombre que trabaja, y el que le emplea. = Los sufragios sobre las leyes se comunican por el sí, ó por el no. = La constitucion sale por garante á todos los franceses de la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad, la deuda pública, el libre exercicio de los cultos, una instruccion comun de los socorros públicos, la libertad ilimitada de la prensa, el derecho de peticion, el derecho de reunirse en sociedades populares, y el goce de los derechos del hombre. = La monarquía francesa honra la

fidelidad, el valor, la vejéz, la piedad filial, y el infortunio: deposita su constitucion baxo la salvaguardia de todas las virtudes.

Son ciudadanos franceses los que nacidos en Francia de padre extrangero han fijado su residencia en el reyno; los que nacidos en pais extrangero de padre francés han venido á establecerse en Francia, y han prestado el juramento cívico; en fin los que nacidos en pais extrangero, y descendiendo en qualquier grado que sea de un frances ó de una francesa expatriados por causa de religion, vienen á morar en Francia, y prestan el juramento cívico. = Aquellos que habiendo nacido de padres extrangeros fuera del reyno y residen en Francia, se hacen ciudadanos franceses despues de cinco años de domicilio contínuo en el reyno; si ademas de esto han adquirido bienes inmuebles, ó han casado con francesa, ó formado un establecimiento de comercio, y si han prestado el juramento cívico. = El

poder legislativo podrá por consideraciones importantes dar á un extrangero carta de naturaleza, sin otras condiciones que fixar su domicilio en Francia, y prestar el juramento cívico. = El juramento cívico es.... Juro ser fiel á la nacion, á la ley y al rey, y mantener con todo mi poder la constitucion del reyno decretada por la asamblea nacional en los años de 1789, 1790, y 1791. = La qualidad de ciudadano frances se pierde, 1.º por la naturaleza en pais extrangero, 2.º por la condenacion á las penas que imponen la degradacion cívica en tanto que el condenado no sea rehabilitado, 3.º por un juicio de contumacia mientras que no se invalída, 4.º por la agregacion á qualquier órden ó cuerpo extrangero que supusiese pruebas de nobleza. = Los ciudadanos franceses considerados con respeto á las relaciones locales que nacen de su reunion en las ciudades, y en cierto contorno de los territorios de los campos, forman los comunes: el poder legis-

lativo podrá fixar la extension de cada comun. = Los ciudadanos que componen cada comun tienen derecho de elegir por tiempo, con arreglo á las formalidades determinadas por la ley, á aquellos de entre ellos que bajo el título de oficiales municipales estarán encargados de tratar los negocios particulares del comun: podrán ser delegadas á los oficiales municipales algunas funciones relativas al interés principal del estado. = Las reglas que los oficiales municipales estarán obligados á seguir en el exercicio, tanto de las funciones municipales, como de las que fueren delegadas por el interés principal, se darán fijadas por la ley. = La soberanía es una, indivisible, y pertenece á la nacion: ninguna parte del pueblo puede atribuirse su exercicio. = La nacion, de la qual solo dimanan todos los poderes, no puede exercerlos sino por delegacion: la constitucion francesa es representativa: son los representantes el cuerpo legislativo y el rey. = El poder legislativo

está delegado á una asamblea nacional compuesta de representantes temporales elegidos libremente por el pueblo, para ser exercido por ella con la sancion del rey, de la manera que será determinado despues. = El gobierno es monárquico: el poder executivo está delegado al rey para ser exercido bajo su autoridad por los ministros y otros agentes responsables de la manera que se dirá despues. = El judicial está delegado á jueces elegidos en tiempo por el pueblo.

Quando se trate de formar la asamblea nacional legislativa se reunirán los ciudadanos activos en asambleas primarias en las ciudades y cantones. = Para ser ciudadano activo es menester ser frances ó haberse naturalizado; ser de edad de veinte y cinco años cumplidos; estar domiciliado en la ciudad ó en el canton un año ántes por lo ménos; pagar en qualquier parte del reyno una contribucion directa igual al valor de tres jornales de trabajo, y presentar la correspondien-

te carta de pago; no estar en estado de domestidad, ésto es, de criado asalariado; estar inscripto en la municipalidad de su domicilio, en la lista de las guardias nacionales, y haber prestado el juramento cívico. = De seis en seis años el cuerpo legislativo fixará el *minimum y el maximum* del valor del jornal del trabajo; y los administradores gobernadores de los departamentos harán su determinacion por cada distrito. = Ninguno podrá exercer los derechos de ciudadano activo en mas de un parage, ni hacerse representar por otro. = Están excluidos del exercicio de los derechos de ciudadano activo los que se hallan en estado de acusacion; los que despues de haberse constituido en estado de quiebra ó de insolvencia, probado por documentos auténticos, no presenten pagamento general de sus acredores. = Las asambleas primarias nombrarán los electores en proporcion del número de ciudadanos activos domiciliados en la ciudad ó en el canton: se nombrará

un elector en razon de cien ciudadanos activos presentes ó no en la asamblea : se nombrarán dos en razon de ciento cincuenta y cinco hasta doscientos cincuenta, y así sucesivamente. = Ninguno podrá ser nombrado elector sino reune á las condiciones necesarias (para ser ciudadano activo) haber de pagar una contribucion directa de jornales de trabajo.

Las funciones de las asambleas primarias y electorales se limitan á elegir : se retirarán inmediatamente despues de hechas las elecciones, y no podrán formarse de nuevo sino quando sean llamadas. = Ningun ciudadano activo puede entrar ni dar su voto en una asamblea si va armado ó vestido de uniforme, á menos que se halle de servicio ; en cuyo caso podrá votar con uniforme, pero sin armas. = La fuerza armada no podrá ser introducida en lo interior sin el consentimiento expreso de la asamblea, á no ser que se cometan violencias, en cuyo caso bastará la órden del presidente para

llamar la fuerza pública. = De dos en dos años se formaran en cada distrito listas por cantones de los ciudadanos activos; y la lista de cada canton será publicada y fixada en él dos meses ántes de la época de la asamblea primaria. = Los recursos que pudieren tener lugar, yá para la justificacion de la qualidad de los ciudadanos puestos en la lista, yá de parte de los que pretendieren ser admitidos injustamente, serán remitidos á los tribunales: la lista servirá de regla para la admision de los ciudadanos en la próxîma asamblea primaria en todo aquello que no hubiese sido reformado por juicios dados ántes de la celebracion de la asamblea. = Las asambleas electorales tienen derecho de verificar la qualidad y los poderes de los que se presentaren en ellas, y sus decisiones serán executadas provisionalmente (salvo el juicio del cuerpo legislativo) al tiempo de la verificacion de los poderes de los diputados. = En ningun caso, y bajo ningun pretesto, el rey

ni ninguno de los agentes nombrados por él, podrán tomar conocimiento en la gestiones á la regularidad de las convocaciones, á la celebracion de las asambleas, á la forma de las elecciones, ni á los derechos políticos de los ciudadanos.

Los represententes de la nacion son inviolables: no podrán ser pesquisados, acusados, ni juzgados en ningun tiempo por lo que hubieren dicho, escrito, ó hecho en el exercicio de sus funciones de representantes. = Podrán por algun hecho criminal ser presos infraganti delito, ó en virtud de un mandamiento de prision, pero se dará aviso sin dilacion al cuerpo legislativo, y el proceso no podrá ser continuado sino despues que el cuerpo legislativo haya decidido que há lugar á la acusacion. = El reyno es indivisible y delegado hereditariamente á la casa reynante de varon en varon por órden de primogenitura, con exclusion perpetua de las hembras y de su descendencia: nada se ha determina-

do acerca del efecto de las renuncias en la casa actualmente reynante. = La persona del rey es inviolable y sagrada: su único título el rey de los franceses. = No hay en Francia autoridad superior á la de la ley, el rey no reyna sino por ella, y solo el nombre de la ley puede exîgir la obediencia. = El rey en su advenimiento al trono, luego que hubiere llegado á su mayor edad, prestará á la nacion en presencia del cuerpo legislativo el juramento de emplear todo el poder que le está delegado en mantener la constitucion decretada por la asamblea nacional en los años de 1789, 1790, y 1591, y en hacer executar las leyes. = Si el cuerpo legislativo no estuviere congregado, el rey hará publicar una proclamacion, en la qual se expresarán este juramento y las promesas de reiterarle inmediatamente que el cuerpo legislativo se junte. = Si el rey rehusa prestar este juramento despues de invitarle á ello el cuerpo legislativo, ó si despues de ha-

berle prestado se retracta, se entenderá haber abdicado la corona. = Si el rey se pone á la cabeza de un exército y dirige sus fuerzas contra la nacion, ó si no se opone por un acto formal á una tal empresa que se executase en su nombre, se entenderá haber abdicado. = Si el rey sale del reyno, y despues de haber sido invitado por una proclamacion del cuerpo legislativo no vuelve á entrar en Francia, se entenderá haber abdicado. = Despues de la abdicacion expresa ó legal el rey quedará en la clase de los ciudadanos, y podrá ser juzgade y acusado como ellos por los hechos posteriores á su abdicacion. = Los bienes particulares que el rey poseé en su advenimiento al trono, quedan reunidos irrevocablemente al dominio de la nacion; tiene la disposicion de los que adquiera por título singular (si no ha dispuesto de ellos) quedando igualmente reunidos al fin del reynado. = La nacion proveé al explendor del trono por una lista civil, cuya su-

ma determinará el cuerpo legislativo á cada mutacion del reynado para la duracion de él. = El rey nombrará un administrador de la lista civil, el qual exercerá las acciones judiciarias del rey personalmente, y contra el que se dirigirán las demandas de los acreedores de la lista civil, y las condenaciones pronunciadas y executadas. = La regencia pertenece al pariente del rey mas próxîmo al trono en grado (segun el órden de la sucesion á él) y de edad de veinte y cinco años cumplidos, con tal que sea frances ó regnícola; que no sea heredero presuntivo de otra corona, y que haya prestado precedentemente el juramento cívico: las hembras están excluidas de la regencia. = El regente exerce hasta la mayor edad del rey todas las funciones del reynado, y no es personalmente responsable de los actos de su gobierno. = En tanto que el regente no entra en el exercicio de sus funciones, la sancion de las leyes queda suspensa: los ministros con-

tinúan haciendo baxo su responsabilidad todos los actos del poder executivo. = En caso de demencia del rey notoriamente conocida y declarada por el cuerpo legislativo, despues de tres deliberaciones hechas sucesivamente de mes en mes, há lugar á la regencia en tanto que la demencia dura.

Al rey solo toca la eleccion y revocacion de los ministros. = Los ministros son responsables de todos los delitos cometidos por ellos contra la seguridad nacional y la constitucion, de todo atentado contra la propiedad y seguridad individuales, y de toda dilapidacion de los caudales destinados para los gastos de su departamento. = En ningun caso la órden del rey verbal, ó por escrito, puede substraer á un ministro de la responsabilidad. = Los ministros están obligados á presentar cada año al cuerpo legislativo, á la apertura de la sesion, el recibo de los gastos de su departamento, á dar cuenta del empleo de

las sumas que para ello estaban destinadas, y á indicar los abusos que hubieren podido introducirse en las diferentes partes del gobierno. = Ningun ministro en exercicio, ó fuera de él, puede ser procesado en materia criminal por hechos de su ministerio sin un decreto del cuerpo legislativo.

Los decretos del cuerpo legislativo son presentados al rey, el qual puede rehusar su consentimiento. = En el caso que el rey rehuse su consentimiento, esta denegacion no es sino suspensiva: quando las dos legislaturas que se siguieren á la que hubiere presentado el decreto le volviesen sucesivamente á presentar el mismo, y en los mismos términos, se entenderá haber dado el rey la sancion. = Todo decreto al que el rey ha rehusado su consentimiento, no puede volver á serle presentado por la misma legislatura. = No están sin embargo sujetos á la sancion los actos del cuerpo legislativo concernientes á su constitu-

cion en asamblea deliberante, á su policía interior, á la verificacion de los poderes de los miembros presentes, á los mandatos respecto de los miembros ausentes, á la convocacion de las asambleas primarias, al exercicio de la policía constitucional sobre administradores, á las cuestiones yá de elegibilidad, yá de validacion de las elecciones. = No están igualmente sujetos á la sancion los actos relativos á la responsabilidad de los ministros, y á todos los decretos que incluyen que há lugar á la acusacion.

El poder executivo supremo reside exclusivamente en el rey: el rey es el gefe supremo de la administracion general del reyno: el cuidado de velar en la manutencion del órden y de la tranquilidad pública le está confiado: el rey es el gefe supremo del exército de tierra y de la armada naval: al rey está delegado el cuidado de velar en la seguridad exterior del reyno, y de mantener sus derechos y posesiones. = El rey debe firmar

las letras, patentes, breves y comisiones á los funcionarios públicos que deben recibirlos.

El poder executivo está encargado de hacer sellar las leyes con el sello del estado, y de hacerlas promulgar.

La justicia será administrada gratuitamente por los jueces temporales elegidos por el pueblo, instituidos por las patentes del rey, y que no podrán ser ni destituidos sino por delito legitimamente justificado, ni suspensos sino por una acusacion admitida. = Los tribunales no pueden ni mezclarse en el exercicio del poder legislativo ó suspender la execucion de las leyes, ni emprender sobre las funciones administrativas ó citar delante de sí á los administradores por razon de sus funciones. = Habrá uno ó muchos jueces de paz en los cantones y en las ciudades: su número será determinado por el poder legislativo. = En materia criminal ningun ciudadano puede ser juzgado, sino sobre una acusacion

recibida por jurados, o decretada por el cuerpo legislativo en el caso en que pertenece á éste seguir la acusacion; despues de admitido el hecho será justificado y declarado por jurados; el acusado tendrá facultad de recusar hasta veinte; los jurados que han de declarar el hecho no podrán ser ménos de doce; la aplicacion de la ley será hecha por jueces, y la institucion (instruccion) será pública; todo ciudadano dado por libre por el juez legal, no volverá á ser preso ni acusado por razon del mismo hecho que sirvió de base al proceso.

La fuerza pública se ha instituido para defender el estado contra los enemigos de afuera, y asegurar en lo interior la manutencion del órden y la execucion de las leyes. = Está compuesta del exército de tierra y mar, de la tropa especialmente destinada al servicio interior, y subsidiariamente de los ciudadanos activos y de sus hijos en estado de llevar armas, é inscriptos en la lista de la guardia nacional. = Los

guardias nacionales no forman ni un cuerpo militar, ni una institucion en el estado: son los ciudadanos mismos llamados al servicio de la fuerza pública. = Los ciudadanos no podrán jamas formarse, ni obrar como guardias nacionales, sino en virtud de un llamamiento ó autorizacion legal. = En esta calidad están sugetos á una organizacion determinada por la ley: no pueden tener en todo el reyno sino una misma disciplina y un mismo uniforme: las distinciones de grado no subsisten sino relativamente mientras dura. = Los oficiales son elegidos por tiempo, y no pueden ser reelegidos sino despues de un intervalo de servicio como soldado: ninguno mandará la guardia nacional de mas de un distrito. = Todas las partes de la fuerza pública empleadas para la seguridad del estado contra los enemigos de afuera obrarán baxo las órdenes del rey. = Ningun cuerpo ó destacamento de tropas de línea puede obrar en lo interior del reyno sin un requerimiento

legal. = Ningun agente de la fuerza publica puede entrar en la casa de nn ciudadano sino para la execucion de las órdenes de la policía y de justicia, ó en los casos formalmente prevenidos por la ley. = El requerimiento de la fuerza pública en lo interior del reyno pertenece á los oficiales civiles segun las reglas determinadas por el poder legislativo. = Si algunas agitaciones turban á todo un departamento, el rey dará baxo la responsabilidad de los ministros las órdenes necesarias para la execucion de las leyes, y el restablecimiento del órden; pero con el cargo de hacerlo saber al cuerpo legislativo si está congregado, y de convocarlo si no lo está. = La fuerza pública debe obedecer ciegamente, y ningun cuerpo armado puede deliberar.

Las contribuciones públicas serán deliberadas y fixadas en cada año por el ciuerpo legislativo, y no podrán subsist r mas del último dia de la sesion siguiente si no han sido expresamente renovadas. = Baxo ningun pre-

texto los fondos necesarios para extincion de la deuda nacional y para el pago de la lista civil, podrán ser ni rehusados ni suspendidos. = Los administradores de departamento y subadministradores no podrán establecer ninguna contribucion pública, ni hacer algun repartimiento mas allá del tiempo y de las sùmas fixadas por el cuerpo legislativo; ni deliberar ó permitir sin ser para ello autorizados por éste algun préstamo local á cargo de los ciudadanos del departamento. = El poder executivo dirige y vigila sobre el percibo y versacion de las contribuciones, y dá todas las órdenes necesarias á esté efecto.

La nacion francesa renuncia el emprender guerra alguna con la mira de hacer conquistas, y no empleará jamas sus fuerzas contra la libertad de ningun pueblo. = Los estrangeros establecidos aún en Francia sucederán á sus parientes extrangeros, ó franceses. = Pueden contratar, adquirir y recibir bienes situados en Francia, y

disponer de ellos lo mismo que qualquier ciudadano frances por todos los medios autorizados por las leyes. = Los extrangeros que se hallen en Francia están sujetos á los mismos derechos criminales y de policía que los ciudadanos franceses; su persona, sus bienes, su industria y su culto son igualmente protegidos por la ley. = Las colonias y posesiones francesas en Asia, Africa y América no se compreenden en la presente constitucion. = Ninguno de los poderes constituidos por la constitucion tiene derecho de mudarla en todo ni en parte. = La asamblea constituyente confia su depósito á la fidelidad del cuerpo legislativo, del rey, y de los jueces; á la vigilancia de los padres de familia, á las esposas y á las madres; al afecto de los ciudadanos jóvenes, y al valor de todos los franceses.

Como es obligacion del historiador dar cuenta no solo de las opiniones sino tambien de los hechos, me veo aquí obligado á interrumpir por

un instante mi ilacion, para decir lo que se ha pensado de los personages que en en los terribles dias 5 y 6 de octubre estuvieron por sus empleos encargados de la salud pública. Empiezo por el general la Fayette. Su conducta á primera vista tan extraordinaria pareció á los realistas la de un conspirador ambicioso, no ménos sediento de sangre que Orléans, ni ménos enemigo de la familia real que este príncipe. Si esto fuera así, la Fayette no sería ménos criminal que Orléans, porque este no se congratulaba con aquellos que queria hacer asesinar. Los realistas llegaron á creer que la Fayette ambicionaba la dictadura, así como Orléans la corona; y los consideraron despues como á dos rivales que se disputaban el poder supremo baxo de diferentes acepciones.

Hé aquí lo que un escritor de este partido, aunque muy moderado, dixo de la Fayette en un tiempo en que este general estaba aún á la cabeza de la guardia nacional de París:

"La seguridad de M. la Fayette es un estraño problema dificil de resolver. ¿Sobre qué estaba fundada? Sus soldados sublevados le habian precisado á marchar de Versalles: obtiene del rey para ellos las guardias exteriores, y fia ciegamente en su lealtad. Se lisongea de que unos soldados rebeldes por la mañana serán dóciles por la noche á su voz: se olvida de que son los mismos que le han hablado de destronar al rey, y de nombrar un consejo de regencia: pone entre sus manos la suerte del gefe supremo de la nacion: no teme que sean corrompidos por el oro ó seducidos por las intrigas de los facinerosos: no solamente no toma ninguna precaucion por la seguridad del rey, sino que aparenta querer separar todos los obstáculos que podrian oponerse á los proyectos de los conjurados: á su solicitud M. Mounier levanta la sesion de la asamblea nacional: por último persuade al rey que se acueste y haga retirar á todas las personas que están en las habitaciones."

Estos raciocinios son especiosos; pero no fundados. Los realistas no han juzgado bien de la Fayette. Pues léjos de ser cómplice de los conspiradores, ó de conspirar por sí solo, se manejaba de buena fé. Fué engañado completamente por aquellos que creía le estaban subordinados, y él mismo se hallaba envuelto en la proscripcion que meditaba Orléans: así que el problema de que habla el escritor realista, no es dificil de resolver. Basta considerar á la Fayette tal qual le pinta toda su vida pública; esto es, un hombre codicioso de gloria, vano, presuntuoso, sin prevision, de pocos alcances y ménos recursos. Es verdad que habiendo hecho la locura de responder con su cabeza de los acontecimientos ulteriores, es en efecto responsable de ellos á sus contemporaneos. Tambien lo es que su incapacidad le hubiera debido hacer renunciar el grado de comandante general de la guardia nacional parisiense; pero ¿quál es el

hombre que hace él mismo la humilde confesion de su ineptitud? Para tener una cierta conviccion de su propia inhabilidad se necesitan ciertas luces, y éstas le faltaban tambien al general la Fayette.

El hombre criminal, y que con efecto ha debido responder en el tribunal del Sér supremo de la sangre derramada en los dias 5 y 6 de octubre, es el conde d'Estaing. Ademas de ser gefe de la guardia nacional de Versalles, el rey le habia nombrado comandante general de todas las tropas de aquella ciudad, de consiguiente todo dependia de él. Baxo el primer cargo debia dirigir los movimientos de la guardia nacional, con respecto al segundo debia exponer y sacrificar su vida para responder á la confianza del rey. En los dias de que voy á escribir la triste relacion no se presentó mas que una vez á la guardia nacional, y fué para recibir sus insultos y ultrages, y ser testigo impasible de la carnicería que se pre-

sentaba á sus ojos mientras que, como es indudable, pudo reunir á su lado á todos los hombres de bien de aquellas mismas guardias y tropas que mandaba. ¿Por qué no probó á calmar los ánimos y contener con su presencia á los facinerosos, y sobre todo á Lecointre el mas encarnizado de ellos, cuyas imposturas y discursos incendiarios acabaron de extraviar y de pervertir los corazones de todos?

Tampoco se presentó mas que una vez á los guardias de corps, que fué en el encuentro de que he hablado. Él fué quien debió mandarlos; pero no les dió ninguna órden, los olvidó en la plaza de armas, en el patio de los Ministros, en el Terrazo y en la Alfombra Verde. Estaba encargado de la guardia del palacio y de la ciudad, y rehusó tomar ninguna medida contra lo que ocurria en París el 3 y el 4: no hizo ningun preparativo contra la invasion de los revoltosos, ni opuso ningun obstáculo á su llegada; los dexó penetrar en

la ciudad, y se retiró. *El vencedor de la Granada*, dixéron los realistas, *habia perdido la cabeza.* No, no era la cabeza la que habia perdido d'Estaing, sino la lealtad, pues habia dado pruebas de su pericia y valor; pero fluctuando entre el partido de Orléans y el del rey, yá ácia el uno ó yá ácia el otro, segun la fortuna se inclinaba ó se apartaba de ellos, concluyó con no saber qué camino seguir y con mantenerse neutral.

La historia tiene que hacer cargos no ménos graves á la mayor parte de los ministros del rey. No supieron preveer nada, ni remediar ningun mal. Impasibles en medio de tantos horrores que hubieran alterado y conmovido al hombre mas indiferente y mas estraño en aquellas escenas, no supieron ni dar un buen consejo, ni hacer una buena accion, manteniéndose cobardes é insensibles durante la tempestad. Necker, tan orgulloso con su reputacion popular, no quiso nunca ensayar contra los

sediciosos el prestigio que aquella consideracion le concedia sobre el pueblo; y quizá no hubiera sido imposible atraer los ánimos á la razon y á la justicia. Lo que prueba esto es, que todas las mugeres á quienes los guardias de corps pudieron hablar con alguna tranquilidad, les manifestaron en la noche del 5 su descontento por haber sido engañadas. Luillier entre otros, quartel-maestre, despues de haber preguntado á varias de ellas qué las movia á calumniar á sus camaradas, las oyó exclamar: "Ah! nosotras vemos bien como nos han engañado vilmente, nos habian dicho que no llevábais mas que escarapelas negras, y al llegar hemos advertido que las llevais blancas." No le costó mucho trabajo á Luillier convencerlas de que desde su admision en el cuerpo no habian llevado otra que la blanca.

Es de creer que con la misma facilidad con que se destruyó esta impostura, hubiera sido posible destruir

las demas imputaciones que eran igualmente falsas; pues bastaba ver que todas tenian un mismo orígen y se habian difundido por los mismos hombres. Hubo mugeres que se incomodaron tanto del papel que se las habia hecho representar, que se quisieron volver á Paris, pretestando que las convenia ir á dar cuenta á la municipalidad de la capital del recibimiento que se las habia hecho en Versalles. Instruido el rey de su resolucion, envió sus coches para que las conduxeran. Maillard que tenia interes en no perderlas de vista y de destruir por sus discursos ponzoñosos las impresiones felices que habian recibido, las acompañó hasta la casa consistorial de París, en donde arengó por ellas al ayuntamiento como lo habia hecho en la asamblea nacional.

La reyna fué quizá la única persona á quien no alucinaron las promesas de la Fayette, y que no se la ocultaron los desastres que amenazaban á su familia real. Pasó la noche

en su gabinete contestando con mucha serenidad, á pesar de su presentimiento interior, á aquellos que la hablaban. Habiéndola manifestado algunas personas su inquietud por la terminacion de esta nueva insurreccion, las respondió: *Yo sé que vienen á pedir mi cabeza, pero he aprendido de mi madre á no temer la muerte, y la espero con firmeza.*

En otro momento todos los que estaban con ella, impelidos de un movimiento unánime, se arrojaron á sus pies, y la suplicaron con instancias y lágrimas que huyese. *No*, les dixo, *nunca jamas abandonaré al rey ni á mis hijos, y participaré de la suerte que los espera sea la que fuese.* Un guardia de corps que venia de afuera, resentido de las amenazas que habia oido contra la esposa de su rey, manifestó su sentimiento con toda la franqueza y la energía de un soldado. La reyna lo llama, le dice algunas palabras al oido, y muda de conversacion.

Habiéndose adelantado la noche,

despidió á las personas que le acompañaban. Al mismo tiempo la entregaron un villete que leyó con mucha tranquilidad, le metió en la faltriquera rogando de nuevo á las personas que estaban presentes á que se retirasen. Algunos la suplicaron que les permitiese permanecer hasta que no hubiese ningun peligro, y la efervescencia hubiese calmado enteramente. "No señores, les dixo la reyna
„sin manifestar el menor recelo, re-
„tiraos, yo os lo pido: el dia de ma-
„ñana os probará que teníais necesi-
„dad de reposo." El villete era de un ministro y decia: "*Prevengo á V.M.*
„*que mañana á las seis será degolla-*
„*da.*" La reyna como si hubiera recibido una noticia indiferente se metió en la cama, y lo que aún es mas extraño durmió profundamente dos ó tres horas. Este reposo la dió fuerzas para soportar las grandes adversidades que vinieron á interrumpir su sueño. Nada sintió tanto en la jornada del 5 de octubre como las injurias que uno de los sediciosos pro-

firió contra su augusto esposo. Estaban tan destituidas de toda verdad, que en ningun otro tiempo los enemigos de Luis XVI se han atrevido á reproducirlas, ni menos la de que era amigo del vino. Todo el mundo sabía que este príncipe era el hombre mas sóbrio del reyno: desde la edad de veinte y quatro años habia seguido escrupulosamente las abstinencias y ayunos prescriptos por la religion. Antes de su advenimiento al trono no habia probado el vino, y despues lo mezclaba siempre con agua.

El ministro que escribió este villete tan poco lisongero estaba perfectamente instruido. Con efecto despues de la segunda salida de la Fayette de la asamblea nacional, los movimientos que se habian hecho manifestaron el secreto de los conspiradores.

Habiéndose separado los diputados, una parte de los conjurados armados de sables corrieron á la plaza de armas, se arrojaron en medio de las filas del regimiento de Flándes,

y animaron á los soldados con las voces y los gestos á la matanza, gritándoles: "La libertad, hijos mios, la
„libertad: vamos á combatir por la
„libertad: es menester nombrar un
„regente del reyno, y éste debe serlo
„el duque de Orléans: Hijos mios, es-
„tad sobre aviso; vuestros oficiales
„han formado una conspiracion con-
„tra vosotros: los guardias de corps
„acaban de asesinar á dos de vues-
„tros camaradas delante de su quar-
„tel, y otro en la calle de Satory:
„nosotros estamos aquí para defende-
„ros: nosotros sí que somos los de-
„fensores de la libertad, hijos mios."
El teniente coronel temblaba de cólera, pero la disposicion en que veía á sus soldados contenia su indignacion. Preguntó á los conjurados, por qué se presentaban con sables. "En
„verdad, le contestaron, que en la
„crísis en que estamos no sabemos lo
„que podrá suceder, y por eso es me-
„nester estar siempre en estado de
„tomar la defensiva."

Los mas notables entre estos con-

jurados eran Mirabeau, Barnave, Lechapelier y Petion. Quando los diputados ú otros miembros conocidos pasaban por allí, los soldados los ocultaban entre las filas. Las mugeres de los mercados que no veían á Mirabeau, lo buscaban gritando: "¿En »dónde está nuestro conde de Mira»beau? Queremos ver á nuestro con»de de Mirabeau."

Otra parte de los conjurados seguia á los revoltosos en las tabernas y en las hosterías, en donde los llenaban de vino y de licores. En fin los demas de la pandilla se reunieron á Orléans y tuvieron consejo, no en el palacio de Vergennes donde habitaba, sino lo que es una de las mas grandes singularidades, en la iglesia de S. Luis. Allí acordaron y juraron al pie de los altares nombrar al duque de Orléans regente del reyno, asesinar al rey y á la reyna, y degollar al marques de la Fayette y al conde d'Estaing, no perdonando mas que al delfin y á *Monsieur*.

Pero ¿para qué conservaban al

delfin y á *Monsieur*? No sé otra razon que la falta de pretextos para cohonastar su doble asesinato, al paso que ya hacia mucho tiempo que insinuaban al pueblo que el rey y la reyna atentaban á su felicidad. Habian olvidado inculcar á *Monsieur* en esta supuesta conspiracion, y la edad del delfin le ponia al abrigo de todo crímen. Quizá consideraron tambien que el cortar estas dos cabezas añadiria demasiado horror á los atentados que iban á cometerse, y que podrian resultar contra el príncipe sospechas é impresiones que le harian muy odioso. Era menester persuadir á la Europa que todo esto se habia obrado por un movimiento ciego del populacho, y sin la inteligencia del primer príncipe de la sangre. Su moderacion contentándose con el título de regente que el pueblo le obligaba á tomar en semejante movimiento, le ayudaria á probar esta impostura.

El marques de la Fayette, como se ha visto, hacia mucho tiempo lo tenian condenado á muerte. La co-

mandancia de la guardia nacional de París debia pasar al duque de Biron, quien miraba como un agravio el que despues del fallecimiento del mariscal de este nombre hubiesen dado el regimiento de guardias francesas al duque de Châtelet, y no á él.

En quanto al conde d'Estaing, el de la Touche habia estado encargado de pervertirlo. Despues de algunas tentativas el duque de Orléans preguntó á su canciller: *Y bien, este d'Estaing ¿quándo será de los nuestros? — Monseñor, no hay que hacer cuenta con este hombre*, le respondió el canciller. — *Pues bien*, dixo el príncipe, *nos desharémos de él.* Adoptada de nuevo esta resolucion en aquel conventículo nocturno, se convinieron en asesinar sin conmiseracion á todos aquellos que se opusiesen á la execucion de los artículos que se acababan de acordar; y dispusieron que su execucion se empezaria á las seis de la mañana.

Convenido ya todo, avisaron al instante á los conjurados de afuera y

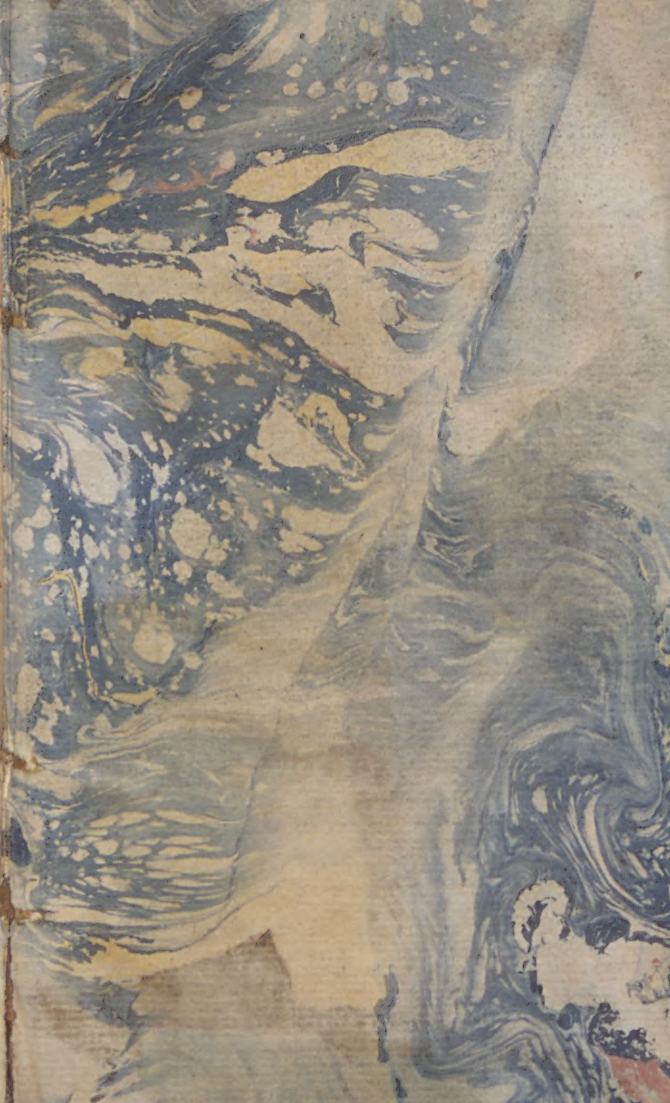
á los gefes de los amotinados de lo que habian resuelto, como de la hora que habian elegido, á fin de que tomasen sus medidas para que todo caminase de acuerdo. Era imposible que un secreto confiado á tantos, de los quales muchos habia borrachos, no se trasluciese. Así fué como lo supo el ministro, que como dexo referido, avisó inmediatamente á la reyna. La Fayette fué informado de lo mismo recorriendo los puestos, y le dieron tales pruebas, que se convenció plenamente que no tenia que perder ni un instante para poner en salvo su vida. Dexó precipitadamente su ronda, y corrió á buscar un asilo en casa del príncipe de Poix, uno de los capitanes de los guardias de corps.

No se ha sabido á fondo hasta ahora esta conspiracion tramada en las tinieblas, de modo que entónces se creyó generalmente que la Fayette por pura prevision de lo que habia de suceder al dia siguiente, se refugió en casa del príncipe de Poix que se acostó y durmió profunda-

mente, de lo que le provino el mote que conservó *del general Morfeo*. Pero nada hay ménos cierto ni verosímil. Un temor ménos fundado fué el que le obligó á retirarse. Pasó el tiempo no en dormir, sino en tomar precauciones que pudieran darle una superioridad sobre los asesinos de Orléans. Este hecho se comprobará mejor en la continuacion de la historia.

D'Estaing recibió el mismo aviso que la Fayette, y lo tomó en igual consideracion ; corrió á encerrarse en su casa, en donde aunque se metió en la cama, no durmió tampoco. Esta fué la causa que motivó la ausencia de los dos gefes de la fuerza armada en el momento en que todos los avisos, todos los movimientos y peticiones se dirigieron á ellos ; no siéndoles posible obrar ni ignorar las deliberaciones que desde la iglesia de S. Luis se difundian en el público. Voy pues á referir en el libro siguiente el sangriento resultado que tuvieron.






55
REVOLUCIO
DE
FRANCIA
2
39


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm